LAS AVENTURAS DE TELÉMACO

FENELÓN

TOMO II

LIBRO XIII

Idomeneo refiere a Mentor como tenía puesta su confianza en Protésilas, y los artificios de este privado, que estaba de acuerdo con Timócrates para hacer que pereciera Filocles, y llevar hasta él mismo su traición. Le confiesa que, prevenido contra Filocles por ambos, había encargado a Timócrates el ir a matarle en una expedición en que mandaba su flota; que habiendo éste errado el golpe, Filocles le había perdonado y se había retirado a la isla de Samos, después de haber entregado el mando de la escuadra a Polimenes, a quien el mismo Idomeneo había nombrado en su orden escrita; que, a pesar de la perfidia de Protésilas, no había podido resolverse a deshacerse de él.

La fama del gobierno dulce y templado de Idomeneo atrae ya por todas partes pueblos que se agolpan para incorporarse con el suyo, y buscar la

felicidad bajo tan amable dominación. Ya esos campos tanto tiempo cubiertos de abrojos y de espinas prometen abundantes mieses y frutos antes desconocidos. La tierra abre su seno al filo del arado y prepara sus tesoros para remunerar al labrador: la esperanza brilla donde quiera. En los valles como en las colinas se ven los rebaños de carneros que retozan sobre la yerba, y las grandes manadas de bueyes y becerras que hacen resonar con sus mugidos las altas montañas: estos ganados abonan los campos. Su adquisición se ha debido a Mentor. Por su consejo cambió Idomeneo con los Peuceles, pueblos comarcanos, todas las cosas superfluas que ya no se querían en Salento, por esos ganados de que los Salentinos carecían.

Rebosaban a la sazón la ciudad y los lugares del contorno de una juventud hermosa, que había sufrido mucho tiempo en la miseria, sin atreverse a casarse por el miedo de aumentar sus padecimientos. Cuando vieron que Idomeneo se daba a sentimientos de humanidad, y que deseaba ser su padre, no temieron el hambre ni las demás calamidades con que el cielo aflige la tierra. Ya no se oían sino gritos de júbilo, cantilenas de pastores y labriegos que festejaban sus bodas. Hubiérase creído allí al

dios Pan seguido de una turba de sátiros y faunos revueltos con las ninfas, y bailando al son de la flauta en la sombra de las selvas. En todo reinaban la paz y la alegría; pero el gozo era moderado, y esos placeres que solo servían de solaz en las continuas tareas, se mantenían así más sabrosos e inocentes.

Los ancianos, atónitos al presenciar lo que no hubieran podido imaginarse posible en el curso de una edad tan avanzada, lloraban de contento, y alzaban al cielo sus trémulas manos. O gran Júpiter, decían, bendecid al rey que se os asemeja, y que es el mayor de los dones que nos habéis concedido. Ha nacido para bien de los hombres, remuneradle todos los que de él recibimos. Nuestros nietos, frutos de estos casamientos que él fomenta, le deberán hasta el haber nacido, y será verdaderamente el padre de todos sus súbditos. Los mancebos y las doncellas que se desposaban, no prorrumpían en demostraciones de alborozo sino cantando las alabanzas de aquel a quien debían tanta ventura. Su nombre llenaba continuamente los labios y más aun los corazones. Teníase a dicha poderle ver, se temía perderle: tamaña pérdida hubiera sido el desconsuelo de cada una de las familias.

Entonces Idomeneo confesó a Mentor que jamás había sentido placer tan tierno como el de ser amado, y de labrar la felicidad de tantas gentes. Nunca lo hubiera creído, decía: se me antojaba que toda la grandeza de los príncipes consistía en hacerse temer, que para ellos habían nacido los demás hombres, y me parecía mera fábula cuanto yo había oído decir de los reyes que habían sido el amor y las delicias de sus pueblos, cuya verdad reconozco ahora. Pero es menester que os cuente como habían emponzoñado mi corazón desde la niñez con las falsas ideas de la autoridad de los reyes. He ahí lo que ha causado todas las desgracias de mi vida. Idomeneo pues comenzó esta narración:

Protésilas, que es poco mayor que yo, fue el que entre todos los jóvenes que yo amaba, me ganó más la voluntad. Su carácter vivo y resuelto era muy de mi gusto: compartió mis placeres, halagó mis inclinaciones, y me inspiró desconfianza de otro joven llamado Filocles, a quien yo amaba también. Temía éste a los dioses, y era de ánimo grande, aunque modesto, poniendo la grandeza, no en encumbrarse, sino en vencerse a sí mismo, y en no caer en vileza alguna. Me hablaba de mis defectos sin rodeos; y cuando no se determinaba a hablarme, su silencio y

la tristeza del semblante me daban a entender bien claramente lo que me quería reprender.

Al principio me agradaba su sinceridad, y muchas veces le prometía que lo escucharía toda mi vida con igual confianza a fin de preservarme de los aduladores. Decídame él todo lo que yo debía de hacer para seguir las huellas de mi abuelo, Minos, y para procurar la felicidad a mi reino. Su sabiduría no llegaba a la vuestra, Mentor; pero sus máximas eran buenas: ahora lo conozco. Protésilas, que era envidioso y estaba lleno de ambición, logró con sus artificios irme cansando poco a poco de Filocles. Este no tenía afán de entrometerse, y dejaba prevalecer al otro: se contentaba con decirme la verdad siempre que yo la quería escuchar. Atento estaba a mi bien, no a su fortuna.

Protésilas me persuadió insensiblemente de que era un hombre de genio díscolo y soberbio, que motejaba todas mis acciones, que nada me pedía, porque en su altivez nada quería recibir de mí, aspirando a la reputación de quien es superior a los honores: añadió que aquel joven que tan libremente me hablaba a mí de mis faltas, hablaba de ellas a los otros con el mismo desenfado; que daba a entender bien claramente que no me apreciaba en cosa algu-

na; y que menoscababa así mi estimación, intentaba, con el esplendor de una virtud austera, prepararse el camino del trono.

Desde luego me fue imposible creer que Filocles quisiera destronarme: hay en la verdadera virtud cierto candor, cierta ingenuidad que nada alcanza a remedar, y en que no cabe engaño, si se pone bien cuidado. Pero la entereza de Filocles con mis debilidades me empezaba a fatigar. Las condescendencias de Protésilas, y su inagotable ingenio para inventarme nuevos placeres, aumentaban más aun la impaciencia con que sufría la austeridad del otro.

Protésilas entre tanto, no pudiendo avenirse con que yo no creyera todo lo que contra su enemigo me decía, se resolvió a callar, y a convencerme con alguna prueba más eficaz que las palabras. He aquí como me acabó de engañar: me aconsejó que enviara a Filocles a mandar las naves que debían atacar a las de Carpacia, y para determinarme a hacerlo, me añadió: Bien sabéis que en los elogios que de él hago, no se me tachará de parcialidad.: confieso que tiene valor y pericia para la guerra: os servirá mejor que cualquiera otro, y yo prefiero el interés de vuestro servicio a todos mis resentimientos personales.

Regocijéme al hallar tanta rectitud, tanta equidad en el corazón de Protésilas, a quien había encomendado la administración de mis negocios más importantes. En el arrebato de mi alegría le abracé, y me estimé muy dichoso de haber puesto mi entera confianza en hombre tan superior en mi juicio a toda pasión e interés. Pero ¡ay,! ¡Qué dignos de lástima son los príncipes! Aquel hombre me conocía mejor que yo mismo: sabía que los reyes son por lo común recelosos y desaplicados: recelosos, por la continua experiencia que tienen del artificio de los hombres corrompidos que os cercan; desaplicados, porque, arrastrados por los placeres, se acostumbran a tener quien piense por ellos, sin tomarse ese trabajo por sí mismos. Previó pues que no le sería difícil suscitar en mí desconfianza y envidia de un hombre que no dejaría de ilustrarse con grandes hazañas, sobre todo facilitándole su ausencia ocasiones para tenderle asechanzas.

Filocles, al partir, conoció lo que iba a sucederle. Acordaos, me dijo, de que no podré defenderme, que no vais a escuchar más que a mi enemigo, y que mientras os estaré sirviendo con peligro de mi vida, correré el riesgo de no tener por recompensa sino vuestro enojo. -Os engañáis, le respondí: Protésilas

no habla de vos como vos habláis de él: os alaba, os estima, os juzga digno de los empleos más importantes: si contra vos probara a hablarme, perdería mi confianza. Nada temáis, id, y no penséis sino en servirme bien. Filocles partió y me dejó en una extraña situación.

Debo confesarlo, Mentor: yo bien veía cuan necesario me era contar con varios hombres de consejo, y cuanto podía perjudicar a mi nombre y al acertado desempeño de los negocios el fiarme de uno solo. Había experimentado la eficacia de las prudentes sugestiones de Filocles, que me habían libertado de muchas faltas peligrosas en que la altivez de Protésilas había estado para precipitarme. Pero le había dejado a este apropiarse cierto ascendiente, que me era muy difícil soportar. Me sentía fatigado de encontrarme entre dos hombres que no podía avenir, y en tal estado de lasitud prefería por debilidad correr algún peligro en mis asuntos y respirar con desahogo. De vergüenza no me atrevía yo mismo a pensar en el motivo de la resolución que acababa de tomar; pero esas torpes razones que no me atrevía a examinar, no dejaban de influir secretamente en lo íntimo de mi corazón, siendo el móvil verdadero de toda mi conducta.

Filocles sorprendió a los enemigos, alcanzó una victoria cumplida, y se apresuraba a volver, para desbaratar las malas artes que debía temer, cuando Protésilas, que no había tenido bastante tiempo para engañarme, le escribió que yo deseaba que practicara un desembarco en la Isla de Carpacia, para coger el fruto de la victoria. En efecto, me había persuadido de que la conquista de aquella isla me sería fácil; pero lo dispuso de manera que le faltaron a Filocles muchas cosas necesarias, y lo sujetó a ciertas órdenes que, produciendo diversos contratiempos, impidieron llevar a cabo la empresa.

Entre tanto se valió de un criado muy perverso que yo tenía cerca de mi persona, y que acechaba las cosas más leves para darle cuenta de todo, aunque uno y otro aparentaban no verse y no estar conformes en cosa alguna.

Este criado, llamado Timócrates, vino un día con gran secreto a decirme que había descubierto una trama muy peligrosa. Filocles, me dijo, se quiere servir de vuestra escuadra para proclamarse rey de Carpacia: cuenta con los caudillos de las tropas: los soldados están corrompidos con sus liberalidades, y más aun con la licencia perniciosa en que les consiente vivir: esta engreído con su victoria. Aquí te-

néis una carta que ha escrito a uno de sus amigos acerca del proyecto de hacerse rey: con tan evidente prueba, no es ya posible dudarlo.

Leí la carta, y me pareció escrita por Filocles. Su letra estaba imitada perfectamente, pero Protésilas era quien con Timócrates la había forjado. La tal carta me sumió en una singular sorpresa: leíala muchas veces de seguida, y no podía creer que fuera de Filocles, revolviendo en mi mente turbada cuantas pruebas afectuosas me había dado de su honradez y lealtad. Pero ¿qué podía yo hacer? ¿Cómo negarme a la evidencia de una carta, en la cual creía yo reconocer con toda certeza su letra?

Cuando Timócrates vio que yo no podía resistir a su artificio, lo llevó adelante. ¿Podré, me dijo con perplejidad, señalar a vuestra atención una palabra que hay en esta carta? Filocles dice a su amigo que puede hablar aseguradamente con Protésilas sobre una cosa que le indica con una cifra: sin duda Protésilas ha entrado en el designio de Filocles, y se han compuesto a vuestras expensas. Ya sabéis que Protésilas es quien os ha hostigado para que enviarais a Filocles contra los Carpacios. De algún tiempo a esta parte ha dejado de hablaros mal de él, como acostumbraba a hacerlo antes con frecuencia. Al

contrario, ahora le alaba, le disculpa siempre: ya hacía algún tiempo que se trataban con bastante miramiento. No cabe duda en que Protésilas y Filocles han tomado medidas para repartirse la conquista de Carpacia. Debéis notar que aquel se ha empeñado en que se acometiera hasta contra toda regla, y que expone vuestra escuadra al riesgo de perderse por saciar su ambición. ¿Crees que favorecería así la de Filocles, si estuvieran aún enemistados? No, no, ya no puede negarse que esos dos hombres se han coligado para alzarse juntos con un gran poder, y acaso para derribar el trono, en que reináis. Al hablaros así, conozco el peligro a que me expongo, atrayéndome su resentimiento, si a pesar de mis avisos, seguís dejando vuestra autoridad en sus manos pero ¿qué importa, con tal que os diga la verdad?

Las últimas palabras de Timócrates hicieron honda impresión en mi ánimo: tuve por cierta la traición de Filocles, y desconfié de Protésilas como de amigo suyo. Al mismo tiempo Timócrates me repetía de continuo: Si aguardáis a que Filocles se apodere de la isla de Carpacia, no será tiempo de atajar sus designios: daos prisa, que ahora podéis aseguraros. Me causaba horror el profundo disimulo de los hombres; ya no sabía de quien fiarme. Des-

cubierta la traición de Filocles, no había hombre en el mundo en cuya virtud me fuese posible creer. Estaba resuelto a que cuanto antes muriera aquel pérfido; pero temía a Protésilas, y no sabía como tratarle. Temía encontrarle culpado, y temía fiarme de él.

Por último no pude menos de decirle, en semejante confusión, que recelaba de Filocles. Aparentó quedarse sorprendido; me representó la rectitud y moderación de su conducta; me ponderó sus servicios; en una palabra, hizo cuanto había que hacer para persuadirme de que estaba harto bien con él. Por otra parte, Timócrates no perdía ocasión de señalarme y de obligarme a castigar a Filocles, mientras lo tenía al alcance de mi poder. ¡Ved, mi querido Mentor, cuan desgraciados son los reyes, y qué expuestos están a ser el ludibrio de los demás hombres, aun cuando los demás hombres parece que tiemblan a sus pies!

Yo creí dar un golpe de profunda política y desconcertar a Protésilas, enviando secretamente a Timócrates a la escuadra para matar a Filocles. Protésilas llevó al extremo el disimulo, y me engañó tanto más cuanto que se mostraba naturalmente como un hombre que se dejaba engañar. Partió

pues Timócrates, y halló a Filocles bastante embarazado con su desembarco: porque Protésilas, no sabiendo si la supuesta carta de su enemigo bastaría para perderle, quería tener a mano otros medios, tales como el mal éxito de una empresa en que me había hecho fundar tantas esperanzas, y que malograda no dejaría de irritarme contra Filocles. Este sostenía aquella difícil guerra con su valor, su pericia y el amor de las tropas. Aunque el ejército entero calificaba aquel desembarco de temerario y funesto a los Cretenses, cada cual se esmeraba en contribuir a su buen éxito, como si en él se hubieran cifrado su vida y su felicidad. Cada cual arrostraba contento la muerte a todas horas con un caudillo tan prudente y tan solícito en ganarse las voluntades.

Aseguróse Timócrates de dos capitanes que siempre estaban al lado de Filocles, prometiéndoles en mi nombre grandes recompensas, y en seguida le dijo: que había ido con orden mía para comunicarle cosas reservadas que sólo le debía confiar en presencia de aquellos dos capitanes. Filocles se encerró con ellos. Entonces Timócrates le dio una puñalada. El arma se escurrió y no encarnó. Filocles, sin sobrecogerse, le arrancó el puñal y con él se defendió de los tres; gritando al mismo tiempo. Acudieron,

forzaron la puerta y le sacaron de las manos de aquellos tres hombres, que con la turbación habían andado muy flojos en su embestida. Prendiéronlos, y tanta fue la indignación del ejército que, a no haberle contenido Filocles, los hubieran hecho pedazos. En seguida habló a parte con Timócrates, y le preguntó con afabilidad qué era lo que le había impelido a cometer una acción tan negra. Timócrates, que temía que te quitaran la vida, se dio prisa a manifestar la orden de matarle que yo había escrito; y como los traidores son siempre cobardes, trató de salvarse descubriéndole toda la traición de Protésilas.

Filocles, espantado de ver tanta malicia en los hombres, se resolvió a seguir una conducta de ejemplar moderación: declaró a todo el ejército que Timócrates era inocente, le puso en salvo, y le envió a Creta: entregó el mando de la escuadra a Polimenes, a quien en la orden escrita de mi puño, le destinaba yo, cuando hubieran muerto a Filocles. En fin, exhortó a las tropas a la fidelidad que me debían, y por la noche se fue en una ligera barca, que le condujo a Samos, en donde vive tranquilamente en pobreza y soledad, trabajando de estatuario para ganar la vida, sin querer oír hablar de los hombres falaces

e injustos, y mucho menos de los reyes, a quienes cree los más desventurados y ciegos de todos.

Aquí detuvo Mentor a Idomeneo. Pero ¿tardasteis mucho en descubrir la verdad? le preguntó. No, dijo Idomeneo: poco a poco fui enterándome de los amaños de Protésilas y Timócrates, que al fin se enemistaron; porque a los perversos les cuesta mucho mantenerse unidos. Su discordia me acabó de mostrar el hondo abismo en que me habían echado. ¿Y no tomasteis medidas, volvió Mentor a preguntar, para desembarazaros de uno y otro? ¡Ay de mí! exclamó Idomeneo, ¿qué? ¿no conocéis la flaqueza y perplejidades de los príncipes? Cuando se entregan a hombres que saben hacerse necesarios, ya ni esperanza de libertad debe quedarles. Los que más desprecian son los que mejor tratan, y a quienes colman de beneficios. Protésilas me causaba horror, y yo le dejaba toda la autoridad. ¡Singular ilusión! me alegraba en el alma de conocerle, y me faltaba fuerza para recobrar el poder que le había abandonado. Por otra parte, me acomodaba, me complacía, sabía adular mis pasiones, y manejaba con actividad mis intereses. Últimamente, la razón con que a mí mismo me disculpaba de esa debilidad, era que no conocía yo verdadera virtud; viendo mi propia falta el

no haber sabido elegir hombres de bien para que administraran mis cosas, me imaginaba que no los había en el mundo, y que la probidad era una hermosa fantasma. ¿Qué se adelanta, me decía, con dar un escándalo para salir de las manos de un malvado, si se ha de caer en las de otro que no será más desinteresado ni más sincero que él?

En esto regresó la escuadra mandada por Polimenes. Yo no volví a pensar en la conquista de Carpacia, y Protésilas no pudo disimular tan bien, que no le conociese cuanto le pesaba que Filocles viviera seguro en Samos.

Mentor interrumpió otra vez a Idomeneo para preguntarle si después de tan infame traición había seguido confiándole a Protésilas todos sus asuntos.

Me repugnaban demasiado los negocios, respondió Idomeneo, y era yo muy desaplicado para poder sacarlos de sus manos: hubiera sido menester trastornar el orden que yo había establecido para mi comodidad, e instruir a otros, cosa que nunca tuve valor de emprender. Prefería cerrar los ojos por no ver las malas artes de Protésilas. Sólo me desahogaba, dando a entender a algunas personas de confianza que no me era desconocida su perfidia. Así me figuraba que el engaño era a medias, pues sabía

que me engañaban. También le hacía sentir de cuando en cuando que su yugo me incomodaba. Solía a menudo complacerme en contradecirle, en vituperar públicamente cualquiera de las cosas que hacía, y en decidir contra su dictamen; pero como él conocía mi morosidad y pereza, se inquietaba muy poco de todos mis enfados. Volvía a su empeño con ahínco, ya empleando la insistencia, ya la maña y la insinuación; sobre todo cuando notaba que me tenía enojado, ponía mayor esmero en procurarme nuevas diversiones propias a hundirme más en la molicie, o en meterme en algún empeño donde tuviera ocasión de ser necesario y de acreditarse de celoso de mi fama.

Aunque yo desconfiaba de él, siempre me arrastraba con la maña que tenía para lisonjear mis pasiones: él sabía mis secretos, me sacaba de apuros, y hacía que todos temblaran de mi autoridad. Por último no pude resolverme a perderle. Y manteniéndole en su puesto, imposibilité a todas las personas honradas de instruirme acerca de mis verdaderos intereses: desde entonces no se volvió a oír una voz libre en mis consejos: la verdad se alejó de mí: el error que prepara la caída de los reyes, me castigó por haber sacrificado a Filocles a la cruel ambición de

Protésilas: hasta los que más celo tenían por el estado y por mi persona, se juzgaron sin obligación de desengañarme con tan terrible ejemplo. Yo mismo, querido Mentor, yo mismo temía que la verdad rasgase la nube, y que llegara a mí a pesar de los aduladores, porque no teniendo valor para seguirla su luz me importunaba. La conciencia me hacía temer los crueles remordimientos que me causaría, sin poder salir de tan funesto trance. Mi indolencia y el ascendiente que sin sentir había ido ganando sobre mí Protésilas, me obligaban a casi renunciar con despecho a la esperanza de recobrar la libertad. Yo no quería ver tanta ignominia ni que la vieran los demás. Sabéis, querido Mentor, con que necia altivez y vanagloria se crían los reyes: nunca convienen en que yerran. Para encubrir una falta, hacen cometer ciento, más bien que confesar un error y tomarse el trabajo de enmendarle, se dejarán engañar toda la vida. Tal es el estado de los príncipes débiles y desaplicados: tal era exactamente el mío, cuando me fue preciso marchar al sitio de Troya.

A mi salida dejé a Protésilas dueño del gobierno, que manejó en mi ausencia con arrogancia e inhumanidad. Todo el reino de Creta gemía bajo el peso de su despotismo, pero nadie se atrevía a notificar-

me la opresión de mis pueblos: sabían que la verdad me asustaba, y que abandonaba a la crueldad de Protésilas a cuantos intentaban hablarme contra él. Pero cuanto menos se atrevían a quejarse, tanto más violento era el mal. Hasta llegó a obligarme a echar al valeroso Merion, que con tanta gloria me había seguido al sitio de Troya. Había entrado en celos de él como de todos los que yo amaba, y que daban algunas señales de virtud.

Debéis saber, mi querido Mentor, que todas mis desgracias han provenido de ahí. La muerte de mi hijo no fue la cansa principal de la rebelión de los Cretenses, sino la venganza de los dioses irritados por mis flaquezas, y el odio que Protésilas había excitado contra mí en los pueblos. Cuando yo derramé la sangre de mi hijo, los Cretenses, cansados de un gobierno tan rigoroso, habían apurado toda su paciencia: el horror de esta última acción no hizo mas que dar suelta a lo que existía desde mucho antes en lo interior de los corazones.

Timócrates fue conmigo al sitio de Troya, y por cartas daba noticia secretamente a Protésilas de cuanto podía averiguar. Bien conocía yo que estaba cautivo; pero trataba de no recordarlo, por no tener esperanzas de remedio. Cuando, a mi llegada, se

rebelaron los Cretenses, Protésilas y Timócrates fueron los primeros que huyeron. Sin duda me hubieran abandonado, a no haber tenido yo que huir casi tan pronto como ellos. Advertid, mi querido Mentor, que los hombres insolentes en la prosperidad son débiles y cobardes en el infortunio. Cuando se les escapa el poder absoluto, se les trastorna la cabeza. Tan abyectos se les ve entonces como antes eran soberbios, y en un momento pasan de un exceso a otro.

Pero ¿de qué proviene, dijo Mentor a Idomeneo, que conociendo el alma de esos dos malvados, todavía los tengáis a vuestro lado como los veo? Yo no extraño que os hayan seguido, no quedándoles mejor camino para medrar: entiendo asimismo que hayáis tenido la generosidad, de concederles asilo en vuestro nuevo establecimiento; pero ¿cómo os entregaos a ellos después de tan crueles experiencias?

No sabéis, respondió Idomeneo, cuan inútiles son todas las experiencias para los príncipes enervados e indolentes que viven sin reflexión. De nada están contentos, y no tienen valor para enmendar cosa alguna. Tantos años de costumbre eran cadenas que me sujetaban a esos dos hombres, que me asediaban continuamente. Desde, que estoy aquí,

me han metido en los gastos excesivos que habéis visto, han agotado este estado naciente; me han acarreado la guerra, que sin vuestro auxilio hubiera sido mi ruina. Poco habría tardado en experimentar en Salento las mismas desgracias que en Creta; pero al fin me habéis abierto los ojos y dado el valor que necesitaba para salir de la esclavitud. Yo no sé lo que me habéis hecho; mas desde que estáis aquí, siento que soy otro hombre.

Mentor preguntó a Idomeneo, cual era la conducta de Protésilas en aquella mudanza de cosas. Nada mas artificioso que su modo de comportarse desde vuestra llegada, respondió Idomeneo. Al principio no perdonó medio de excitar en mi ánimo, aunque indirectamente, cierta desconfianza. Él no decía cosa alguna contra vos; pero yo veía venir varias personas a advertirme que los dos extranjeros eran muy de temer. El uno, me decían, es hijo del falaz Ulises; el otro es un hombre misterioso y de profundo ingenio: están acostumbrados a vagar de reino en reino ¿quién sabe si sobre éste tendrán algún designio esos aventureros? Ellos mismos cuentan que han causado grandes trastornos en todos los países por donde han pasado; he aquí un estado na-

ciente y mal asegurado; la, más ligera conmoción podría destruirle.

Protésilas callaba, si bien procuraba hacerme vislumbrar el peligro y demasía de todas las reformas que me inducíais a plantear. Cogíame por el lado de mi propio interés. Si procuráis a los pueblos la abundancia, me decía, no trabajaran más: se harán altivos, díscolos, y estarán siempre prontos a rebelarse: la debilidad y la miseria son los únicos medios de que se mantengan sumisos, y de impedir que resistan a la autoridad. A veces intentaba recobrar su antiguo dominio para arrastrarme, y se cubría con el pretexto del celo por mi servicio. Por querer aliviar a los pueblos, me decía, menoscabáis la potestad real, y así les causáis a ellos mismos un daño irreparable, porque el pueblo ha de estar debajo para su propio sosiego.

A todo eso le contestaba yo: que sabría mantener a los pueblos en la obediencia captándome su amor; no relajando mi autoridad, aunque los aliviara; castigando con firmeza a todos los culpados; dando a la infancia una buena educación, y sujetando a todo el pueblo a una disciplina severa que conservase intactas la sencillez, la sobriedad y la afición al trabajo. ¡Pues qué! le decía yo, ¿no puede gobernársele

sin matarle de hambre? ¡Qué inhumanidad! ¡Qué brutal política! ¿Cuántas naciones no vemos tratadas con dulzura, y muy fieles a sus soberanos? Lo que engendran las revueltas es la ambición, la turbulencia de los grandes de un estado, cuando no se sabe tenerlos a raya, y se ha dejado a sus pasiones romper todo dique; esto la licencia de las demás clases, si se ha descuidado el reprimirla; esto la multitud de grandes y pequeños que viven en la molicie, en el lujo y en la ociosidad; esto el número excesivo de hombres que se destinan a la guerra, y desdeñan las ocupaciones útiles en tiempo de paz; esto en fin, la desesperación de los pueblos maltratados, la soberbia y flojedad de los reyes que los hacen incapaces de velar sobre todos los miembros del estado, para evitar los desordenes. Esa es la causa de las revueltas, y no el pan que se deja comer en paz al labrador, después que le ha ganado con el sudor de su frente.

Cuando Protésilas ha visto que yo era inflexible en estas máximas, ha tomado un rumbo opuesto a su anterior conducta, y ha empezado siguiendo los principios que no he podido destruir, ha aparentado que los aprueba, que lo han convencido, y que me está agradecido por haberle ilustrado con ellos. Se

adelanta a cuanto yo podría desear para socorrer a los pobres, es el primero que me informa de sus necesidades, y que grita contra los gastos excesivos. Bien sabéis que os alaba, que os manifiesta confianza, y que nada olvida de lo que os puede complacer. En cuanto a Timócrates, ya este empieza a entibiarse con Protésilas, y trata de hacerse independiente: Protésilas le tiene envidia, y por esas disensiones he descubierto yo en parte su alevosía.

Mentor sonriéndose respondió así a Idomeneo: ¡Pues qué! ¿ha llegado vuestra debilidad hasta el punto de dejaros tiranizar tantos años por dos traidores cuya traición conocíais? ¡Ah! replicó Idomeneo, no sabéis el poder que ejercen los hombres artificiosos sobre un rey débil e indolente que se ha entregado a ellos para todo su gobierno además ya os he dicho que Protésilas entra ahora en todas vuestras miras de bien público.

Mentor continuó así su discurso con aire grave: Demasiado veo cuanto aventajan los malvados a los buenos por prevalecer con los reyes: de ello sois vos mismo terrible ejemplo. Decís que os he abierto los ojos sobre Protésilas, cuando los tenéis cerrados para dejar vuestro gobierno confiado a ese hombre indigno de vivir. Sabed que los perversos no son

incapaces de obrar bien: obran así con la misma indiferencia que obran mal. Nada les cuesta el hacer mal porque ningún sentimiento de vergüenza, ningún principio de virtud los contiene; pero también hacen bien sin violencia, porque su corrupción los induce a hacerlo para parece buenos y engañar a los demás hombres. Hablando con propiedad, los malos no son capaces de virtud, aunque aparenten practicarla; son sí capaces de añadir a sus demás vicios el más horrible de todos: la hipocresía. Mientras queráis vos obrar bien, Protésilas estará dispuesto a imitaros para conservar la autoridad; más por poco que os sienta flaquear, no perdonará medio para precipitaros en vuestros antiguos extravíos, y para volver él con toda libertad a su natural engañoso y feroz.

¿Podéis vivir con honra y tranquilidad acosado a todas horas por semejarte hombre, mientras sabéis que el prudente y leal Filocles vive pobre y deshonrado en la isla de Samos?

Bien debéis conocer, o Idomeneo, que los hombres falaces y atrevidos que están presentes arrastran a los príncipes débiles; más podéis añadir que los príncipes tienen otra desgracia que no es menor: la de olvidar fácilmente la virtud y los servicios de

un hombre ausente. El gentío numeroso que rodea a los príncipes es causa de que nadie haga en ellos una impresión duradera: solo llama su atención lo que está presente, lo que les lisonjea: lo demás se borra pronto. La virtud sobre todo les mueve poco, porque la virtud, lejos de adularles, contradice y condena sus debilidades. ¿Es de extrañar que sean tan poco amados, cuando ellos no aman más que su grandeza y sus placeres?

LIBRO XIV

Mentor obliga a Indomeneo a que mande a llevar a Protésilas y Timócrates a la isla de Samos, y llamar a Filocles volviéndole en privanza. Hegesipo, encargado de esta orden, la cumple con alegrías llega con los dos a Samos en donde vuelve a ver a su amigo, que pobre y solitario pasa la vida contento. Cuéstale mucho consentir en regresar al seno de los suyos; pero conociendo que así lo quieren los dioses, se embarca con Hegesipo, y llega a Salento, en donde Idomeneo que ya no es el que antes era, le recibe con amistad.

Sentadas esas razones, persuadió Mentor a Idomeneo de que era menester echar fuera cuanto antes a Protésilas y Timócrates, y llamar a Filocles. El único inconveniente, que detenía al rey era el temor de la severidad de éste: confieso, decía, que, sin poderlo remediar, casi temo su regreso, aunque le amo

y le aprecio. Yo estoy acostumbrado desde mi temprana juventud a encomios, obsequios y condescendencias que me es imposible esperar de ese hombre. En cuanto hacía yo algo que él no aprobaba, su semblante triste me daba a entender sobradamente que me condenaba. Cuando estaba conmigo, sus modales eran compuestos y mesurados, pero secos.

¿No veis, le replicó Mentor, que los príncipes agraciados con la lisonja toman por seco y austero lo que es libre y veraz? Hasta se imaginan a veces que no se les sirve con celo y no se lleva con gusto su autoridad, porque no tiene un corazón servil, y no se les adula cuando abusan inicuamente de su poder. Cualquiera palabra llana y generosa les parece soberbia, mordaz y sediciosa. Se hacen tan delicados, que todo lo que no es adulación les lastima y enoja. Pero vamos adelante. Yo supongo que Filocles es efectivamente seco y austero, ¿no vale más su austeridad que la perniciosa adulación de vuestros consejeros? ¿En dónde hallareis un hombre sin defectos? Y el de deciros la verdad ¿no es el que menos debéis temer? ¿Qué digo? ¿no es un defecto necesario para corregir los vuestros, y para vencer esa repugnancia a la verdad, en que os ha sumido la

adulación? Necesitáis de un hombre que no ame sino la verdad, que os ame a vos más que no os amáis vos mismo, que os la diga a pesar vuestro, que fuerce todas vuestras trincheras, y ese hombre es Filocles. Tened presente que es muy afortunado el príncipe, bajo cuyo reinado nace un solo hombre dotado de esa generosidad, que es el más rico tesoro del estado; y que el mayor castigo que debe temer de los dioses, es el perder a ese hombre, si de él se hace indigno por no saber emplearle.

En cuanto a las imperfecciones de los hombres de bien, es menester saber conocerlas, sin dejar de servirse de ellos. Enmendadlos: no os entreguéis jamás ciegamente a su celo indiscreto; pero escuchadlos propicio, honrad su virtud, mostrad a las gentes que sabéis estimarla, y sobre todo, guardaos bien de ser más tiempo lo que hasta aquí habéis sido. Los príncipes engreídos, como lo estabais vos, satisfechos con menospreciar a los perversos, no dejan de emplearlos con toda confianza, y de colmarlos de beneficios: por otra parte, se precian de conocer también a los hombres virtuosos, pero no hacen más que alabarlos estérilmente, no atreviéndose a confiarles puesto alguno, ni a recibirlos en su trato familiar, ni a derramar sus dones sobre ellos.

Díjole entonces Idomeneo que se avergonzaba de haber tardado tanto en rescatar la inocencia oprimida, y en castigar a los que le habían engañado. Sin la más leve dificultad decidió Mentor al rey a deshacerse de su valido: porque en cuanto se logra que los privados sean sospechosos e importunos a sus soberanos, los príncipes, cansados y sin saber que hacer, no desean más que desprenderse de ellos: la amistad se desvanece, los servicios se olvidan: la caída de los favoritos no les hace mella, con tal que no los vuelvan a ver.

Al instante mandó el rey secretamente a Hegesipo, que era uno de los primeros oficiales de su casa, prender a Protésilas y Timócrates. llevarlos con buena custodia a la isla de Samos, dejarlos allí, y traer a Filocles de aquel lugar de destierro. Sorprendido con semejantes órdenes, no pudo Hegesipo contener el llanto de alegría. Ahora sí que vais a contentar a vuestros súbditos, dijo al rey. Los dos hombres han causado todas vuestras desgracias y las de vuestros pueblos: veinte años ha que hacen gemir a todos los hombres de bien, si alguien se atreve ni siquiera a gemir bajo tan cruel tiranía: su opresión abruma a cuantos intentan llegar a vos por otro conducto que el suyo.

Prosiguió Hegesipo descubriendo al rey muchas de las alevosías y atrocidades cometidas por aquellos hombres, de las cuales jamás había oído hablar, porque nadie se había atrevido a acusarlos. Contóle también lo que había averiguado de cierta trama secreta para asesinar a Mentor. El rey se horrorizó de lo que escuchaba.

Hegesipo fue en seguida a prender a Protésilas, que estaba en su casa. Era esta menos espaciosa, pero más cómoda y alegre que la del rey, y de una arquitectura de mejor gusto: Protésilas la había alhajado a costa de la sangre de los infelices. Hallábase a la sazón en una sala de mármol, tendido perezosamente junto al baño en un lecho de púrpura recamado de oro: parecía rendido y acabado por sus trabajos: notábase en sus ojos y en sus cejas como un velo misterioso de agitación, de zozobra, de ferocidad. Los primeros grandes del estado estaban haciéndole cerco sentados en alfombras, acomodando su semblante al de Protésilas, a quien observaban hasta en el movimiento de los párpados. Apenas entreabría la boca, cuando todo el mundo se preparaba a maravillarse de lo que iba a decir. Uno de los principales de la banda le refería a él mismo con ponderaciones ridículas lo que había

hecho por el rey. Otro le afirmaba que Júpiter, engañando a su madre, le había dado el ser, y que era hijo del padre de los dioses. Un poeta le venía a cantar versos, en que decía que Protésilas, adoctrinado por las musas, había igualado a Apolo en todas las obras del ingenio. Otro versificador más vil y descarado le llamaba en los suyos inventor de las bellas artes y padre de los pueblos que colmaba de felicidad, y le pintaba con el cuerno de la abundancia en la mano.

Protésilas escuchaba todas esas alabanzas con aire seco, distraído y desdeñoso, como quien esta persuadido de merecerlas mayores, y harto favor dispensa con dejarse alabar. Hubo un adulador que se tomó la libertad de hablar al oído para decirle alguna gracia contra la policía que Mentor trataba de establecer. Sonrióse Protésilas: al punto soltó la carcajada toda la reunión, aunque los más no podían saber aun lo que se había dicho. Pero Protésilas volvió a poner su gesto severo y dominante, y cada cual se encerró en el temor y el silencio. Muchos nobles acechan el momento en que se podría inclinar hacia ellos y escucharlos: parecían cortados y remisos, porque iban a pedir gracias: sus posturas suplicantes hablaban por ellos: humildad los ase-

mejaba a una madre cuando, postrada al pie de los altares, pide a los dioses la salud de su hijo único. Todos se mostraban contentos, enternecidos, llenos de admiración de Protésilas aunque todos alimentaban en el corazón una implacable rabia contra él.

En este momento entra Hegesipo coge la espada de Protésilas, y le comunica de parte del rey, que va a conducirle a Samos. Al oír tales palabras, toda la arrogancia del valido cae como la roca que se desgaja de la cima de una montaña escarpada. Helo trémulo y despavorido a los pies de Hegesipo: llora, vacila, tartamudea, tiembla, abraza las rodillas de ese hombre, a quien una hora antes no se dignaba honrar con una mirada. Todos los que antes le incensaban, al verle perdido para siempre, mudaron sus lisonjas en desapiadadas injurias.

Hegesipo no quiso darle tiempo ni para despedirse de su familia, ni para tomar ciertos escritos reservados. Todo fue confiscado y llevado al rey. Timócrates sufría igual suerte al mismo tiempo, siendo su sorpresa extremada porque creía que su enemistad con Protésilas le libraría de verse envuelto en su ruina. Parten ambos en una nave que había aparejado; llegan a Samos. Hegesipo deja a aquellos miserables, y para colmo de su desgracia,

los deja juntos. Allí echan en cara uno a otro con furor los crímenes que han cometido y que les han acarreado su caída: se ven sin esperanza de volver jamás a Salento, y condenados a vivir lejos de sus mujeres y de sus hijos; no diré de sus amigos, porque no los tenían. Los que habían pasado tantos años en el fausto y los deleites, quedaban en una tierra desconocida, sin más recurso para vivir que su propio trabajo. Semejantes a dos fieras rabiosas, siempre estaban dispuestos a despedazarse uno a otro.

Entre tanto Hegesipo inquirió en que parte de la isla moraba Filocles. Dijéronle que vivía bastante lejos de la población, hacia la cumbre de una montaña, en donde una gruta le servía de casa. Todo el mundo le habló del extranjero con admiración. Desde su llegada a la isla, le decían a nadie ha faltado: no hay quien no se le haya aficionado por su paciencia, laboriosidad y sosiego: aunque nada tiene, siempre parece contento. Lejos como está aquí de los negocios, sin bienes y sin autoridad, no por eso deja de favorecer a los que lo merecen, y tiene mil recursos para complacer a sus vecinos.

Hegesipo se encamina hacia la gruta, que encuentra sola y abierta, porque la pobreza y la senci-

llez de las costumbres de Filocles le evitaban la necesidad de cerrar la puerta, cuando salía. Una estera de junco grosera le servía de cama. Rara vez encendía lumbre, porque no comía cosa alguna cocida: durante el verano se alimentaba con frutas recién cogidas, y en el invierno con dátiles e higos secos. Una fuente clara, que formaba cascada al despeñarse de la roca, le bastaba para aplacar su sed. No tenía en la gruta más que los instrumentos necesarios para la escultura, y algunos libros en que solía leer a ciertas horas, no para engalanar el ingenio ni satisfacer la curiosidad, sino para instruirse, mientras descansaba de sus tareas, y aprender a ser bueno. En cuanto a la escultura, solo se aplicaba a ella por ejercitar las fuerzas corporales, huir la ociosidad, y ganar la vida con una absoluta independencia.

Al entrar en la gruta, se detuvo con admiración Hegesipo en las obras que tenía empezadas. Reparó en un Júpiter, cuyo rostro sereno reflejaba tanta majestad, que en él se reconocía fácilmente al padre de los dioses y los hombres. En otra parte le veía a Marte con cierta altivez áspera amenazante. Pero lo que más le interesaba, era una Minerva animando a las artes: tenía el semblante noble y dulce, la estatu-

ra elevada y esbelta; estaba en actitud tan viva, que parecía que iba a andar.

Hegesipo, habiéndose deleitado en contemplar aquellas estatuas, salió de la gruta, y divisó a lo lejos a Filocles, que a la sombra de un árbol corpulento leía recostado en el césped: vase hacia él, y Filocles que le ve, no sabe que pensar, ¿No es aquel Hegesipo con quien yo he vivido tanto tiempo en Creta? se dijo a sí mismo. Pero ¿a qué ni cómo había de venir a una isla tan lejana? ¿No será su sombra que viene después de muerto de las orillas de la Estigia?

En estas dudas, se acercó Hegesipo tanto, que no pudo menos de asegurarse de que era él y abrazarle. ¿Sois vos de veras, le dijo, mi querido y antiguo amigo? ¿Qué acaso, qué tempestad os ha arrojado a estas playas? ¿Por qué habéis abandonado a Creta? ¿Os arranca de nuestra patria alguna desgracia como la mía?

Hegesipo le respondió: No me trae la desgracia, tráeme al contrario el favor de los dioses. Refirióle en seguida la larga tiranía de Protésilas, sus confabulaciones con Timócrates las calamidades en que había precipitado a Idomeneo, la caída de este príncipe, su fuga a las costas de Hesperia, la fundación de Salento, la llegada de Mentor y Telémaco, las sa-

bias máximas en que Mentor había imbuido el ánimo del rey, y la desgracia de los dos traidores, añadiendo que los había llevado a Samos para que allí padecieran el destierro que habían hecho ellos padecer a Filocles; y acabó comunicándole la orden que tenía de conducirle a Salento, en donde el rey, convencido de su inocencia, quería confiarle el gobierno y colmarle de beneficios.

¿Veis, le respondió Filocles, esa gruta más propia a dar guarida a fieras que a ser habitación de hombres? ahí he disfrutado hace tantos años más placeres y más tranquilidad que en los dorados palacios de Creta. Ya no me engañan los hombres, porque no los trato, no oigo sus palabras lisonjeras y venenosas ya no los necesito; mis manos endurecidas en el trabajo me procuran fácilmente el simple sustento que me es necesario: me basta, como veis, para cubrirme esta ligera tela. No teniendo deseos, gozando de la profunda calma, y de una dulce libertad de que la sabiduría de mis libros me enseña a hacer buen uso, ¿qué iría yo a buscar entre los hombres envidiosos, falaces e inconstantes? No, no, mi querido Hegesipo, no mires con malos ojos mi felicidad. Protésilas se ha hecho traición a sí mismo, queriendo hacérsela al rey y perderme. Pero me ha propor-

cionado el mayor de los bienes, lejos de ocasionarme, mal alguno, pues me ha libertado del tumulto y esclavitud de los negocios: le soy deudor de mi amada soledad y de las delicias inocentes que gozo en ella.

Volved, Hegesipo, volved con el rey: ayudadle a soportar las miserias de su grandeza, y haced a su lado lo que quisierais que hiciese yo. Supuesto que ese sabio que llamáis Mentor, le ha abierto al fin los ojos tanto tiempo cerrados a la verdad, que le conserve junto a sí. A mí después de mi naufragio, no me conviene dejar el puerto adonde por fortuna me arrojó la tempestad, para volver a confiarme a la merced de las olas. ¡O cuan de compadecer son los reyes! ¡Qué dignos son de lástima los que les sirven! Si son malos ¡cuanto no hacen sufrir a los hombres! ¡y qué tormentos les están preparados en el tenebroso Tártaro! Si son buenos ¡qué de dificultades tienen que vencer! ¡qué de lazos que evitar! ¡qué de males que sufrir! Os lo ruego otra vez, Hegesipo, dejadme en mi feliz pobreza.

Mientras Filocles hablaba así con grande vehemencia Hegesipo le contemplaba atónito. Le había visto en Creta, durante el tiempo que tuvo a su cargo los más graves negocios, flaco, abatido, extenua-

do; y era que su índole austera le consumía en el trabajo, porque no podía ver sin indignación la impunidad del vicio: quería en el despacho una exactitud que jamás se encuentra: así los puestos que desempeñaba, acababan con su delicada salud. Pero en Samos le hallaba Hegesipo grueso y robusto: a pesar de los años, había vuelto a su rostro la florida juventud: una vida sobria, tranquila y laboriosa le había formado casi otro temperamento.

Os sorprende el encontrarme tan mudado, le dijo entonces Filocles sonriéndose; pues mi soledad es lo que me ha procurado esta lozanía, esta salud completa: mis enemigos me han dado lo que en la mayor fortuna me hubiera sido imposible adquirir. ¿Queréis que pierda bienes tan verdaderos por seguir otros mentidos, y para volver a sumirme en mis antiguas miserias? No seáis más cruel que Protésilas: a lo menos, que no os duela de la felicidad que él me ha dado.

Entonces le representó Hegesipo, aunque en vano, cuanto creyó capaz de conmoverle. ¿Sois, le decía, insensible al placer de volver a ver a vuestros parientes y amigos, que suspiran por vuestro regreso, llenándolos de alegría la sola esperanza de abrazaros? Y vos, que tentáis a los dioses y que amáis

vuestras obligaciones, ¿tenéis en nada el servicio de vuestro rey, el ayudarle a realizar el bien que desea hacer, colmando de felicidad a tantos pueblos! ¿Es lícito encerrarse en una filosofía salvaje, preferirse a todo el género humano, y sacrificar al propio descanso el bienestar de sus conciudadanos? Además, se atribuirá a resentimiento el que no queráis ver al rey. Si ha contribuido a haceros mal, es porque no os conocía: no quiso él que pereciera el verdadero, el bueno, el justo Filocles; pensó castigar a otro hombre diferente. Pero ahora que os conoce y que no os toma por otro, siente renacer en su corazón todo su antiguo afecto: os aguarda: ya os tiende los brazos, cuenta los días en su impaciencia, las horas. ¿Tendréis corazón para permanecer inexorable con vuestro rey, y con vuestros más cariñosos amigos?

Filocles, que a la vista de Hegesipo se había enternecido, recobró su semblante austero al escuchar aquel razonamiento. Permanecía. inmóvil semejante a una roca, contra la cual combaten los vientos en vano, y adonde las olas van a estrellarse gimiendo: ni los ruegos ni las razones hallaban entrada en su corazón. Ya estaba Hegesipo a punto de renunciar a la esperanza de vencerle, cuando Filocles, consultando a los dioses, descubrió por el vuelo de las

aves, las entrañas de las víctimas y otros varios agüeros que debía seguir a Hegesipo.

No resistió más, y se dispuso a partir, pero no sin pesadumbre de alejarse del desierto en que había pasado tantos años. ¡Ay! exclamaba; te he de dejar, amada gruta, en donde todas las noches venía el sueño apacible trayéndome el descanso de los trabajos del día! Aquí, en medio de mi pobreza, me hilaban las parcas días de oro y seda. Prosternóse llorando y adoró a la náyade que tanto tiempo había apagado su sed con aquella clara corriente, y a las ninfas que habitaban en todas las montañas del contorno. Eco oyó los tristes acentos, y con voz lastimera los repitió a todas las divinidades campestres.

Filocles bajó a la ciudad con Hegesipo para embarcarse. Creyó que el desgraciado Protésilas, lleno de vergonzante sentimiento, no quería verle: pero se engañaba; porque los perversos no tienen pudor alguno, y están dispuestos siempre a toda especie de bajeza. Filocles se ocultaba modestamente porque no le viera aquel miserable, temiendo aumentar su infortunio con el aspecto de la prosperidad de un enemigo que iba a elevarse sobre sus ruinas. Pero Protésilas buscaba con empeño a Filocles: quería

inspirarle conmiseración, y alcanzar de él que pidiera al rey su vuelta a Salento. Filocles era demasiado sincero para prometerle que haría por conseguirlo, porque sabía mejor que nadie cuan pernicioso había de ser semejante regreso; pero le habló con afabilidad, le mostró compasión, procuró consolarle, y le exhortó a que aplacara a los dioses con costumbres puras y grande resignación en los trabajos. Como había sabido que el rey había desposeído a Protésilas de todos sus bienes malamente adquiridos, le prometió dos cosas, que después le cumplió fielmente: una, cuidar de su mujer y de sus hijos que habían quedado en Salento en la más espantosa indigencia y expuestos a la indignación popular; otra, enviarle algunos auxilios, para socorrer su miseria en aquella isla apartada.

En esto se echan las velas con viento favorable. Hegesipo impaciente procura acelerar la partida de Filocles. Protésilas los ve embarcarse: sus ojos se clavan inmóviles en la orilla del mar; siguen el bajel que corta las olas y que el viento aleja. Aun cuando no alcanza a verle, se le retrata en la mente. Al cabo turbado, furioso, arrastrado por la desesperación, se arranca los cabellos, se revuelca en la arena, reconviene a los dioses de su rigor, llama en vano a su

socorro la muerte cruel, que, sorda a sus ruegos, no se digna libertarle de tantos males, cuando él mismo no se atreve a dársela.

La nave, favorecida por Neptuno y los vientos, no tardó en llegar a Salento. Fueron a avisar al rey que ya entraba en el puerto, al punto corrió con Mentor al encuentro de Filocles: abrazóle tiernamente, y le manifestó gran pesar de haberle perseguido con tanta injusticia. Esta confesión, lejos de parecer flaqueza en un rey, se consideró por todos los Salentinos como un esfuerzo de magnanimidad de quien se eleva sobre sus propias faltas, confesándolas con valor para repararlas. Todos lloraban de alegría de volver a ver a aquel hombre honrado que siempre había sido amante del pueblo, y de oír al rey hablar con tanta sabiduría y bondad.

Filocles recibía los halagos del rey con aire respetuoso y modesto, y deseaba con impaciencia sustraerse a las aclamaciones del pueblo; pero tuvo que seguir al rey al palacio. Mentor y él no tardaron en inspirarse la misma confianza que si hubieran vivido juntos toda la vida, aunque jamás se habían visto: eso consiste en que los dioses, que han negado a los malvados ojos para conocer a los buenos, se los han dado a los buenos para que unos a otros se conoz-

can. Los que son aficionados a la virtud, no pueden juntarse sin luchar unidos por la misma virtud que aman.

Pronto pidió Filocles al rey que le permitiese retirarse a un desierto cerca de Salento, en donde siguió viviendo pobremente como había vivido en Samos. Íbale a ver el rey con Mentor los más de los días a su soledad. Allí se examinaban los medios de consolidar las leyes, y dar una forma estable al gobierno por medio de la felicidad del pueblo.

Las dos cosas principales que se examinaron, fueron la educación de los niños, y la manera de vivir en tiempo de paz.

Mentor decía que los niños pertenecían menos a sus padres que a la república, porque son hijos del pueblo, y constituyen su esperanza y su fuerza: cuando se han pervertido, ya no es tiempo de corregirlos. No hasta excluirlos de empleos, en viendo que se hacen indignos de ellos; mejor es prevenir el mal que tener que castigarlo. El rey, añadía, que es padre de todo su pueblo, lo es mas particularmente de la juventud, que es la flor de la nación. En la flor se ha de preparar el fruto: que no se desdeñe pues el rey de velar y de procurar que velen sobre la crianza que se da a los niños: que cuide con esmero de ha-

cer guardar las leyes de Minos, que mandan educar a los niños en el desprecio del dolor y de la muerte. Que pongan la honra en huir de los placeres y las riquezas: que la injusticia, la mentira, la ingratitud y la molicie se tengan por vicios infames. Que se les enseñe desde la tierna infancia a cantar las alabanzas de los héroes que han sido amados de los dioses, que han acabado hazañas generosas por su patria, y que han mostrado su valor en los combates: que el encanto de la música se apodere de sus almas para endulzar y purificar sus costumbres. Que aprendan a ser afectuosos con sus amigos, fieles con sus aliados, justos con todos los hombres, hasta con sus más crueles enemigos: que teman menos la muerte y los tormentos que el más leve remordimiento de su conciencia. Si se inculcan temprano esas grandes máximas en el corazón de los niños, facilitándoles la entrada en él por medio de la dulzura del canto, pocos habrá que no se inflamen con el amor de la gloria y la virtud.

Mentor añadía que era esencial establecer escuelas públicas para acostumbrar la juventud a los ejercicios más rudos del cuerpo, y para evitar la molicie y la holganza, que corrompen las mejores índoles: quería una variedad grande de juegos y espectáculos

que animaran a todo el pueblo, y que ejercitaran principalmente los cuerpos, a fin de hacerlos diestros, flexibles y vigorosos: además proponía premios para excitar una noble emulación. Sin embargo, lo que más apetecía para las buenas costumbres era que los jóvenes se casaran temprano, y que los padres, sin mira alguna de interés, les dejaran elegir mujeres de formas e ingenio capaces de ganarles el corazón con sus gracias.

Pero, mientras se preparaban así los medios de mantener la juventud pura, inocente, laboriosa, dócil y amante de la gloria, Filocles, que era aficionado a la guerra, decía a Mentor: En vano tendréis la juventud ocupada con todos esos ejercicios, si la dejáis consumirse en una paz continua, en que ninguna idea podrá adquirir de la guerra, ni hallar ocasión de probar su valor. De ese modo enflaqueceréis insensiblemente la nación, los ánimos se afeminarán, las delicias estragarán los costumbres. Otros pueblos belicosos la vencerán sin dificultad, y por haber querido evitar los males que la guerra arrastra en pos de si, caerá en una espantosa esclavitud.

Mentor le respondió: Los males de la guerra son más horribles de lo que pensáis. La guerra aniquila

el estado, y lo pone siempre en peligro de perecer, aun cuando logre señaladas victorias. Sean cualesquiera las ventajas con que se comienza, nunca se puede tener seguridad de concluirla, sin exponerse a los más trágicos trastornos de la fortuna. Sea cualquiera la superioridad de la fuerza con que se empeña un combate, el error más leve, un terror pánico, una nada, os arrebata el triunfo que teníais ya en vuestras manos, y se le da al enemigo. Aun cuando se tuviera como encadenada la victoria en el propio campo, destruyendo al enemigo se destruye uno a sí mismo: se despuebla el país: se dejan las tierras casi incultas: se olvida el comercio: y lo que es peor, se relajan las mejores leyes, y se pervierten las costumbres: la juventud no se entrega sino a vicios: la necesidad imperiosa obliga a consentir una licencia funesta en las tropas: la justicia, la policía, todo se resiente de tamaño desorden. Un rey que derrama la sangre de tantos hombres, y que acarrea tantas desgracias por adquirir un poco de gloria o ensanchar los límites de su reino, es indigno de la fama que busca, y merece perder lo que posee por haber querido usurpar lo que no le pertenece.

Pero he aquí cómo se ejercitará el valor de una nación en tiempo de paz. Ya habéis visto los ejerci-

cios corporales que establecemos, los premios que excitaran la emulación, las máximas de gloria y virtud con que se nutrirán casi desde la cuna las almas de los niños, cantando las hazañas de los héroes: añadid a esos medios el de una vida sobria y laboriosa. Pero todavía no basta: luego que un pueblo aliado de vuestra nación tenga una guerra, será menester enviarle la flor de vuestra juventud, sobre todo los que se noten con disposición para las armas, y que parezcan más capaces de aprovechar la experiencia. Así conservaréis entre vuestros aliados una reputación elevada, solicitarán vuestra alianza, temerán perderla, y sin tener la guerra en vuestra casa ni en vuestra costa, podréis contar siempre con una juventud aguerrida e intrépida. Aunque estéis en paz, nunca dejaréis de honrar mucho a los que se distingan por su capacidad militar; porque el mejor modo de alejar la guerra y de mantener una larga paz es favorecer la profesión de las armas, distinguiendo a los que sobresalen en ella; temer quienes la hayan ejercitado en los países extranjeros, y conozcan las fuerzas, la disciplina militar y las maneras de guerrear de los pueblos vecinos; no ser capaz de acometer por ambición ni de ceder por flojedad.

Cuando así se esta siempre pronto a hacer la guerra, se consigue el que casi jamás haya qué hacerla.

En cuanto a vuestros aliados, si se disponen a romper unos con otros, os toca a vos intervenir como mediador. Con eso lográis más sólida y segura fama que la de los conquistadores, ganáis el amor y respeto de los extranjeros, los cuales os necesitan, y reiríais en sus estados por la confianza, como reináis en el vuestro por la autoridad: venís a ser el depositario de los secretos, el árbitro de los tratados, el dueño de los corazones vuestra reputación vuela hasta los países más remotos vuestro nombre es como una fragancia deliciosa que se exhala de región en región hasta los pueblos más lejanos. En tal situación, si una nación vecina os acomete contra las reglas de la justicia, os encuentra aguerrido, preparado; y, lo que es de mayor fuerza, os encuentra amado y socorrido; todos vuestros vecinos se arman en vuestro favor, persuadidos de que vuestra conservación forma la seguridad pública. He ahí una barrera más firme que todas las murallas de las ciudades y todas las plazas mejor fortificadas: he ahí la verdadera gloria. Pero ¡cuan pocos reyes hay que la sepan buscar, y no se alejen de ella! Los más corren

en pos de una sombra engañosa y dejan detrás de sí el honor verdadero, por falta de conocerle.

Después que Mentor se hubo explicado así, Filocles le miraba lleno de admiración; de él volvía la vista al rey, y se regocijaba de ver con que avidez recogía Idomeneo en el fondo de su corazón cuantas palabras salían como un río de sabiduría de la boca de aquel extranjero.

De ese modo Minerva, bajo la figura de Mentor, establecía en Salento todas las leyes mejores, y los principios más útiles de gobierno, menos para que floreciera el reino de Idomeneo, que para señalar a Telémaco, cuando volviese, un ejemplo sensible de lo que un gobierno sabio puede hacer, para labrar la felicidad de los pueblos y dar a un buen rey gloria duradera.

LIBRO XV

Telémaco en el campo de los aliados se gana la inclinación de Filoctetes, mal dispuesto al principio contra él por causa de Ulises su padre. Filoctetes le refiere sus aventuras, en que menciona las particularidades de la muerte de Hércules, causada por la túnica envenenada que el centauro Neso había dado a Deyanira. Explícale cómo obtuvo de aquel héroe las fatales flechas, sin las cuales hubiera sido imposible tomar la ciudad de Troya; cómo fue castigado por haber faltado al secreto con todos los males que padeció en la isla de Lemnos; cómo Ulises se valió de Neoptolemo para decidirle a ir al sitio de Troya, en donde le curaron sus heridas los hijos de Esculapio.

Entre tanto Telémaco mostraba su valor los peligros en los peligros de la guerra. Desde su salida de Salento procuró granjearse el afecto de aquellos

viejos capitanes cuya reputación y experiencia habían llegado a lo más alto. Néstor, que lo había visto ya en Pilos, y que había querido siempre a Ulises, le trataba como si fuera su propio hijo. Instruíale apoyando sus lecciones en diversos ejemplos; le contaba todas las aventuras de su mocedad, y todo lo que había visto hacer de más notable a los héroes de la edad pasada. La memoria de este sabio anciano, que había vivido tres edades de hombre, era como una historia de los tiempos antiguos grabada en mármol y bronce.

Filoctetes no tuvo desde luego la misma inclinación a Telémaco que Néstor: el odio que había alimentado en su corazón contra Ulises le alejaba del hijo, y le era imposible ver sin amargura todo lo que al parecer preparaban los dioses a aquel joven, para igualarle con los héroes que habían destruido la ciudad de Troya. Mas al cabo venció la moderación de Telémaco todos los resentimientos de Filoctetes, que no pudo menos de aficionarse a su sencilla y modesta virtud. Muchas veces le buscaba, y le decía: Hijo mío (que yo no temo llamaros así), vuestro padre y yo, lo confieso, hemos sido mucho tiempo enemigos: también confieso que, aun después que hicimos caer la soberbia ciudad de Troya, todavía

no estaba aplacado mi corazón, y cuando os he visto, me ha costado mucho trabajo amar la virtud en el hijo de Ulises. Me lo he reprendido muchas veces. Pero al fin la virtud, siendo dulce, sencilla, cándida y modesta, todo lo supera. De aquí se fue engolfando insensiblemente Filoctetes en contarle lo que había encendido en su corazón tanto aborrecimiento a Ulises.

Es menester, te dijo, tomar mi historia desde más alto. Yo he acompañado por todas partes al grande Hércules, que ha purgado la tierra de tantos monstruos, y en cuya presencia no eran los demás héroes sino como débiles cañas junto a un roble, o como pequeños pajarillos delante del águila. Sus desgracias y las mías vinieron de una pasión que causa los desastres más espantosos, del amor. Hércules, que había vencido tantos monstruos, no podía vencer esa vergonzosa pasión, y el rapaz Cupido se mofaba de él. Le era imposible recordar sin ruborizarse que había olvidado su gloria en otra ocasión, hasta el punto de hilar junto a Onfala, reina de Lidia, como el más vil y afeminado de todos los hombres: tanto le había arrastrado un amor ciego. Cien veces me confesó que esta parte de su vida había empañado su virtud, y casi borrado la gloria de sus trabajos.

Pero ¡o dioses! tal es la debilidad e inconstancia de los hombres, que todo lo esperan de sí mismos y a nada resisten. ¡Ah! el grande Hércules volvió a caer en los lazos del amor que solía detestar, y amó a Deyanira, harto dichoso, si hubiera sido constante en la pasión de una mujer que fue su esposa. Pero la juventud de Yola, en cuyo rostro se retrataron las gracias, no tardó en arrebatarle el corazón. Deyanira se encendió en celos: se acordó de aquella túnica fatal que el centauro Neso le había dejado al morir como remedio seguro para reanimar el amor de Hércules, siempre que pareciera entibiarse por amar a otra. ¡Ay! Aquella túnica, empapada en la sangre venenosa del centauro, contenía la ponzoña de las flechas con que el monstruo había sido atravesado. Bien sabéis que las flechas de Hércules que mató al pérfido centauro, estaban mojadas en la sangre de la hidra de Lerna, y, que aquella sangre las envenenó de modo que todas las heridas que hacían, eran incurables.

Apenas se puso Hércules la túnica, cuando sintió el fuego voraz que le penetraba hasta la médula de los huesos: daba gritos horribles, que resonaban en el monte Oeta y hacían vibrar los profundos valles: hasta el mar parecía conmovido: los toros más fu-

riosos, peleándose con mugidos de rabia, no hubieran producido tan horrible estruendo. El desdichado Licas, que le había llevado la túnica de parte de Deyanira, se atrevió a acercársele, y Hércules, arrebatado de su dolor, le asió y le hizo voltear como la honda hace girar la piedra, cuando el hondero quiere tirarla lejos. Así Licas, arrojado desde lo alto de la montaña por la poderosa mano de Hércules, cayó en medio de las aguas del mar, en donde fue transformado repentinamente en una roca que todavía conserva figura humana, y que, siempre combatida por las olas irritadas, amedrenta desde muy lejos a los imprudentes pilotos.

Con la desgracia de Licas, me pareció que no me podía fiar de Hércules, y traté de ocultarme en las más hondas cavernas. Yo le veía arrancar sin dificultad con una mano las altas sabinas y los robles que habían resistido a tantos vientos y tempestades. Con la otra mano procuraba inútilmente quitarse de encima la túnica fatal, que se le había pegado al cutis y casi incorporado con los miembros. Conforme la despedazaba, se despedazaba también la piel y la carne; la sangre le corría y empapaba la tierra. Por último, superado el dolor por su virtud, exclamó: Tú ves, o mi querido Filoctetes, los males que los

dioses me hacen padecer: ellos son justos, yo soy quien los ha ofendido: he violado el amor conyugal. Después de haber vencido a tantos enemigos, me he dejado vencer cobardemente por el amor de una hermosura extranjera: yo me muero, y me alegro de morir para aplacar a los dioses. Pero ¡ay! querido amigo, ¿adónde huyes? El exceso del dolor me ha hecho cometer, es cierto, con ese miserable Licas una crueldad que me reprendo: él no sabía el veneno que me presentaba, y no merecía el castigo que le he dado. Pero ¿Crees tú que yo pueda olvidarme de la amistad que te debo, y atentar contra la vida? No, no, yo nunca dejaré de amar a Filoctetes. Filoctetes recibirá en su seno el alma mía pronta a exhalarse: él será quien recoja mis cenizas. ¿Dónde estás pues, o mi amado Filoctetes? ¡Filoctetes la única esperanza que me queda en el mundo!

A estas palabras me apresuro a correr a él, él me tiende los brazos y quiere estrecharme en ellos; pero se contiene por temor de encender en mi pecho el fuego cruel que abrasa el suyo. ¡Ay de mí! exclamó, no me atrevo a abrazarte, ni aun ese consuelo me es permitido! Hablando así, junta todos los árboles que acaba de derribar, y hace una hoguera en la cumbre de la montaña; sube tranquilamente encima; extien-

de la piel de león de Nemea, que le había servido de manto tanto tiempo, cuando iba de uno a otro extremo de la tierra para exterminar los monstruos y libertar a los desgraciados; se apoya en su clava, y me ordena encender el fuego de la pira.

Mis manos trémulas y entorpecidas con el horror, no le pudieron negar ese cruel obsequio, porque ya no era la vida para él un don de los dioses, atormentándole tanto: hasta llegué a temer que, arrebatado del exceso de sus dolores, se dejara arrastrar a cualquiera acción indigna de la virtud que había llenado de admiración al universo. Apenas vio que la llama empezaba a prender en la hoguera, exclamó: Ahora si que conozco tu verdadera amistad, mi amado Filoctetes, porque prefieres mi honor a mi vida. ¡Los dioses te lo premien ! Yo te digo lo que en la tierra tengo de más precioso, estas flechas templadas con la sangre de la hidra de Lerma. Tú sabes que las heridas que hacen son incurables: con ellas serás invencible, como lo he sido yo, y mortal ninguno se atreverá a pelear contigo. Acuérdate que muero fiel a nuestra amistad, y nunca olvides cuanto te he querido. Pero si es cierto que tanta parte tomas en mis males, aun puedes darme un consuelo y será el último, prométeme de revelar jamás a mortal

alguno ni mi muerte ni el lugar en donde escondas mis cenizas. Yo se lo prometí, ¡ay de mí! hasta lo juré regando la hoguera con mis lágrimas. Un destello de alegría se asomó a sus ojos; pero de pronto le ahogó la voz un torrente de llamas que le envolvió y casi le arrebató a mi vista. Sin embargo todavía le alcanzaba a ver por entre las llamas; estaba con un rostro tan sereno como habría podido estar coronado de flores y lleno de fragancias en un festín delicioso, rodeado de todos sus amigos.

El fuego consumió muy pronto lo que de mortal y terrestre había en él. Muy pronto le despojó de todo lo que al nacer había recibido de Alcmene su madre; pero conservó por la voluntad de Júpiter esa naturaleza sutil e inmortal, esa llama celeste que es el verdadero principio de la vida, la cual había recibido del padre de los dioses. Así se fue con ellos a beber el néctar bajo las bóvedas doradas del resplandeciente Olimpo, en donde le dieron por esposa a la amable Hebe, diosa de la juventud, que echaba el néctar en la copa del gran Júpiter, antes que Ganimedes hubiese recibido ese honroso encargo.

En cuanto a mí, aquellas flechas que me había dado, para que yo fuera superior a todos los demás

héroes, se me convirtieron en un manantial inagotable de tormentos. Poco tiempo después se aprestaron los reyes coligados a vengar a Menelao del infame Paris, que le había robado a Elena, a destruir el imperio de Príamo. El oráculo de Apolo le hizo saber que no debían esperar concluir felizmente aquella guerra, a menos que no tuviesen las flechas de Hércules.

Ulises, vuestro padre, que en todos los consejos era siempre el más sagaz y fecundo, tomó a su cargo el persuadirme a ir con ellos al sitio de Troya, y a llevar las flechas que él creía estaban en mi poder. Ya había mucho tiempo que Hércules no se veía en parte alguna: no se oía contar hazaña nueva de aquel héroe: los monstruos y los malvados volvían a aparecer impunemente. Los Griegos no sabían lo que pensar de él: unos le daban por muerto: otros decían que había ido hasta el extremo helado del Norte a domar a los Escitas. Pero Ulises sostuvo que había muerto, y se propuso el hacérmelo confesar: cuando me fue a buscar, todavía me era imposible consolarme de haber perdido al grande Alcides. Le costó mucho acercarse a mí, porque huía de ver a los hombres, y no podía soportar la idea de apartarme de aquellos desiertos del monte Oeta, en

donde había visto perecer a mi amigo: yo no pensaba más que en reproducirme la imagen del héroe y en llorar a la vista de tan tristes lugares. Pero la dulce e irresistible persuasión movía los labios de vuestro padre; mostróse casi tan afligido como yo; derramó lágrimas conmigo; supo ganarme insensiblemente el corazón, apoderarse de mi confianza, y me inclinó a favor de los reyes griegos que iban a pelear por tan justa causa, y no podían triunfar sin mí. Jamás empero logró arrancarme el secreto de la muerte de Hércules, que había jurado no revelar en mi vida; si bien no dudaba él que hubiera muerto, pues me instaba a que le descubriese el sitio en donde yo había guardado sus cenizas.

¡Ah! yo que me estremecía con el temor de un perjurio, descubriendo el secreto que había prometido a los dioses no revelar jamás, tuve la flaqueza de eludir mi juramento no atreviéndome a violarle; los dioses me han castigado: di con el pie en la tierra sobre el lugar en que había depositado las cenizas de Hércules. Partí en seguida a unirme con los reyes confederados, que me recibieron con el mismo júbilo conque habrían recibido al mismo Hércules. Pasando por la isla de Lemnos, quise mostrar a los Griegos todo el poder de mis flechas; al prepararme

para tirarle a un gamo que se lanzaba al bosque, dejé caer del arco por descuido la flecha, y me hizo en el pie una herida de que todavía me resiento. Al punto experimenté los mismos dolores que Hércules había padecido; día y noche hacía resonar toda la isla con mis gritos la sangre negra y corrompida que manaba de mi herida infectaba el aire y esparcía por el campo de los Griegos un hedor capaz de sofocar a los hombres más vigorosos. Todo el ejército se horrorizaba de verme en semejante extremidad, persuadiéndose todos de que era un suplicio que me había sido enviado por los justos dioses.

Ulises, que me había empeñado en aquella guerra, fue el primero que me abandonó. Después he conocido que lo había hecho, porque prefería el interés común de la Grecia y la victoria a cualesquiera otras razones de amistad o de respeto particular. Tanto molestaban al ejército entero el horror de mi herida, su infección y la violencia de mis gritos, que no se podía sacrificar en el campamento. Pero por entonces, cuando me vi abandonado de los Griegos por consejo de Ulises, su política me pareció de la mas horrible inhumanidad y negra alevosía. ¡Ay! que estaba ciego, y no alcanzaba a ver cuan justo era que los más sabios entre los hombres

estuvieran contra mí como los dioses, a quienes tenía irritados.

Casi todo el tiempo que duró el asedio de Troya, permanecí solo, sin socorro alguno, sin esperanza, sin consuelo, atormentado de dolores horribles, en aquella isla desierta y montaraz, en donde no oía sino el estruendo de las olas del mar que se estrellaban contra las rocas. Descubrí, en medio de aquella soledad, una caverna abierta en un peñasco que alzaba al cielo dos puntas semejantes a dos cabezas: de este peñasco salía una clara fuente. La caverna era guarida de alimañas feroces, a cuya rabia estaba expuesto de noche y de día. Para acostarme junté algunas hojas. Todos los bienes que me quedaron se reducían a una vasija de madera groseramente trabajada, y unos vestidos hechos pedazos, con que me vendaba la herida para contener la sangre, y de que me servía para limpiarla. Allí, abandonado de los hombres y perseguido por la cólera de los dioses, pasaba el tiempo en matar con mis flechas palomas y otras aves de las que volaban alrededor de la roca. Cuando mataba alguna para alimentarme, era menester que me arrastrara por el suelo con dolor para ir a recogerla así me preparaban mis manos el sustento.

Verdad es que los Griegos al partir me dejaron algunas provisiones, pero me duraron poco. Encendía fuego con pedernales. Semejante vida, aunque tan espantosa, me hubiera parecido dulce lejos de los hombres ingratos y falaces, sí mi dolor no hubiese sido tanto, y si no me hubiese perseguido constantemente el pensamiento de mi triste aventura. ¡Qué decía yo, sacar a un hombre de su patria como el único que puede vengar la Grecia, y luego abandonarle en esta isla desierta durante su sueño! porque los Griegos se fueron mientras yo dormía. Juzgad cual sería mi sorpresa, y cuantas lágrimas derramaría, cuando al despertarme vi las naves surcar las olas. ¡Ah! buscando por todas partes en aquella isla inculta y horrorosa, no hallé sino dolor.

En efecto allí no hay puerto, ni comercio, ni hospitalidad, ni hombre que a ella arribe por su voluntad. No se ven sino los desdichados a quienes arrojan las tempestades, no pudiendo esperarse más sociedad que la proporcionada por algún naufragio: aun los que llegaban a aquel paraje, se negaban a tomarme a bordo para volverme a mi patria, temiendo la cólera de los dioses y la de los Griegos. Hace diez años que estaba padeciendo de vergüenza, de dolor y de hambre, con una herida que me

devoraba, y hasta la esperanza se había extinguido en mi corazón. De repente, volviendo de buscar plantas medicinales para mi llaga, divisé en mi caverna a un joven hermoso, agraciado, pero altivo, y de una estatura de héroes. Parecióme que veía a Aquiles, tan suyas eran las facciones, las miradas y el paso; su edad sin embargo me hizo conocer que no podía ser él. Noté en su rostro la compasión y el embarazo juntos; le dio lastima ver con el trabajo y lentitud que me iba arrastrando: los penetrantes y dolorosos gritos que me arrancaba el dolor y repetían los ecos de la playa, enternecieron su corazón.

O extranjero, le dije desde bastante lejos, ¿qué desgracia te ha conducido a esta isla inhabitada? Reconozco el vestido griego, ese traje tan querido todavía de mí. ¡Oh! con qué impaciencia deseo escuchar tu voz, y oír en tus labios la lengua que he aprendido desde mi infancia, y que hace tanto tiempo que con nadie puedo hablar en esta soledad. No te arredres al ver a un hombre tan desventurado; debes tenerle compasión.

Apenas me dijo Neoptolemo, yo soy Griego, exclamé: ¡Oh dulces palabras al cabo de tantos años de silencio y de dolor desconsolado! ¡Oh hijo mío! ¿qué desgracia, qué tormenta, o más bien, qué

viento favorable te ha traído para poner término a mis males? Soy de Esciro, respondió, vuelvo a mi patria: dícenme hijo de Aquiles: todo lo sabes.

Tan breves palabras no dejaban satisfecha mi curiosidad; díjele: O hijo de un padre que he amado tanto, y con tanto cariño confiado para su crianza a Licomedes, ¿cómo vienes aquí? ¿de dónde vienes? Respondióme que volvía del sitio de Troya. Tú no eras de la primera expedición, le dije yo. Y tú, me repitió él, eras tú de ella ? Entonces le contesté: Tú no sabes, bien lo veo, ni el nombre de Filoctetes ni sus desgracias. ¡Ay! ¡Cuán desventurado soy! mis perseguidores me insultan en mi infortunio: la Grecia ignora como padezco, y eso aumenta mi dolor. Los Atridas me han puesto en esta estado: ¡que los dioses se lo paguen!

En seguida le conté de que modo me habían abandonado los Griegos. Luego que oyó mis quejas, me refirió las suyas. Después de la muerte de Aquiles, me dijo... Con ese principio no pude dejar de interrumpirle, diciéndole ¡Qué! ¡Aquiles ha muerto! Perdona, hijo mío, que turbe tu reacción con el llanto que debo a tu padre. Neoptolemo me respondió: Me consoláis interrumpiéndome: ¡cuán dulce es para mí ver que Filoctetes llora a mi padre!

Neoptolemo, volviendo a tomar su discurso, me dijo: Después de la muerte de Aquiles, fueron a buscarme Ulises y Fénix, asegurando que sin mí no podía destruirse la ciudad de Troya. Nada les costó el llevarme, porque mi dolor por la muerte de Aquiles, y el deseo de heredar su gloria en tan famosa guerra, me servían de bastante estímulo para seguirlos. Llego a Sigea el ejército se agolpa alrededor de mí; todos juran que vuelven a ver a Aquiles; pero ¡ay! Aquiles ya no existía. Parecióme en mi juventud e inexperiencia que podía contar para todo con los que mí daban tantas alabanzas. Empiezo pidiendo a los Atridas las armas de mi padre: Tendrás lo demás que le pertenecía fue su cruel respuesta; pero sus armas están destinadas a Ulises.

Yo me trastorno, lloro, me enfurezco; más Ulises me decía sin conmoverse: Joven, tú no has estado con nosotros en los peligros de este largo asedio: todavía no mereces tales armas, y ya hablas con sobrada arrogancia: nunca las lograrás. Despojado por Ulises injustamente, me vuelvo a Esciro, menos indignado con él que con los Atridas. ¡Que a cualquiera que sea su enemigo, le sean propicios los dioses! O Filoctetes, os lo he dicho todo.

Entonces pregunté a Neoptolemo como no se había opuesto a tamaña injusticia Ayax Telamonio. Ha muerto, me respondió. ¿Ha muerto? exclamé, ¡y Ulises no muere! Al contrario, prospera en el ejército. En seguida le pregunté por Antíloco, hijo del prudente Néstor, y por Patroclo tan amado de Aquiles. Han muerto también, me dijo. Y yo volví a exclamar: ¡Qué! ¡han muerto! ¡Ay de mí! ¿qué me dices? ¿Con que la cruel guerra siega a los buenos y deja a los malvados? ¿Ulises vive? ¿Sin duda también vive Tersites? ¡He ahí la obra de los dioses, y todavía los alabaremos!

Mientras yo estaba tan enfurecido contra vuestro padre, Neoptolemo seguía engañándome. He aquí las tristes palabras con que terminó: Voy a la isla de Esciro a vivir contento en sus asperezas, lejos del ejército griego, en donde la maldad prevalece en perjuicio de los buenos. Adiós, me marcho; ¡qué los dioses os curen!

Al punto, le dije: ¡O hijo mío! yo te ruego por los manes de tu padre, por tu madre, por lo que tú más ames en el mundo, que no me dejes solo en la situación dolorosa en que me ves. No ignoro cuan penosa carga debo ser para ti, más sería una vergüenza que me abandonaras: échame en la proa, en la popa,

aunque sea en la sentina, en donde menos te incomode. Sólo saben cuanto gloria cabe en ser bueno los que tienen un corazón magnánimo. No me dejes en un desierto en donde no hay ni vestigio de hombres: llévame a tu patria o a Eubea, que no está lejos del monte Oeta, de Traquino, y de las agradables márgenes del río Esperquio: vuélveme a mi padre. ¡Ay! ¡temo que haya muerto! le he mandado a decir que me enviara una nave: o ha muerto, o los que me han prometido informarle de mi infortunio, no lo han hecho. Ahora recurro a ti, hijo mío. Acuérdate de la fragilidad de las cosas humanas. El que se halla en la prosperidad debe temer abusar de ella como debe socorrer a los desgraciados.

Así me hacía hablar a Neoptolemo el exceso del dolor y él me ofreció llevarme. Entonces exclamé de nuevo: ¡O fausto día! ¡O amable Neoptolemo, digno de la gloria de su padre! compañero querido de este viaje, permitidme que me despida de esta triste morada. Ved donde he vivido; juzgad lo que he padecido: ningún otro lo hubiera podido resistir; pero la necesidad me había enseñado, y de ella aprenden los hombres lo que jamás podrían saber de otra manera. Los que nunca han padecido, nada saben; no conocen lo bueno ni lo malo; no conocen

a los hombres, no se conocen a sí mismos. Después de hablar así, tomé mi arco y mis flechas. Neoptolemo me suplicó que le permitiera besar unas armas tan célebres, y consagradas por el invencible Hércules. Yo le dije: Haz cuanto quieras; tú eres, hijo mío, quien hoy me vuelves la luz, mi patria, mi padre agobiado por la vejez, mis amigos, y hasta mí mismo tu puedes tocar estas armas, y gloríate de ser el único entre los Griegos que haya merecido tocarlas. Inmediatamente entra Neoptolemo en mi gruta para admirarlas. En esto me asalta un dolor cruel que me trastorna, no sé lo que hago; pido una espada para cortarme el pie; exclamo a gritos. ¡o muerte tan deseada! ¿porqué no vienes? ¡o joven! quémame al punto, como yo he quemado al hijo del gran Júpiter. ¡O tierra! ¡o tierra! recibe a un moribundo que ya no puede levantarse. De aquel arrebato caía repentinamente, según mi costumbre, en un letargo profundo, empezó a calmarme un sudor copioso; de la herida corrió una sangre negra y corrompida. Fácil hubiera sido a Neoptolemo quitarme las armas, durante mi sueño, y partir con ellas; pero era hijo de Aquiles, y no había nacido para engañar.

Al despertarme conocí su turbación: suspiraba como un hombre que no sabe fingir, y obra contra su conciencia. ¿Me quieres sorprender? le dije; ¿qué hay? Es menester, me respondió, que vengáis conmigo al sitio de Troya. Yo, expliqué al punto: ¡Ah! ¿qué has dicho, hijo mío? Vuélveme ese arco, ¡estoy vendido! no me arranques la vida. ¡Ay de mí! nada me responde; me mira tranquilamente, nada le conmueve. ¡o márgenes, o promontorios de esta isla! ¡o fieras alimañas! ¡o rocas escarpadas! a vosotras me quejo, porque no quiero quejarme sino a vosotras, que estáis acostumbradas a mis gemidos. ¿Y ha de ser el hijo de Aquiles quien me haga semejante traición? me roba el arco sagrado de Hércules; quiere arrastrarme al campo de los Griegos para triunfar de mí: no advierte que es triunfar de un cadáver, de una sombra, de una apariencia vana. ¡Oh! si me hubiera provocado cuando yo podía! y aun ahora se vale de la sorpresa. ¿Qué he de hacer yo? Vuelve, hijo mío, vuelve: obra como tu padre, obra como quien eres. ¿Qué dices?... Tú no respondes. ¡O agreste roca! me vuelvo a ti, desnudo, miserable, abandonado, sin alimento: aquí en esta caverna moriré solo: no teniendo ya ni arco, para defenderme de las fieras, las fieras me devoraran; no

importa. Pero, hijo mío, tú no pareces malvado, ajena persuasión le arrastra; vuélveme mis armas, y vete.

Neoptolemo con los ojos arrasados en lágrimas decía en voz baja: ¡Pluguiera a los dioses que nunca hubiese yo salido de Esciro! En esto exclamó: ¡Ah! ¿qué veo? ¿no es Ulises? Al momento oigo que me responde: Sí, yo soy. Si el lóbrego reino de Plutón se hubiera abierto, y yo hubiese visto el negro Tártaro que los mismos dioses temen ver, no se hubiera apoderado de mí, lo confieso, un horror más grande. Yo volví a exclamar: ¡O tierra de Lemnos, invoco tu testimonio! ¡O sol! ¿tú lo ves y lo sufres? Ulises me respondió sin inmutarse: Júpiter lo quiere, y yo lo ejecuto. ¿Te atreves tú, le dije, a nombrar a Júpiter? ¿Ves tú a ese mancebo que no ha nacido para el fraude, y que padece al ejecutar lo que tú le obligas a hacer ? No es nuestro ánimo engañaros, me dijo Ulises, ni haceros mal; venimos a redimiros, a curaros, a daros la gloria de destruir a Troya, y a volveros a vuestra patria. Vos mismo sois, no Ulises, el enemigo de Filoctetes.

Entonces dije a vuestro padre cuanto el furor me podía, sugerir. Ya que me abandonaste, le dije, en estas playas, ¿Porqué no me dejas en paz aquí? Ve a

buscar la gloria de los combates y de todos los deleites; goza de tu felicidad con los Atridas: déjame mi miseria y mi dolor. ¿A qué llevarme? Nada soy ya, estoy ya muerto. ¿Por qué no crees todavía hoy, como en otro tiempo lo creías, que yo no podré partir, que mis gritos y la infección de mi herida turbarán los sacrificios? O Ulises, autor de mis males, que los dioses te... más los dioses no me escuchan; al contrario, excitan mi enemigo. ¡O tierra de mi patria, que no volveré a ver!... O dioses, si aún queda entre vosotros alguno bastante justo para tener piedad de mí, castigad, castigad a Ulises; entonces me creeré curado.

Mientras yo hablaba así, vuestro padre me miraba tranquilo con semblante de compasión, como quien, lejos de enojarse, tolera y disculpa el trastorno de un infeliz que la fortuna ha exasperado. Parecíame una roca encima de la cumbre de una montaña, cuando se burla del furor de los vientos, y dejándoles apurar su rabia permanece inmóvil. Así vuestro padre aguardaba en silencio que se desfogase mi cólera; porque sabía que es menester no combatir las pasiones de los hombres, para traerlos a la razón, sino cuando se empiezan a debilitar ellas mismas por cierta especie de lasitud. En seguida me

dijo estas palabras: O Filoctetes, ¿qué habéis hecho de vuestro juicio y de vuestro ánimo? De aquí la ocasión de aprovecharlos. Si os negáis a seguirnos para cumplir con los altos designios que sobre vos tiene Júpiter, a Dios: sois indigno de ser el libertador de la Grecia y el destructor de Troya. Quedaos en Lemnos; estas armas, que yo me llevo, me darán una gloria que os estaba destinada. Neoptolemo, partamos; es inútil hablarle: por la compasión de un hombre solo no hemos de sacrificar la salud de la Grecia entera.

Sentíme entonces como una leona a quien acaban de arrebatar los hijuelos, que aturde las selvas con sus rugidos ¡O caverna, gritaba yo, nunca te dejaré, vas a ser mi sepulcro! ¡Mansión de mi dolor! ¡Ya no más alimento, ya no más esperanza! ¿Quién me dará una espada para atravesarme? ¡Oh! si a lo menos me pudieran llevar las aves de rapiña!... ¡Ya no las mataré con mis flechas! ¡O arco precioso, consagrado por las manos del hijo de Júpiter! ¡O amado Hércules, si aún conservas algún sentimiento! ¿cómo no te indignas? Ese arco no está ya en las manos de tu amigo fiel; está en las manos impuras y engañosas de Ulises. Aves de rapiña, fieras indomables, no huyáis de esta caverna; mis tiranos ya no

tienen flechas. Miserable, no puedo haceros mal, venid a devorarme, o mas bien ¡que el rayo del inexorable Júpiter me confunda!

Vuestro padre, después de haber probado a persuadirme por todos los demás medios, pensó al cabo que lo mejor era restituirme las armas: hizo señas a Neoptolemo, que al punto me las volvió. Entonces le dije: Digno hijo de Aquiles, bien muestras que lo eres; pero déjame atravesar a mi enemigo. En efecto quise disparar una flecha a vuestro padre; más Neoptolemo me detuvo, diciéndome: La cólera os ciega, y os quita el ver lo indigno de la acción que queréis cometer.

En cuanto a Ulises, parecía que tan poco le movían mis flechas como mis injurias. Aquella intrepidez, aquella paciencia me hicieron sensación. Avergoncéme de haber querido servirme de mis armas, en el primer ímpetu, para matar al que me las había hecho volver; pero como no se había aplacado aún mi resentimiento, estaba inconsolable por tener que debérselas a un hombre que aborrecía tanto.

Al mismo tiempo me decía Neoptolemo: sabed que el adivino Heleno, hijo, de Príamo, habiendo salido de la ciudad de Troya por mandado e inspira-

ción de los dioses, nos ha revelado lo futuro. La malhadada Troya caerá, ha dicho; mas no puede caer hasta que haya sido embestida por el que posee las flechas de Hércules. Ese hombre no se puede curar sino cuando esté en frente de los muros de Troya: los hijos de Esculapio le curarán.

En aquel instante sentí mi corazón dividido: me inclinaban el candor de Neoptolemo, y la sencillez con que me había vuelto mi arco; pero no podía resolverme ni a vivir, si era menester que cediese a Ulises: Y esa mala vergüenza me tenía suspenso. ¿Me habrán de ver, decía yo para mí, con Ulises y con los Atridas? ¿Qué se pensara de mí? En esta incertidumbre, oigo de repente una voz sobrehumana, y veo a Hércules en una nube resplandeciente: estaba rodeado de rayos de gloria. Fácilmente reconocí sus facciones algo rudas, su cuerpo robusto y su ademán sencillo; pero su estatura y majestad eran mucho mayores de lo que me habían parecido cuando domaba los monstruos. Díjome:

Tú oyes, tú ves a Hércules. He dejado el alto Olimpo Para anunciarte la voluntad de Júpiter. Bien sabes por medio de que trabajos he ganado la inmortalidad: es menester que vayas con el hijo de Aquiles, para seguir mis huellas en el camino de la

gloria. Tú sanarás, matarás con mis flechas a Paris, autor de tantas calamidades. Después de la toma de Troya, mandaras a Pean, tu padre, al monte Oeta ricos despojos; esos despojos se pondrán sobre mi tumba como monumento de la victoria debida a mis flechas. ¡Y tú, o hijo de Aquiles! yo te declaro que no puedes vencer sin Filoctetes, ni Filoctetes sin ti. Id pues como dos leones que buscan juntos su presa. Yo enviaré a Esculapio a Troya para curar a Filoctetes. Sobre todo o Griegos, amad y guardad la religión: lo demás muere; ella jamás.

Oídas estas palabras, exclamé: ¡O día feliz, luz apacible, tú te me apareces al fin después de tantos años! Te obedezco, parto en cuanto salude estos lugares. A Dios, caverna amada. A Dios, ninfas de estas húmedas praderas; ya no oiré el sordo rumor de las olas de esta mar. A Dios, playa en que tantas veces he sufrido las injurias del aire. A Dios, riscos en donde tantas veces repitió Eco mis gemidos. A Dios, dulces fuentes que tan amargas me fuisteis, A Dios, o tierra de Lemnos; déjame partir con felicidad, pues voy adonde llama la voluntad de los dioses y de mis amigos.

Así partimos; llegamos al sitio de Troya. Macaon y Poldaliro me curaron por la ciencia divina de su

padre Esculapio, o a lo menos me pusieron en el estado en que me veis. Ya no sufro; he recobrado mis fuerzas, pero cojeo un poco. Hice caer a Paris como un tímido cervatillo que derriba el tiro del cazador. Ilion queda reducida a cenizas: lo demás lo sabéis. Sin embargo, todavía conservaba no sé qué de aversión al prudente Ulises por el recuerdo de mis males: su virtud no alcanzaba a mitigar aquel resentimiento; más la vista de un hijo que se le parece, y al cual me es imposible dejar de amar, me enternece el corazón hasta para el mismo padre.

LIBRO XVI

Telémaco entra en altercados con Falante por unos prisioneros que se disputan: combate y vence a Hipias, que, despreciando su juventud, toma a los prisioneros de su propia autoridad para su hermano Falante; pero, quedando poco satisfecho de su triunfo, se lamenta interiormente de su temeridad, y desea reparar su falta. Al mismo tiempo Adrasto, rey de los Danienses, informado de que los reyes confederados no se ocupan mas que en allanar la desavenencia de Telémaco e Hipias, va a sorprenderlos. Después de apoderarse de cien bajeles del enemigo para transportar sus tropas al campo contrario, le pone fuego, y embiste por el cuartel de Falante, mata a su hermano Hipias, y a él le dejo cubierto de heridas.

Mientras Filoctetes había contado así sus aventuras, Telémaco había permanecido como suspenso e inmóvil. Sus ojos estaban clavados en el héroe que

hablaba. Todas las varias pasiones que habían agitado a Hércules, a Filoctetes, a Ulises, a Neoptolemo, se habían ido pintando sucesivamente en el rostro candoroso de Telémaco, al paso que se representaban en aquella narración. A veces, sin poder contenerse, interrumpía a Filoctetes con exclamaciones: a veces parecía pensativo, como quien medita profundamente sobre las consecuencias de los negocios. Cuando Filoctetes pintó la turbación de Neoptolemo, que no sabía disimular, Telémaco parecía sentir la misma turbación, y en aquel momento se le habría tenido por Neoptolemo.

Entre tanto el ejército de los aliados marchaba en buen orden contra Adrasto, rey de los Danienses, que despreciaba a los dioses, y no trataba sino de engañar a los hombres. Con muchas dificultades encontró Telémaco para avenirse con tantos reyes celosos entre sí. Necesitábase no inspirar desconfianza a alguno, y ganarse la voluntad de todos. Su índole era buena y veraz, pero poco afectuosa: apenas se cuidaba él de lo que podía complacer a los demás: no era apegado a las riquezas, más no sabía dar. Así, con un corazón noble e inclinado a lo bueno, no parecía obsequioso, ni sensible a la amistad, ni liberal, ni agradecido, a los desvelos que por él se

tomaban, ni atento para distinguir el mérito. Hacía su gusto sin reflexión. Su madre Penélope le había criado a despecho de Mentor con una altanería y un orgullo que empañaban cuanto de más amable había en él. Considerábase como de otra naturaleza que los demás hombres, a quienes creía que los dioses no habían puesto en el mundo sino para complacerle, servirle, anticipar sus deseos, y consagrársele enteramente como a una divinidad. La dicha de servirle era en su juicio sobrada recompensa para los que le servían. Jamás debía encontrarse cosa imposible cuando se trataba de satisfacerle: la menor tardanza irritaba su carácter ardiente.

Los que por esos indicios hubieran juzgado de su índole, le habrían tenido por incapaz de amar otra cosa que a sí mismo por hombre a quien nada movía sino su gloria o su placer pero aquella indiferencia con los demás, y tanto cuidado de sí propio, no provenían mas que de la exaltación continua a que le arrastraba la violencia de sus pasiones. Habíale engreído su madre desde la cuna, y era un dechado ejemplar de la desgracia de los que nacen en la grandeza. Los reveses de la fortuna. que experimentó desde la más temprana juventud, no habían podido mitigar su impetuosidad y altanería. Aunque

destituido de todo, abandonado, expuesto a tantas calamidades, nada abatía su orgullo. Alzábase éste siempre, como se levanta sin cesar la palma flexible, por más esfuerzos que se hagan para doblarla.

Mientras Telémaco estaba al lado de Mentor, desaparecían sus defectos, y aun de día en día se aminoraban. Semejante a un corcel fogoso que retoza en las vastas dehesas, sin detenerse en riscos tajados, precipicios, torrentes, y que no conoce más que la voz y la mano de un hombre solo capaz de domarle, Telémaco, lleno de noble ardor, no podía sujetarse sino a la vista d e Mentor. Pero también una mirada de éste le paraba de repente en su mayor impetuosidad; porque desde luego entendía lo que tal mirada quería decir, y al punto volvía a llamar a su corazón todos los sentimientos virtuosos. La sabiduría de Mentor restituía en un momento a su rostro la dulzura y la serenidad. Neptuno, cuando levanta el tridente, y amenaza a las olas revueltas, no calma tan pronto las negras tempestades.

Cuando Telémaco se halló solo, todas sus pasiones, contenidas como un torrente atajado por un fuerte dique, volvieron a soltarse: fuele imposible soportar la arrogancia de los Lacedemonios, y de Falante, que estaba a su cabeza. Esta colonia, fun-

dadora de Tarento, se componía de gente moza, nacida durante el sitio de Troya y sin educación alguna: la ilegitimidad de su nacimiento, la disolución de sus madres, la licencia con que se habían criado, les daban no sé qué de bárbaro y feroz. Parecían más bien una banda de forajidos que una colonia griega.

Falante se había propuesto contradecir a Telémaco en todas ocasiones: en las asambleas le interrumpía a cada momento, menospreciando su parecer como el de un joven experto: mofábase, tratándole de débil y afeminado: hacía notar a los caudillos del ejército sus más leves faltas, procuraba sembrar por todas partes recelos, y hacer odios el orgullo de Telémaco a todos los aliados.

Un día, habiendo hecho Telémaco varios prisioneros a los Danienses, Falante pretendió que los cautivos le debían pertenecer, porque él era, decía, quien al frente de sus Lacedemonios había derrotado aquella fuerza enemiga, y porque Telémaco vencidos ya los Danienses y puestos en fuga, no había tenido más trabajo que el de salvarles la vida y conducirlos al campamento. Telémaco sostenía que al contrario él había evitado que Falante fuera vencido, y que la victoria conseguida era suya. Ambos

fueron a defender su causa a la asamblea de los reyes confederados. Telémaco se arrebató de tal manera, que amenazó a Falante, y se hubieran embestido allí mismo, si no los hubiesen contenido.

Falante tenía un hermano llamado Hipias, famoso en todo el ejército por su valor, fuerza y destreza. Polux, decían los Tarentinos, no le era superior en el combate del cesto: Castor no le hubiera ganado a manejar un caballo: tenía la estatura y la fuerza de Hércules. Todo el ejército le temía; porque aun era más pendenciero y brutal que forzudo y denodado.

Hipias, habiendo visto la arrogancia con que Telémaco había amenazado a su hermano, va precipitadamente a tomar los prisioneros para llevárselos a Tarento sin aguardar la decisión de la asamblea. Telémaco, a quien lo advirtieron secretamente, salió furioso. Del mismo modo que un jabalí lleno de espuma busca al cazador que le ha herido, así se le veía correr por el campo buscando con los ojos a su enemigo, y blandiendo el dardo con que le quería atravesar por fin le encuentra, y al verle se aumenta su rabia. Aquel Telémaco no era el prudente mancebo adoctrinado por Minerva bajo la forma de Mentor; era un frenético, un león enfurecido.

Al instante grita a Hipias: Detente ¡o el más vil de los hombres! detente; vamos a ver si te es fácil arrebatarme los despojos que yo he ganado. No te los llevaras a Tarento; ve, baja ahora mismo a las tenebrosas márgenes de la Estigia. Dijo, y le arrojó el dardo; pero se lo arrojó con tanta ira que no pudo medir bien el tiro, y el dardo no tocó a Hipias. Saca luego la espada, cuya guarnición era de oro, regalo que, al partir de Itaca, le había hecho Laertes, como prenda de cariño. Laertes se había servido de ella con mucha gloria cuando era mozo, y estaba teñida con la sangre de varios caudillos famosos de los Epirotas en una guerra de que salió vencedor. Apenas había desenvainado Telémaco esa espada, cuando Hipias, que se propuso valerse de la ventaja de su fuerza, se echó encima para quitársela de las manos al mancebo. La espada se rompe en las de ambos: se cogen, se agarran uno a otro. Allí luchan como dos fieras implacables que procuran despedazarse; les salía luego de los ojos; se embeben, se alargan, se bajan, se empinan, se embisten, tienen sed de sangre. Helos asidos, pies con pies, manos con manos, esos los cuerpos enlazados parecen uno solo. Pero Hipias siendo de edad más adelantada, debía al parecer abrumar a Telémaco, que por su

juventud era menos membrudo. Ya Telémaco, sin aliento, sentía que le flaqueaban las rodillas. Hipias, viéndole vacilar, hacía mayores esfuerzos. El hijo de Ulises iba a acabar, y hubiera sufrido la pena de su temeridad y arrebatos, si Minerva, que desde lejos velaba sobre él, y no le dejaba en tal extremidad de peligro sino para instruirle, no hubiese inclinado la victoria a su favor.

No salió la diosa del palacio de Salento, pero envió a Iris que es la veloz mensajera de los dioses. Ésta, volando con ligeras alas, corta los inmensos espacios de los aires, dejando en pos de sí un largo rastro de luz que pintaba una nube de mil varios colores; no descansó hasta llegar a la orilla del mar en donde estaba acampado el numeroso ejército de los aliados: ve de lejos la contienda, el ardor y los esfuerzos de los dos combatientes: se estremece a vista del peligro en que está el joven Telémaco; y se acerca, envuelta en una clara nube que había formado de vapores sutiles. En el momento en que Hipias, sintiendo toda su pujanza, se creyó vencedor, cubrió Iris al joven alumno de Minerva con la égida que la sabia diosa le había confiado Telémaco, a quien se le habían apurado las fuerzas, empieza a reanimarse. Al paso que se reanima él, Hipias se

turba, sintiendo no sé qué de divino que le aturde y que le confunde. Telémaco le acosa y cierra con él, ya en una situación, ya en otra; le hace perder el equilibrio, no le deja un momento para afirmarse; en fin, le arroja al suelo y se le echa encima. Una corpulenta encina del monte caída, cortada por el hacha a fuerza de mil golpes que han resonado en todo el bosque, no hace tan horroroso estruendo al caer; la tierra gime; cuanto la rodea, vacila.

Telémaco había recobrado con la fuerza la prudencia. Apenas cayó Hipias, comprendió el hijo de Ulises la falta que había cometido en luchar así con el hermano de uno de los reyes que había ido a socorrer: revolvió en su memoria lleno de confusión los sabios consejos de Mentor, diole vergüenza de su victoria, y conoció que merecía el haber quedado vencido. Entre tanto Falante, arrebatado de furor, acudía a favorecer a su hermano: hubiera pasado con el dardo que llevaba a Telémaco, si no hubiese temido pasar también a Hipias, que estaba en el suelo debajo de Telémaco. Fácil habría sido al hijo de Ulises quitar la vida a su enemigo; pero se le había aplacado el enojo, y no pensaba sino en reparar su falta mostrando moderación. Levantóse diciendo: Hipias, me basta haberos enseñado a no menos-

preciar mi juventud; vivid: yo admiro vuestra fuerza y vuestro denuedo. Los dioses me han protegido, someteos a su poder: no pensemos más que en pelear juntos contra los Danienses.

Mientras Telémaco hablaba así, se levantaba Hipias cubierto de polvo y sangre, corrido y furioso. Falante no se atrevía a quitarle la vida a quien acababa de dársela tan generosamente a su hermano; estaba suspenso y fuera de sí. Todos los reyes aliados acuden, y se llevan a un lado a Telémaco, y a otro a Falante y a Hipias, que, habiendo perdido su altivez, no osa levantar los ojos. El ejército entero se asombraba cada vez más de que Telémaco en tan tierna edad, en que los hombres no han adquirido aun toda su fuerza, hubiese podido derribar a Hipias, que parecía por su fuerza y su estatura uno de aquellos gigantes, hijos de la tierra, que en otro tiempo intentaron arrojar del Olimpo a los inmortales.

Pero el hijo de Ulises estaba muy distante de alegrarse de tal victoria. Mientras los demás no se cansaban de admirarle, retirado él en su tienda se ruborizaba de su falta, y no pudiendo sufrirse a sí mismo, se lamentaba de su precipitación. Conocía cuan injusto y desacordado era en sus arrebatos en-

contraba algo de vano, débil y bajo en desmedida altanería. Pensaba que la verdadera grandeza consiste en la moderación, la justicia, la modestia y la humanidad; lo veía pero, después de tantas recaídas, desconfiaba de poderse enmendar; así estaba luchando consigo mismo, y se le oía rugir como un león furioso.

Permaneció dos días encerrado solo en su tienda, sin poder resolverse a buscar sociedad alguna, y castigándose a sí propio. ¡Ay de mí! decía, ¿me atreveré a volver a la presencia de Mentor? ¿Soy yo hijo de Ulises, del más sabio y sufrido de los hombres? ¿ He venido a traer la discordia y el desorden al ejército de los aliados? ¿Es su sangre, o la de los Danienses sus enemigos, la que yo debo derramar? He sido un temerario; ni aun he sabido lanzar mi dardo, me he expuesto con fuerzas desiguales a la superioridad de Hipias, de quien debía esperar la muerte con la afrenta de ser vencido. ¿Y qué mal hubiera? Ya no sería yo, ya no sería el temerario Telémaco, el joven insensato que con nada se entienda al acabar con la vida, habría acabado con mi vergüenza. ¡Ah! ¡si a lo menos tuviera esperanzas de no volver a hacer lo que me aflige tanto haber hecho! ¡qué felicidad! ¡qué felicidad! Pero quizás antes que pase el

día, incurriré y haré por incurrir en las mismas faltas de que ahora tengo tanta vergüenza y horror. ¡O funesta victoria! ¡O alabanzas que no puedo sufrir, verdaderas y crueles reconvenciones a mi locura!

En aquella soledad y desconsuelo, fueron a verle Néstor y Filoctetes. Néstor quiso hacerle, conocer su desmán; pero viéndole al entrar tan afligido, el prudente anciano cambió sus graves amonestaciones en palabras de cariño para templar su desesperación. Los príncipes aliados estaban detenidos por aquella desavenencia, y no podían marchar contra los enemigos sino después de reconciliar a Telémaco con Falante, con Hipias. A cada instante se temía que las tropas de Tarento acometieran a los cien jóvenes Cretenses que habían ido con Telémaco a aquella guerra: todo andaba revuelto por culpa de Telémaco solo; y Telémaco, que se reconocía autor de tantos males presentes y peligros futuros como veía, se abandonaba a un amargo dolor. Todos los príncipes se hallaban en el mayor aprieto: No se atrevían a mover el ejército, temiendo que en la marcha los Cretenses de Telémaco los Tarentinos de Falante trabaran la contienda. Costaba mucho tenerlos dentro del campo, donde se les guardaba con grande vigilancia. Néstor y Filoctetes iban y

venían continuamente de la tienda de Telémaco a la del implacable Falante, que no respiraba más que venganza. La dulce elocuencia de Néstor, y la autoridad de Filoctetes no podían ablandar aquel corazón feroz, que los rabiosos discursos de su hermano Hipias irritaban cada vez más y más. Telémaco era mucho más dócil; pero estaba tan abatido, que nada lo podía consolar.

Mientras los príncipes estaban agitados de aquel modo, todas las tropas se hallaban consternadas: parecía el campo una casa desconsolada que acaba de perder al padre de la familia, apoyo de todos los parientes y dulce esperanza de sus tiernos hijos.

En tal desorden y consternación, se oye de repente un estruendo horrible de carros, armas, relinchos de caballos, gritos de hombres, vencedores unos y animados a la matanza, fugitivos otros, o moribundos, o heridos. Un torbellino de polvo forma una densa nube que cubre el cielo y envuelve todo el campamento. No tarda en juntarse con el polvo un humo espeso que embarga el aire y quita la respiración. Oíase un rumor sordo semejante al de las llamaradas que el monte Etna vomita de sus entrañas abrasadas, cuando Vulcano con los cíclo-

pes forja rayos para el padre de los dioses. El espanto se apodera de los ánimos.

El vigilante e infatigable Adrasto había sorprendido a los aliados, habiéndoles ocultado su marcha y sabiendo la de ellos. Con increíble rapidez había dado la vuelta a una montaña casi inaccesible, de la cual tenían tomados los más de los pasos los aliados, que dueños de aquellos desfiladeros, se creían seguros, y aún pretendían poder caer por allí sobre el enemigo detrás de la montaña, luego que llegaran las tropas que aguardaban. Adrasto, que para saber los secretos de sus enemigos derramaba el dinero a manos llenas, había sabido su resolución; porque Néstor y Filoctetes, capitanes por otra parte tan sabios y experimentados, no eran bastante secretos en sus empresas. Néstor, en la decadencia de su vejez, se complacía demasiado en contar lo que podía granjearle alguna alabanza. Filoctetes hablaba menos de suyo; pero era pronto, y por poco que se estimulara su vivacidad, se le hacía decir lo que él se había propuesto callar. Las personas astutas habían encontrado la llave de su corazón para sacarle los secretos, más importantes. Bastaba irritarle: entonces rompía en amenazas impetuoso y fuera de sí, y se jactaba de tener medios seguros de llevar a cabo

lo que deseaba. Por poco que se dudara de esos medios se apresuraba a explicarlos inconsideradamente; y el secreto más íntimo se le escapaba de lo profundo del corazón. El alma de aquel gran capitán no podía guardar cosa alguna, pareciéndose a un vaso precioso, pero rajado, de donde se salen todos los licores más deliciosos.

Los traidores, sobornados por Adrasto, no perdían la ocasión que les proporcionaba la flaqueza de ambos reyes. Lisonjeaban sin cesar a Néstor con vanas alabanzas, le recordaban sus victorias antiguas, admiraban su previsión, y nunca se cansaban de aplaudirle. Por otra parte le tendían al carácter impaciente de Filoctetes continuos lazos, no hablándole mas que de dificultades, contratiempos, peligros y faltas irremediables. Al momento su natural pronto se inflamaba, abandonábale la prudencia, y ya no era el mismo hombre.

Telémaco, a pesar de los defectos que hemos visto, era más prudente para guardar un secreto: se había acostumbrado a él por sus desgracias, y por la necesidad en que había estado desde la infancia de ocultarse a los amantes de Penélope. Sabía callar un secreto sin decir mentira, no teniendo ni aun ese aire reservado y misterioso que suelen tener las per-

sonas secretas y no apareciendo como abrumado por el peso del secreto que debía guardar; siempre se veía libre, natural, abierto como quien lleva el corazón en los labios. Más diciendo cuanto se podía decir sin riesgo, sabía contenerse a punto y sin afectación en lo que podía dar que sospechar y hacer presumir su secreto: así era su corazón impenetrable e inaccesible. Hasta sus mayores amigos no sabían mas que lo que él creía útil descubrirles para aprovecharse de sus buenos consejos, y no había más que Mentor con quien no tuviera reserva alguna. A los demás, se confiaba, pero en diversos grados, y a proporción de las pruebas que le habían dado de amistad y de sabiduría.

Telémaco había notado con frecuencia que las resoluciones del consejo se divulgaban demasiado por el campo, y lo había advertido a Néstor y Filoctetes. Pero estos dos hombres tan experimentados habían oído con menos atención que la que merecía un aviso tan saludable: la vejez es indócil, la costumbre la tiene como encadenada; no hay remedio contra sus vicios. A cierta edad los hombres semejantes a los árboles cuyo tronco rudo y nudoso se ha endurecido con los años y no se puede enderezar, se hacen inflexibles y casi no aciertan a le-

vantarse, doblados como están por el peso de ciertos hábitos que han envejecido con ellos, y han penetrado hasta la médula de sus huesos. Muchas veces los conocen, pero demasiado tarde, y se duelen en vano: la tierna juventud es la única edad en que el hombre tiene sobre su cabal poderío para enmendarse.

Había en el ejército un Dólope, llamado Eurimaco, adulador entrometido que sabía acomodarse al gusto e inclinaciones de los príncipes, fecundo y diestro en hallar nuevos medios de agradarles. A creer en sus palabras, jamás era difícil cosa alguna. Si se le pedía parecer, siempre daba el más agradable. Era chistoso, burlón con los débiles, condescendiente con los que temía, hábil para sazonar un elogio delicado que pudieran aceptar los hombres más modestos. Grave con los graves, festivo con los de humor alegre, nada le costaba tomar cualquiera forma. Los hombres sinceros y virtuosos, que siempre están lo mismo, y que se sujetan a las reglas de la virtud, jamás gustaran tanto a los príncipes como los que halagan sus pasiones dominantes. Eurimaco sabía el arte de la guerra; tenía capacidad para desempeñar cargos de gobierno; era un aventurero que se había agregado a Néstor, y le había ga-

nado la confianza; así le sacaba a Néstor, algo vanidoso y aficionado al elogios, cuanto le convenía saber.

Aunque Filoctetes no se franqueaba con él, la cólera y la impaciencia producían en su carácter el mismo efecto que la confianza en el de Néstor. No tenía Eurimaco mas que contradecirle; con irritarle, todo lo descubría. Este hombre había recibido grandes sumas de Adrasto, para que le informase de todos los designios de los aliados. El rey de los Danienses había enviado al campo de los aliados cierto número de desertores, que debían irse escapando uno después de otro y volver al suyo. Cada vez que Eurimaco tenía alguna importante noticia que comunicar a Adrasto, despachaba a uno de aquellos tránsfugas. El engaño no se podía descubrir fácilmente, porque estos desertores no llevaban cartas. Aunque los cogieran, no les encontraban nada que pudiese infundir sospechas contra Eurimaco.

De ese modo desbarataba Adrasto los planes de los aliados. Apenas se tomaba una resolución en el consejo, cuando los Danienses hacían precisamente lo necesario para frustrarla. Telémaco averiguaba con celo infatigable la causa, y excitaba a la descon-

fianza a Néstor y Filoctetes; pero su empeño era inútil; estaban ciegos.

Se había resuelto en el consejo aguardar las numerosas tropas que estaban para llegar, y durante la noche se habían avanzado secretamente cien naves para conducir más pronto dichas tropas desde el punto de la rudísima costa adonde debían arribar, al paraje en que el ejército estaba acampado. Contábase entre tanto con la seguridad más completa, porque se tenían tomadas con tropas las gargantas de la montaña vecina, que es una costa casi inaccesible del Apenino. El ejército estaba acampado a las orillas del río Galeso, bastante cerca de la mar. Aquella deliciosa vega es abundante en pastos y en cuantos frutos se necesitan para la subsistencia de un ejército. Adrasto estaba a las espaldas de la montaña, y se calculaba que le era imposible pasar; pero como supo que los aliados eran todavía débiles, que les iba un grande refuerzo, que las naves esperaban las tropas que debían llegar, y que el ejército se había dividido por la disputa de Telémaco con Falante, se apresuró a dar una larga vuelta. Anduvo día y noche con la mayor velocidad para ganar la orilla de la mar, y pasó por los caminos que se habían tenido siempre por intransitables. Así el arrojo y el trabajo

obstinado superan los mayores obstáculos; así para los que saben osar y sufrir, apenas hay cosa imposible; así los que se duermen, porque toman lo difícil por imposible, merecen ser sorprendidos y acosados.

Adrasto sorprendió al amanecer las cien naves de los aliados. Como estaban mal guardadas, y sin recelo de peligro, se apoderó de ellas sin resistencia, empleándolas en transportar sus tropas con increíble celeridad a la embocadura del Galeso, cuyas orillas subió prontísimamente. Los que estaban en los puestos avanzados alrededor del campamento por la parte del río, creyeron que aquellas naves les traían las tropas que se aguardaban, y lanzaron al principio gritos de júbilo. Adrasto y sus soldados desembarcaron antes que los reconocieran, cayeron sobre los aliados, que no tenían la menor desconfianza, y los encontraron en un campo abierto, sin orden, sin jefe, sin armas.

La primera embestida dada al campamento, fue por la parte que ocupaban los Tarentinos mandados por Falante. Entraron los Danienses con tanta pujanza, que, sorprendida la juventud lacedemonia, no pudo resistir. Mientras buscaban sus armas, y se atropellaban unos a otros en aquella confusión,

Adrasto hizo poner fuego a las tiendas. Al instante sube la llama de los pabellones y llega a las nubes: el ruido del incendio es como el de un torrente que inunda toda la llanura, y que arrebata con su ímpetu las grandes encinas arrancadas de raíz, las mieses, las granjas, los establos y los ganados. El viento empuja violentamente la llama de tienda en tienda, y no tarda en parecer todo el campo un bosque secular que una centella ha abrasado.

Falante, que antes que los demás ve el peligro, no puede contener el estrago. Conoce que todos los suyos van a perecer en el incendio, si no se dan prisa a dejar el campo; pero también conoce cuan de temer es en frente de un enemigo victorioso el desorden de semejante retirada, y hace salir al encuentro su juventud lacedemonia aún medio desarmada. Mas Adrasto no le deja respirar: por una parte una fuerza de arqueros diestros hiere con innumerables flechas a los soldados de Falante; por otra los honderos arrojan una recia granizada de piedras. Adrasto mismo con la espada en la mano, marchando a la cabeza de los escogidos entre sus más intrépidos Danienses, persigue, al resplandor del incendio, las tropas que huyen, Derriba con el cortante acero lo que se libertado del fuego; nada en

sangre; no puede aplacar su sed de matanza: los leones y los tigres no igualan su furia cuando despedazan los pastores y sus ganados. Las tropas de Falante sucumben, y el valor las abandona: la pálida muerte, guiada por una furia infernal con la cabeza erizada de serpientes, hiela en sus venas la sangre; sus miembros entumecidos se quedan yertos, y las rodillas les flaquean, quitándoles hasta la esperanza de la fuga.

Falante, a quien la vergüenza y la desesperación dan todavía alguna fuerza y vigor, alza las manos y los ojos al cielo; ve caer a sus pies a su hermano Hipias, que cede a los golpes de la mano fulminante de Adrasto. Hipias, tendido en el suelo, se revuelca; una sangre negra e hirviendo sale como un río de la profunda herida que le atraviesa el costado; sus ojos se oscurecen, su alma furiosa huye con toda su sangre. El mismo Falante, bañado con la sangre de su hermano y sin poderle favorecer, se ve envuelto por una nube de enemigos que se empeñan en derribarle; mil golpes le han atravesado el escudo, tiene el cuerpo cubierto de heridas, no puede rehacer sus tropas fugitivas: los dioses le ven, y no se apiadan de él.

LIBRO XVII

Telémaco, habiéndose revestido de sus armas divinas, acude al socorro de Falante, derriba a Ífícles, hijo de Adrasto, rechaza al enemigo victorioso, y hubiera alcanzado una victoria completa, si no hubiese sobrevenido una tempestad que puso fin al combate. En seguida manda Telémaco recoger los heridos, cuida de ellos y principalmente de Falante. Preside a las exequias de Hipias, su hermano y le presenta sus cenizas recogidas por él mismo en una urna de oro.

Júpiter en medio de todas las divinidades celestes miraba desde la cumbre del Olimpo la mortandad de los aliados. Al mismo tiempo consultaba los inmutables destinos y veía todos los caudillos cuyas vidas debía cortar aquel día la tijera de la parca. Estaba clavada en su rostro la vista atenta de cada uno de los dioses para descubrir cual sería su voluntad.

Pero el padre de los dioses y los hombres les dijo con voz dulce y majestuosa: Veis el extremo a que están reducidos los aliados; veis a Adrasto, que arrolla a todos sus enemigos, pues ese espectáculo es muy engañoso la gloria y prosperidad de los malvados duran poco; el impío y fementido Adrasto no logrará completar su victoria. Este revés no sucede a los aliados sino para enseñarlos a corregirse y a guardar mejor el secreto de sus empresas. La sabia Minerva tiene dispuesta en eso una nueva gloria para el joven Telémaco, en quien cifra sus delicias. Aquí Júpiter cesó de hablar. Todos los dioses continuaban silenciosos mirando el combate.

En tanto llegó a Néstor y Filoctetes la noticia de que una parte del campamento estaba ya quemada; que la llama, impelida del viento, iba cundiendo; que sus tropas se hallaban desordenadas, y que Falante no podía resistir por más tiempo a los esfuerzos del enemigo. Apenas hieren sus oídos esas funestas palabras, corren ambos a las armas, juntan los capitanes, y mandan que a toda prisa salga la gente del campamento para preservarla del incendio.

Telémaco, que estaba sumido en el abatimiento y el desconsuelo, se olvida de su dolor: toma las armas, don precioso de la sabia Minerva, que apare-

ciéndosele con la figura de Mentor, aparentó que las había recibido de un excelente artífice de Salento, si bien las había hecho fabricar a Vulcano en las humeantes cavernas del Etna.

Eran tersas como un espejo, y brillantes como los rayos del sol. Veíase en ellas a Neptuno y Palas disputándose la gloria de cual pondría su nombre a una ciudad naciente. Neptuno daba en la tierra con su cetro, y se veía salir de ella un caballo impetuoso; saltábale fuego de los ojos, y la boca le arrojaba espuma; las crines flotaban a la merced del viento; las piernas flexibles y nerviosas se recogían con vigor y ligereza. No andaba, saltaba a fuerza de ijares, y con tanta velocidad que no dejaba señales de su huella: se creía oírle relinchar.

En otro lado estaba Minerva dando a los habitantes de su nueva ciudad la oliva, fruto del árbol que había plantado: la rama de que el fruto pendía representaba la dulce paz con la abundancia, preferible a los trastornos de la guerra, cuya imagen era el caballo. La diosa quedaba triunfante con sus simples y provechosos dones, y la soberbia Atenas recibía su nombre.

También se veía a Minerva juntando alrededor de sí todas las bellas artes, representadas por tiernos

niños con alas: refugiábanse estos en torno de ella, asustados de los furores bárbaros de Marte que todo lo destruye, como los corderillos baladores se refugian alrededor de su madre al ver al lobo hambriento, que con la boca abierta y encendida, se abalanza a ellos para devorarlos. Minerva con rostro airado y desdeñoso confundía por la superioridad de sus obras la loca temeridad de Aracne, que se había atrevido a disputarle la perfección en el tejido de los tapices. Se veía a esa desdichada, cuyos miembros extenuados se iban desfigurando y transformándola en araña.

Allí cerca volvía a representarse a Minerva cuando, en la guerra de los gigantes, servía al mismo Júpiter de consejera, y sostenía a los demás dioses admirados. También estaba como en las orillas del Xanto y del Simois, con lanza y égida, llevando de la mano a Ulises, reanimando a las tropas fugitivas de los Griegos, sosteniendo los esfuerzos de los más valientes caudillos troyanos y hasta del temible Héctor, y por último introduciendo a Ulises en la máquina fatal que debía en una sola noche derribar el imperio de Príamo.

Por otra parte, representaba el escudo a Ceres en las fértiles campiñas de Ena situadas en el centro de

Sicilia. Estaba en actitud de reunir los pueblos dispersos que buscaban la subsistencia cazando, o recogiendo las frutas silvestres que se caían de los árboles. Enseñábales a aquellos hombres groseros el arte de ablandar la tierra y sacar de su fecundo seno el alimento. Presentábales un arado, al cual hacía uncir bueyes. Se veía la tierra abriéndose en surcos por la reja del arado; luego se distinguían las doradas mieses que cubrían aquellos fértiles campos: el segador cortaba con la hoz los dulces frutos de la tierra, y recogía la recompensa de todas sus faenas. El hierro, destinado en otras partes a destruirlo todo, allí parecía que no se empleaba sino para facilitar la abundancia y reunir todos los placeres.

Las ninfas, coronadas de flores, bailaban unas con otras en la pradera de la margen de un río junto a una espesura: Pan tocaba la flauta, y los faunos y sátiros traviesos saltaban en una esquina. Allí aparecía Baco también, coronado de hiedra y apoyado con una mano en su tirso, teniendo en la otra una vid cubierta de pámpanos y racimos de uvas: belleza afeminada con no sé qué de noble, apasionado y lánguido. Estaba representado como cuando encontró a la infeliz Ariadna sola, abandonada y llena de congoja en una playa desconocida.

Por último, en donde quiera se veía un numeroso pueblo, ancianos que llevaban a los templos las primicias de sus frutos, jóvenes que volvían a sus esposas, cansados de trabajo del día, y a cuyo encuentro salían las mujeres con sus hijos pequeños que llevaban de la mano haciéndoles caricias. Veíanse también pastores que parecía que cantaban, bailando algunos al son del caramillo. Todo representaba la paz, la abundancia y las delicias: todo parecía risueño y venturoso. Hasta se veía en los prados retozar los lobos en medio de los carneros, el león y el tigre, depuesta su ferocidad, pastaban con los recentales: un zagal muy joven los guiaba juntos y obedientes a su cayado, recordando aquella amable pintura todos los encantos de la edad de oro. Telémaco, revestido ya de sus armas divinas, por tomar el escudo suyo, tomó la égida terrible que Minerva le había mandado, por medio de Iris, pronta mensajera de los dioses. Sin que él lo notase, Iris le había quitado su escudo, y le había dado en su lugar aquella égida formidable aun para los dioses mismos. En tal estado, sale del campamento para evitar el incendio; llama a su lado con voz fuerte a todos los caudillos del ejército, y su voz basta para reanimar a todos los aliados aturdidos. Los ojos del

joven guerrero centellean con un fuego divino. Se muestra siempre afable, siempre desembarazado y sereno, siempre atento a dar órdenes, como lo podría hacer un prudente anciano ocupado en arreglar su familia e instruir a sus hijos. Pero ejecuta con prontitud y celeridad; semejante a un río impetuoso, que no solamente hace rodar con precipitación sus espumosas ondas, sino que también arrastra en su corriente las naves más pesadas que le cargan.

Filoctetes, Néstor, los caudillos de los Mandurianos y los de las otras naciones reconocen en el hijo de Ulises cierta autoridad, a la cual es menester que todo se someta: fáltales la experiencia de los ancianos, todos los jefes han urdido el consejo y la sabiduría; hasta la envidia, tan natural en el hombre, se apaga en el corazón; todos callan; todos admiran a Telémaco; todos se disponen a obedecerle, sin pensarlo, y como si lo hubieran tenido por costumbre. Adelántase él, y sube a una colina, desde donde observa el orden de los enemigos: al momento juzga que se necesita sorprenderlos de repente en el desorden en que se hallan por quemar el campamento de los aliados. Apresúrase a dar la vuelta, seguido de todos los capitanes más experimentados. Acomete a los Danienses por la espalda, cuando ellos creían al

ejército de los aliados envuelto por las llamas del incendio. Esta sorpresa los desconcierta; caen al ímpetu del brazo de Telémaco, como las hojas en los últimos días del otoño caen de las selvas, cuando un fiero aquilón que trae al invierno, hace gemir el tronco de los árboles seculares y agita sus ramas. La tierra esta cubierta de los hombres que Telémaco derriba. Su dardo le pasa el corazón a Íficles, que era el menor de los hijos de Adrasto, y que se había atrevido a presentarle el combate para salvar la vida de su padre, a quien por poco no sorprende Telémaco. El hijo de Ulises e Íficles eran ambos hermosos, esforzados, diestros, valientes, de igual estatura, de igual agrado, de igual edad ambos, y ambos queridos de sus padres; poro Íficles era como una flor que se abre en el campo y debe ser cortada por la hoz del segador. En seguida Telémaco derriba a Euforion, el más famoso de los Lidios que pasaron a Etruria. Por último, su espada hiere a Cleomenes, recién casado, que había prometido a su esposa llevarle los ricos despojos de los enemigos, pero que no debía volver a verla.

Adrasto se estremeció de rabia al ver a su hijo muerto, y a otros muchos capitanes, y que la victoria se le escapaba de las manos. Falante, casi abatido

a sus pies, parece una víctima medio degollada que se sustrae al cuchillo sagrado y huye lejos del altar. Faltábale un momento a Adrasto para dar fin a Lacedemonio. Falante, anegado en la sangre suya y de sus soldados que peleaban por él, oye los gritos de Telémaco que viene a su socorro. Vuélvele la vida en ese instante; la nube que ya velaba sus ojos se disipa. Los Danienses, a tan imprevista arremetida, dejan a Falante para acudir a enemigo más peligroso. Adrasto esta como un tigre a quien los pastores reunidos arrebatan la presa que iba a devorar. Telémaco le busca en la refriega resuelto a acabar de una vez la guerra, librando a los aliados de su más implacable enemigo. Pero Júpiter no quería dar al hijo de Ulises una victoria tan pronta ni tan fácil: Minerva misma quería que pasara por trabajos más largos, para que aprendiese mejor a gobernar a los hombres. El impío Adrasto, fue conservado por el padre de los dioses, a fin de que Telémaco tuviera tiempo para adquirir más gloria y más virtud. Salvó a los Danienses una densa nube que Júpiter formó en los aires; un espantoso trueno declaró la voluntad de los dioses: se hubiera creído que las eternas bóvedas del alto Olimpo iban a desplomarse sobre los débiles mortales: del uno al otro polo cruzaban los re-

lámpagos desgarrando la nube; y apenas deslumbraban los ojos con sus penetrantes destellos, se caía en las horribles tinieblas de la noche. La copiosa lluvia que cayó al mismo tiempo sirvió también a separar a los dos ejércitos.

Adrasto se aprovechó del socorro de los dioses, sin que le moviera su padre, y por semejante ingratitud mereció que le reservaran venganza más cruel. Diose prisa a pasar sus tropas por entre el campamento medio quemado y un pantano que se extendía hasta el río tanta fue la pericia y celeridad con que lo ejecutó, que su retirada manifestó cuanta capacidad y presencia de ánimo tenía. Los aliados, animados por Telémaco, querían darle alcance; pero se les escapó a favor de aquella tormenta, como un pajarillo con ligeras alas se escapa de las redes del cazador.

No pensaron ya los aliados sino en volver al campamento y reparar su pérdida. Al entrar en él se ofreció a sus ojos el espectáculo más lamentable que tiene la guerra: los enfermos y los heridos, faltos de fuerzas para salir de las tiendas, no habían podido defenderse del fuego, y estaban a medio quemar, dando al cielo con voz lastimera y moribunda gritos dolorosos. El corazón se le partía a Telémaco, que

no pudo contener las lágrimas: muchas veces apartó la vista penetrado de horror y de compasión: érale imposible ver sin estremecerse aquellos cuerpos vivos y condenados a una muerte lenta y cruel: parecían como la carne de las víctimas quemadas en las aras, y cuyo olor se esparce por todos lados.

¡Ah! exclamaba Telémaco, ¡he ahí los males que la guerra trae consigo! ¡Qué ciego furor arrastra a los míseros mortales! Teniendo tan pocos días que vivir sobre la tierra, y esos pocos siendo tan desdichados, ¿a qué precipitar una muerte ya tan cercana? ¿a qué añadir tantas aflicciones horrorosas a la amargura de que los dioses han llenado esta vida tan corta? Los hombres son hermanos, y se despedazan unos a otros; menos crueles son las fieras. Los leones no hacen la guerra a los leones, ni los tigres a los tigres; esos animales no acometen sino a los de especies diferentes: sólo el hombre, a pesar de su razón, hace lo que no hicieron jamás los animales privados de ella. Además ¿por qué semejantes guerras? ¿No hay en el universo tierras sobradas para dar a todos los hombres las que pueden cultivar? ¿Cuantas tierras no hay desiertas? Al género humano le sería imposible poblarlas todas. ¡Con que una gloria falsa, un vano título de conquistador que le

plugo a un príncipe adquirir, han de bastar para encender la guerra en inmensos países! Así un hombre solo, venido al mundo por la ira de los dioses, sacrifica tantos otros a su vanidad. ¡Es menester que todo perezca, que todo se anegue en sangre, que todo sea pasto de las llamas, que lo que se salve del hierro y del fuego no se pueda salvar del hombre todavía más cruel, para que un hombre solo, que se burla de la humanidad entera, halle en esta general devastación su placer y su gloria! ¡Qué monstruosa gloria' ¿Hay aborrecimiento que baste ni desprecio que sobre para quien así se olvida de la humanidad? No, no, lejos de ser semidioses, ni aun hombres son, y merecen sufrir la execración de todos los siglos de que han creído que iban a ser admirados. ¡Oh cuan circunspectos deben ser los reyes en sus empeños de guerra! Han de ser estas justas; y no basta, es menester que sean necesarias para el público bien. La sangre del pueblo no debe derramarse sino para salvar a ese mismo pueblo en extrema necesidad. Pero los consejos de la adulación, las ideas erradas de gloria, las vanas rivalidades, la injusta avaricia que se encubre con honrosos pretextos, en fin los compromisos insensiblemente contraídos, arrastran casi siempre a los reyes a guerras en que

encuentran la desgracia, en que sin necesidad lo arriesgan todo, y en que hacen tanto mal a sus súbditos como a sus enemigos. Así discurría Telémaco.

No se contentaba empero con deplorar los males de la guerra, sino que procuraba aliviarlos. Se le veía ir por las tiendas a socorrer por sí mismo a los enfermos y moribundos; dábales dinero y remedios. Los consolaba y los animaba con palabras afectuosas, y enviaba a quien visitara los que él no podía visitar.

Había entre los Cretenses que habían ido con él dos ancianos, de los cuales se llamaba uno Traumafilo y otro Nosófugo.

Traumafilo había estado en el sitio de Troya con Idomeneo, y había aprendido de los hijos de Esculapio el arte divino de curar las llagas. Derramaba en las heridas más hondas y enconadas cierto licor odorífero que consumía las carnes muertas y corrompidas, sin necesidad de hacer incisión alguna, Y formaba prontamente otras nuevas mas sanas y hermosas que las primeras.

En cuanto a Nosófugo, si bien no había conocido a los hijos de Esculapio, había adquirido por medio de Merion un libro sagrado y misterioso que Esculapio les había dado. Además Nosófugo era

amante de los dioses, había compuesto himnos en loor de los hijos de Latona, y todos los días sacrificaba una cordera blanca sin mancha a Apolo, de quien muchas veces se sentía inspirado. Apenas veía a un enfermo, le conocía en los ojos, en el color de su complexión, en la configuración del cuerpo y en la respiración, la causa de la enfermedad. Unas veces daba remedios que hacían sudar, demostrando por el buen éxito de los sudores como la transpiración, disminuida o facilitada, descompone, o restablece toda la máquina del cuerpo: otras daba para los síntomas de consunción ciertos brebajes que fortificaban poco a poco las partes nobles, y rejuvenecían a los hombres dulcificando su sangre. Sin embargo aseguraba que la falta de virtud y valor es la causa de que tan a menudo se necesite de la medicina. Es vergüenza, decía, que haya tantas enfermedades, porque las buenas costumbres mantienen la salud. La destemplanza, decía además, convierte en mortífero veneno los alimentos destinados a conservar la vida. Los placeres inmoderados acortan los días del hombre más que se los pueden alargar los medicamentos. Los pobres padecen menos enfermedades por falta de alimento que los ricos por sobra de él. Los manjares que halagan demasiado el

paladar, y que hacen comer más de lo necesario, envenenan en lugar de sustentar. Los mismos remedios son verdaderos males cuando extenúan la naturaleza, y sólo se deben usar en los casos urgentes. El principal remedio, que siempre es inocente y siempre útil, es la sobriedad, la templanza en los placeres, la tranquilidad de ánimo, el ejercicio del cuerpo. Por ese medio se cría una sangre pura y benigna, y se disipan los humores superfluos. Así era el sabio Nosófugo menos admirable por sus medicamentos, que por el régimen que recomendaba, para preservarse de los males y hacer innecesarios los remedios.

Esos dos hombres fueron los que Telémaco envió a visitar a los enfermos del ejército. A muchos curaron con sus remedios; pero además curaron todavía con el cuidado de hacérselos administrar a tiempo, procurando que se les tuviera con aseo, impidiendo con la limpieza que el aire se corrompiera, y haciéndoles guardar un régimen de rigorosa sobriedad durante la convalecencia.

Los soldados, todos agradecidos a tanto esmero, daban gracias a los dioses de que hubieran enviado a Telémaco al ejército de los aliados. No es este un hombre, decían, es sin duda alguna divinidad bené-

fica en figura humana. A lo menos, si es un hombre, mucho más que a los demás hombres se asemeja a los dioses; no está en la tierra sino para hacer bien, y aun es más estimable por su afabilidad y virtud que por su valor. ¡Oh! ¡si pudiéramos tenerle por rey! pero los dioses le destinan para algún pueblo que aman y en el cual quieren renovar el siglo de oro.

Telémaco, mientras por la noche hacia la ronda en los cuarteles del campamento para evitar los ardides de Adrasto con esta precaución, oía los elogios que de él hacían, y que no eran sospechosos de lisonja como los que suelen darse a los príncipes en su presencia, suponiendo que no tienen modestia ni delicadeza, y que basta con alabarlos sin miramiento para granjearse su favor. Al hijo de Ulises no le podía agradar sino la verdad, ni podía consentir otras alabanzas que las que le daban en secreto y lejos de él, después de haberlas merecido. Su corazón no era insensible a éstas; sentía él ese deleite puro y suave que los dioses han puesto en la virtud, y que los perversos, no habiéndole experimentado, ni pueden imaginarse ni creer; pero no se entregaba a ese placer, porque de repente le venían de tropel a la memoria cuantas faltas había cometido: no olvidaba su natural altivez y su indiferencia hacia la humanidad,

avergonzándose interiormente de ser tan duro parecer tan humano. Así volvía a la sabia Minerva toda la gloria que le daban y que no creía merecer.

Vos sois, o gran diosa, decía, quien me habéis dado a Mentor para instruirme y corregir mi mala índole; vos sois quien me dais la sabiduría para aprovecharme de mis faltas desconfiando de mí; vos sois quien contenéis mis pasiones impetuosas; vos sois quien me hacéis gozar del placer de aliviar a los desgraciados: sin vos me vería aborrecido y sería digno de serlo; sin vos cometería faltas irreparables, sería como un niño que, no conociendo su flaqueza, deja a su madre y cae al primer paso.

Néstor y Filoctetes estaban maravillados de ver cuan afable y deseoso de captarse la voluntad, cuan obsequioso, cuan pronto para socorrer, cuan dispuesto a adelantarse a todas las necesidades, se había vuelto Telémaco; no sabían qué pensar, y reconocían que era otro hombre. Lo que más les sorprendía, era el esmero con que se había ocupado de los funerales de Hipias. Él mismo había ido a sacar su cuerpo sangriento y desfigurado del montón de cadáveres donde estaba debajo; derramó sobre él piadoso llanto, y dijo, ¡Oh sombra excelsa, ahora sabes cuanto he estimado tu valor! Verdad es

que tu altivez me había irritado; pero tus defectos procedían de una juventud fogosa: bien sé yo cuanta indulgencia necesita esa edad: nosotros hubiéramos sido al fin sinceros amigos; por mi parte no tenía razón. ¡Oh dioses! ¿por qué me le habéis arrebatado antes de que le hubiera obligado a amarme.

En seguida hizo Telémaco lavar el cuerpo con licores odoríferos; se preparó después de orden suya una hoguera. Los corpulentos pinos crujían al golpe de las hachas, y caían rodando desde la cima de la montaña. Las encinas, esas hijas seculares de la tierra que parecían amenazar al cielo, los altos álamos, los olivos, cuyas copas son tan verdes y frondosas, las hayas que son la honra de la selva, vienen a caer a la orilla del río Galeso: allí se levanta con simetría una pira que parece un edificio regular: la llama comienza a mostrarse, y un torbellino de humo sube al cielo.

Los Lacedemonios se adelantan con paso lento y lúgubre, con las picas vueltas y la vista baja: en sus rostros adustos se retrata el dolor más amargo, y las lágrimas corren abundantemente de sus ojos. Seguíalos Ferécides, a quien más que el peso de los muchos años agobiaba la pena de sobrevivir a Hipias, criado por él desde la infancia. Levantaba al

cielo las manos y los ojos anegados en llanto. Desde la muerte de Hipias no había consentido en tomar alimento alguno: el dulce sueño no había podido cerrar sus párpados ni suspender un instante su agudo pesar: iba con pasos trémulos siguiendo al acompañamiento, sin saber adonde se encaminaba. No salía una palabra de su boca, porque su corazón estaba demasiado oprimido, y aquel silencio era el de la desesperación y abatimiento; pero cuando vio la hoguera encendida, se enfureció de repente y exclamó: ¡Oh Hipias, Hipias, ya no volveré a verte!

¡Hipias no existe, y yo vivo todavía! Oh mi querido Hipias, yo he sido el cruel, yo el feroz que te ha enseñado a despreciar la muerte; yo creía que tus manos cerrarían mis ojos, y que tu recibirías mi último suspiro. ¡Oh dioses crueles, habéis prolongado mi vida para que viera el fin de la de Hipias! ¡Oh hijo querido que yo he criado, y que me has costado tantos afanes, ya no te veré más! pero veré a tu madre que morirá de tristeza echándome en rostro tu muerte; veré a tu tierna esposa maltratándose el pecho y arrancándose los cabellos, ¡y yo habré sido la causa! ¡Oh sombra amada, llámame a las orillas de la Estigia; la luz me es odiosa: tú sólo, mi querido Hipias, eres a quien yo quiero ver! ¡Hipias! ¡Hipias!

¡Hipias mío! yo no vivo sino para cumplir con el último deber que me imponen tus cenizas.

Entre tanto veíase el cadáver del joven Hipias tendido en un féretro adornado de púrpura, oro y plata, en donde le conducían. La muerte había apagado sus ojos, pero no había podido borrar toda su hermosura, y aun en su rostro pálido se distinguían las gracias: se veía, flotar alrededor del cuello más blanco que la nieve, aunque inclinado sobre el hombro, la larga cabellera negra, más hermosa que la de Atis o Ganímedes, que se iba a convertir en ceniza, en el lado se descubría la profunda herida por donde había perdido toda la sangre, y que le había hecho bajar al tenebroso reino de Plutón.

Telémaco iba triste y abatido detrás del cuerpo, echándole flores. Cuando llegaron a la pira, el hijo de Ulises no pudo ver que la llama penetrase en las ropas que envolvían cadáver, sin derramar lágrimas de nuevo. ¡A Dios, dijo, magnánimo Hipias! ya que no me atrevo a llamarte amigo: aplácate, o sombra que tanta gloria has merecido. Si no te amara, envidiaría tu felicidad: tu te has libertado de las miserias que todavía nos abruman a nosotros, y has salido de ellas por el camino más glorioso. ¡Ojalá me sea dado acabar como tú! ¡Que la Estigia no detenga tu som-

bra! ¡que los Campos Elíseos te se abran! ¡que la fama conserve tu nombre por todos los siglos, y que tus cenizas descansen en paz!

Apenas hubo dicho esas palabras cortadas por sollozos, cuando el ejército entero lanzó un grito: mucha aflicción excitaba Hipias, cuyas grandes hazañas se referían, no recordando, con el dolor de su muerte, sino sus buenas prendas, y olvidando los defectos que le habían hecho contraer el ímpetu de su juventud y una mala educación. Pero aun conmovían a todos más los tiernos sentimientos de Telémaco. ¿Es ése, decían, aquel joven Griego tan altivo, tan imperioso, tan menospreciador, tan intratable? ¡Cuán dulce se ha vuelto, qué humano, qué afable! Sin, duda Minerva, que ha amado tanto a su padre, le ama también a él; sin duda le ha colmado de los más preciosos dones, dándole con la sabiduría un corazón sensible a la amistad.

Ya estaba el cuerpo consumido por las llamas. El mismo Telémaco regó sus cenizas todavía humeantes con agua de olor; púsolas luego en una urna de oro que coronó de flores y la llevó a Falante. Estaba éste acostado, cubierto de heridas, y en su extremada debilidad se veía en el tenebroso umbral de los infiernos.

Habíanle suministrado sin embargo Traumafilo y Nosófugo, enviados por Telémaco, todos los socorros de su arte: iban poco a poco recobrándole el alma pronta a fugarse; le reanimaban nuevas fuerzas insensiblemente; un vigor suave y penetrante, bálsamo de vida, se deslizaba por sus venas hasta el corazón, y le arrancaba a las manos heladas de la muerte un calor agradable. En aquel momento, habiendo cesado el desmayo, y seguídole el dolor, comenzó a sentir la pérdida de su hermano, que hasta entonces no había estado en situación de sentir. ¡A y de mí! decía, ¿a qué se esmeran con tanto afán en hacerme vivir? ¿no valdría más para mí morir y acompañar a mi querido Hipias? Yo le he visto perecer junto a mí. ¡O Hipias, delicias de mi vida, hermano mío, mi querido hermano, tú no existes! ¡Y no podré, ya verte, ni oírte, ni abrazarte, ni contarte mis penas, ni consolarte en las tuyas! ¡O dioses enemigos de los hombres! ¡no hay para mi más Hipias! ¿es posible? ¡Qué! ¿no es un sueño? No, no es sino muy verdad. O Hipias, te he perdido, yo te he visto morir, y es menester que yo viva tanto por lo menos cuanto sea necesario para vengarte: quiero inmolar a tus manes al cruel Adrasto teñido con tu sangre.

Mientras hablaba Falante en esos términos, procuraban mitigar su dolor los dos hombres divinos, temiendo que el mal se acrecentara y se frustrase el efecto de los remedios. En esto ve a Telémaco que se presenta delante de él. El primer ímpetu de su corazón se dividió en dos pasiones contrarias: conservaba cierto resentimiento de lo que había pasado entre Telémaco e Hipias, y el dolor de la pérdida de Hipias le enconaba todavía más: por otra parte, no podía ignorar que le debía la vida a Telémaco, el cual le había sacado sangriento y medio muerto de las manos de Adrasto. Pero cuando reparó en la urna de oro en que estaban encerradas las cenizas tan queridas de Hipias, rompió en un torrente de lágrimas, y al instante abrazó a Telémaco sin poder hablarle, hasta que al cabo le dijo, con voz lánguida e interrumpida con sollozas:

Digno hijo de Ulises, vuestra virtud me obliga a amaros; os debo este resto de vida que va a extinguirse; pero aun os debo algo que me es mucho más caro. Sin vos, el cuerpo de mi hermano habría sido pasto de los buitres; sin vos, su sombra, privada de sepultura, erraría desgraciadamente por las orillas de la Estigia, siempre repelida por el inexorable Caron. ¿He de deberle tanto a quien tanto he aborrecido?

O dioses, premiadle, y libradme a mí de una vida tan infeliz. Y vos, Telémaco, para que nada falte a vuestra gloria, haced mis exequias como habéis hecho las de mi hermano.

Quedó Falante, al acabar, extenuado y abatido por el exceso del dolor. Telémaco se mantuvo junto a él sin atreverse a hablar, y aguardando a que recobrara sus fuerzas. No tardó en volver de su desmayo, y entonces tomando la urna de las manos de Telémaco, la besó muchas veces, la inundó de lágrimas, y dijo: O queridas, o preciosas cenizas, ¿cuando se encerraran aquí con vosotras las mías? Hipias, yo te sigo a los infiernos: Telémaco nos vengará a los dos.

Entre tanto el mal de Falante disminuía diariamente con los cuidados de los dos hombres que poseían la ciencia de Esculapio. Telémaco no los dejaba, estando casi siempre al lado del enfermo, a fin de estimularlos y adelantar la cura; y todo el ejército admiraba más la bondad con que asistía a su mayor enemigo, que el valor y prudencia que había mostrado en la batalla salvando a los aliados.

Al mismo tiempo Telémaco se mostraba infatigable en los trabajos más rudos de la guerra: dormía poco, y le interrumpían el sueño frecuentemente o

las noticias que a todas las horas del día y de la noche recibía, o la ronda de los cuarteles del campamento, que jamás hacía a las mismas horas dos veces seguidas, a fin de sorprender mejor a los poco vigilantes. Solía volver a su tienda cubierto de sudor y de polvo: su alimento era simple, porque vivía como los soldados, para darles el ejemplo de la sobriedad y de la paciencia. Teniendo el ejército en el campamento pocos víveres, juzgó necesario cortar las murmuraciones de la tropa tomando voluntariamente parte en sus privaciones e incomodidades. Con tan penosa vida, lejos de debilitarse, se robustecía, más y más su cuerpo: empezaba a perder las gracias delicadas que son como la flor de la primera juventud, la tez se le ponía más morena y menos suave y sus miembros perdían en blandura y ganaban en vigor.

LIBRO XVIII

Telémaco, a quien diversos sueños persuaden de que su padre Ulises no está ya en el mundo, lleva a cabo el designio de irle a buscar a los infiernos: se ausenta del campo, va con dos Cretenses hasta un templo vecino de la famosa caverna de Aquerontia, se interna por entre las tinieblas, llega a las orillas de la Estigia, y Caron le recibe en su barca: preséntase a Plutón, al cual halla dispuesto a permitirle que busque a su padre: atraviesa el Tártaro, en donde ve los tormentos que padecen los ingratos, los perjuros, los hipócritas, y sobre todo los malos reyes.

Adrasto, cuyas tropas se habían debilitado considerablemente en el combate, se había retirado detrás de la montaña de Aulon para aguardar varios refuerzos, y volver a tentar de nuevo la sorpresa de los aliados: semejante a un león hambriento que,

ahuyentado de una majada, se recoge en las oscuras selvas y gana su caverna, en donde afila los dientes y las garras, acechando el momento favorable para despedazar los rebaños.

Telémaco, habiendo cuidado de establecer una disciplina severa en todo el campo, no se ocupó más que de un pensamiento que había concebido y que ocultó a todos los caudillos del ejército. Hacía mucho tiempo que se sentía agitado todas las noches de ensueños que le representaban a su padre Ulises. Su imagen querida se le aparecía siempre hacia el fin de la noche, antes que la aurora saliera a despedir del cielo, con sus nacientes destellos, las inconstantes estrellas, y de la faz de la tierra el dulce sueño con sus vagarosas visiones. Ora creía ver a Ulises desnudo, en una isla afortunada, a orillas de un río, en una pradera esmaltada de flores, y rodeado de ninfas que le echaban ropas para que se cubriera: ora se imaginaba oírle hablar en un palacio resplandeciente de oro y marfil, en donde le estaban escuchando con deleite y admiración hombres coronados de flores. Otras veces solía aparecérsele de repente en festines donde el júbilo brillaba en medio de las delicias, y en donde se oían tiernos acentos

acompañados de una lira más dulce que la lira de Apolo y las voces de todas las musas.

Telémaco, al despertarse, no podía dejar de entristecerse de aquellos tan agradables ensueños. ¡O padre mío! exclamaba ¡o mi amado padre Ulises! otros sueños espantosos me serían mas dulces. Esas imágenes de felicidad me dan a entender que habéis bajado ya a la mansión de las almas bienaventuradas que los dioses remuneran de sus virtudes con una tranquilidad eterna. Me parece que veo los Campos Elíseos. ¡Oh! ¡qué cruel es no tener esperanza! ¡Qué! ¡nunca he de volver a veros, o mi querido padre! ¡nunca he de volver a abrazar a quien tanto me amaba, y a quien con tanto trabajo he buscado! ¡nunca volveré a oír hablar aquella boca de donde manaba la sabiduría! ¡nunca mas besaré aquellas manos, aquellas manos queridas, aquellas manos victoriosas que han derribado a tantos enemigos! ¡ya no castigarán a los insensatos pretendientes de Penélope, y nunca se levantara Itaca de su ruina! O dioses enemigos de mi padre, vosotros me enviáis estos siniestros sueños para arrebatarle a mi corazón toda esperanza: eso es arrancarme la vida. No, no puedo vivir en semejante incertidumbre. ¿Qué digo? ¡ay de mí! Harto seguro estoy, de

que mi padre no existe. Voy a buscar su sombra hasta los infiernos. Teseo ha podido bajar, Teseo, el impío que iba a ultrajar las divinidades infernales, y yo voy guiado de la piedad. Hércules ha descendido también: yo no soy Hércules pero es bello atreverse a imitarle. Orfeo ha conseguido conmover con la relación de sus desgracias el corazón de ese dios que pintan como inexorable, alcanzando que le devolviese a Eurídice para traerla de nuevo a la vida. Yo soy mas digno de compasión que Orfeo porque mi pérdida es mayor ¿Quién podrá comparar una joven semejante a todas las demás con el sabio Ulises admirado de la Grecia entera? Vamos; muramos, si es menester. ¿Por qué se ha de temerla cuando se padece tanto en la vida? O Plutón, o Proserpina, presto sabré y sois tan desapiadados como se dice. O padre mío, después de haber recorrido en vano los mares y la tierra en busca vuestra, quiera ver si estáis en las lóbregas moradas de los muertos. Sí los dioses me niegan poseeros en la tierra y de la luz del sol, quizás no me negarán ver a lo menos vuestra sombra en el reino de la noche.

Hablando así, Telémaco regaba el lecho con su llanto al momento se levantaba procurando con la luz mitigar el punzante dolor que tales sueños le

causaban; pero era una flecha clavada en el corazón, y la llevaba por todas partes consigo.

En ese estado de pena emprendió la bajada a los infiernos por un sitio famoso, que no estaba muy distante del campo. Llamábase Aquerontia, a causa de la espantosa caverna que allí había, por la cual se bajaba a la orilla del Aqueronte, que los mismos dioses temen invocar en sus juramentos. La población estaba sobre una roca, edificada como un nido puesto encima de un árbol: la caverna se encontraba al pie de la roca, y los tímidos mortales no se atrevían a llegar, cuidando los pastores de apartar de allí los ganados. El vapor azufrado de la laguna Estigia que exhalaba continuamente aquella abertura, infestaba el aire alrededor no crecían flores ni yerba; no se sentían los dulces céfiros, ni las gracias tempranas de la primavera, ni los opimos dones del otoño: la tierra, árida siempre allí, desfallecía; solo se encontraban algunos arbustos deshojados y tal cual fúnebre ciprés. Aun a lo lejos, en todo el contorno negaba Ceres sus doradas mieses al labrador. Baco parecía que olvidaba las vanas promesas de sus dulces frutos: los racimos de uvas se secaban en vez de madurar. Las tristes náyades no hacían correr un raudal puro; sus ondas eran siempre amargas y tur-

bias. Las aves no cantaban jamás en aquella tierra cubierta de abrojos y espinas, y sin una enramada adonde pudieran retirarse, e iban a cantar sus amores bajo un cielo más benigno. Allí no se oía mas que el graznido del cuervo, y la voz lúgubre de los búhos: hasta la yerba era amarga, y los rebaños que la pacían, no experimentaban la dulce alegría que les hace retozar. El toro huía de la becerra, y el pastor sumido en la melancolía olvidaba la zampoña y la flauta.

De aquella caverna salía de tiempo en tiempo un humo negro que formaba una especie de noche en mitad del día. Entonces los pueblos comarcanos aumentaban sus sacrificios para aplacar a las divinidades infernales; pero las únicas víctimas que esas crueles divinidades se complacían en inmolar por medio de un funesto contagio, eran por lo común hombres en la flor de la edad o en su más temprana juventud. Allí fue donde Telémaco se propuso descubrir el camino de la morada oscura de Plutón. Minerva, que velaba por él constantemente y le protegía con su égida, le había procurado el favor de este dios. El mismo Júpiter a ruegos de Minerva, y por conducto de Mercurio, que todos los días baja a los infiernos a entregar a Caron cierto número de

muertos, había mandado decir al rey de las sombras que dejara entrar en su imperio al hijo de Ulises.

Telémaco se sustrae del campo durante la noche, camina con la claridad de la luna e invoca esta poderosa deidad, que siendo en el cielo el astro resplandeciente de la noche, y en la tierra la casta Diana, es en los infiernos la formidable Hécate. Acogió propicia esta divinidad sus votos, porque su corazón era puro, y le llevaba el amor piadoso que debe un hijo a su padre. Apenas se acercó a la entrada de la caverna, sintió mugir el imperio subterráneo. Temblaba la tierra bajo sus pies; el cielo se armó de rayos y centellas que parecía que caían sobre la tierra. El hijo de Ulises se conmovió; cubriósele todo el cuerpo de helado sudor; pero su valor le sostuvo: alzó los ojos y las manos al cielo. Y exclamó: Excelsos dioses, yo acepto estos presagios que tengo por felices; acabad vuestra obra. Dijo, y acelerando el paso, se presenta con denuedo.

Al punto se disipó el humo espeso que hacía tan funesta para todos los animales la entrada de la caverna: el olor pestilente cesó un rato. Telémaco entró solo; porque ¿qué mortal se hubiera atrevido a seguirle? Dos Cretenses que le habían acompañado hasta cierta distancia de la caverna, y a los cuales

había confiado su designio, se quedaron temblando y medio muertos en un templo harto lejos, haciendo votos al cielo, sin esperar volver a ver a Telémaco.

En tanto el hijo de Ulises, con la espada en la mano, penetra por aquellas horrorosas tinieblas. No tarda en distinguir un reflejo débil y siniestro, como el que se ve durante la noche en la tierra: divisa las ligeras sombras que vuelan alrededor suyo, y las aparta con la espada: luego descubre las tristes márgenes del pantanoso río, cuyas aguas encenagadas y muertas no hacen más que revolverse. En la orilla encuentra a una multitud innumerable de muertos privados de sepultura, que se presentan en vano al desapiadado Caron. Este dios, cuya vejez eterna es siempre melancólica y enojosa, si bien vigorosísima, las amenaza, las repele, y recibe en su barca sin demora al joven Griego. Al entrar, Telémaco oye los gemidos de una sombra que no tenía consuelo.

¿Cuál es, le dijo, vuestra desgracia? ¿quién erais en la tierra? La sombra le respondió: Yo era Nabofarzanes, rey de la soberbia Babilonia: todos los pueblos de Oriente temblaban al ruido solo de mi nombre: hacía que me adorasen los Babilonios en un templo de mármol en donde estaba representado por una estatua de oro, ante la cual quemaban día y

noche los más ricos perfumes de Etiopía: nadie se atrevió jamás a contradecirme sin ser al punto castigado: se inventaban todos los días nuevos placeres para hacerme la vida más deliciosa. Todavía era yo joven y robusto; ¡ay de mí! ¡cuanta prosperidad no me quedaba que disfrutar aun en el trono! pero una mujer a quien amaba, sin ser amado de ella, me ha hecho conocer que yo no era dios: me ha envenenado, y ya nada soy. Ayer se depositaron con pompa mis cenizas en una urna de oro; hubo llanto; se mesaron los cabellos; se aparentó quererse arrojar a las llamas de mi hoguera para ir conmigo: todavía van a gemir al pie del soberbio sepulcro en donde yacen mis cenizas; pero nadie siente mi muerte, mi memoria es aborrecida hasta de mi misma familia, y aquí abajo padezco desde ahora tratamientos horribles.

Telémaco, enternecido con aquel espectáculo, le dijo: ¿Erais verdaderamente feliz durante vuestro reinado? ¿gozabais de esa dulce paz sin la cual se queda oprimido y lánguido el corazón en medio de los deleites? No, respondió el Babilonio; ni aun entiendo lo que queréis decir. Los sabios ponderan esa paz como el único bien; por mi parte, nunca la he sentido: mi corazón estaba agitado continuamente

por nuevos deseos, por el temor y la esperanza. Procuraba aturdirme a mí mismo con el trastorno de mis pasiones: cuidábame mucho de alimentar aquella embriaguez para que jamás se acabara, porque el intervalo más corto de razón tranquila me habría sido demasiado amargo. He ahí la paz de que yo he gozado; cualquiera otra se me antoja fábula y ensueño: he ahí los bienes cuya pérdida me aflige.

Lloraba el Babilonio, hablando así, como un cobarde estragado por la prosperidad, y que no ha tenido costumbre de soportar el infortunio. A su lado tenía varios esclavos que habían sido sacrificados para aumentar la pompa de sus exequias. Mercurio se los había entregado a Caron con su rey dándoles a ellos un poder absoluto sobre aquel mismo rey a quien habían servido en la tierra. Sus sombras no temían a la sombra de Nabofarzanes; sujetábanla con cadenas, y le hacían las más crueles indignidades. Una le decía: ¿No éramos nosotros hombres como tú? ¿Cómo llevabas la insensatez hasta creerte un dios? ¿ay no te debías haber acordado de que eras de la especie de los demás hombres? Otro decía para insultarle: razón tenías de no querer que te miraran como a hombre, porque eras un monstruo sin humanidad. Decíale otro: Y pues ¿en dónde están

ahora tus aduladores? Ya no tienes que dar miserable, ya no puedes hacer daño: hete aquí convertido en esclavo de tus esclavos mismos: los dioses tardan en castigar, pero al fin castigan.

A tan duras palabras, Nabofarzanes se arrojaba de cara al suelo, arrancándose los cabellos en un acceso de rabia y desesperación. Más Caron decía a los esclavos: Tiradlo de la cadena; levantadle a su despecho: no ha de tener siquiera el consuelo de ocultar su vergüenza, es menester que la vean las sombras todas de la Estigia, para que aparezca la justicia de los dioses, que han permitido tanto tiempo que ese impío reinara en el mundo. Esto aun no es, o Babilonio, sino el principio de tus tormentos; prepárate a ser juzgado por el inflexible Minos, juez de los infiernos.

Con el discurso del terrible Caron, estaba ya la barca tocando a la orilla del imperio de Plutón: todas las sombras corrían a ver al mortal que en la barca aparecía vivo entre los muertos; pero en cuanto Telémaco pisó la ribera, huyeron todas, como las tinieblas de la noche que los primeros crepúsculos ahuyentan. Caron, poniendo al joven Griego una frente menos ceñuda y ojos menos torvos de lo que muestra habitualmente, le dijo: Mortal

amado de los dioses, pues te es dado entrar en el reino de la noche, inaccesible a los demás vivientes, apresúrate a ir adonde los hados te llaman: ve por ese oscuro camino al palacio de Plutón que hallarás en su trono, y te permitirá que entres en los lugares cuyo secreto me está vedado revelarte.

Al instante Telémaco se adelanta con pasos presurosos ve por todas partes volar las sombras, más numerosas que los granos de arena que cubren las orillas del mar, y en medio de la agitación de aquella multitud infinita, se siente penetrado de un horror santo, al notar el silencio profundo de tan vastas regiones. El cabello se le eriza cuando llega a la negra morada del desapiadado Plutón; siente que le flaquean las rodillas; le falta la voz, y apenas puede pronunciar estas palabras dirigidas al dios: Estáis viendo, o terrible divinidad, al hijo del malhadado Ulises, vengo a preguntaros si mi padre ha descendido a vuestra imperio, o si todavía está errante sobre la tierra.

Plutón estaba en un trono de ébano: su rostro era pálido y severo, sus ojos hundidos y centellantes, su frente ceñuda y amenazadora. Érale odiosa la vista de un hombre vivo, del mismo modo que es ofensiva la luz para los ojos de los animales que no

acostumbran a salir de sus guaridas sino durante la noche. A su lado tenía su asiento Proserpina, que era la que únicamente atraía sus miradas, y al parecer dulcificaba un poco su corazón: gozaba la diosa de una juventud siempre florida; pero parecía que a sus gracias divinas se le había pegado algo de la dureza y crueldad de su esposo.

Al pie del trono yacía la Muerte amarilla y voraz con su cortante guadaña, que no paraba de afilar. Rodeábanla los negros Cuidados; las Desconfianzas crueles; las Venganzas destilando sangre y cubiertas de heridas; los Odios injustos, la Avaricia, que se roe a sí misma, la Desesperación despedazándose con sus propias manos; la furiosa Ambición, que todo lo trastorna; la Traición, que quiere alimentarse de sangre, sin poder gozar de los males que causa; la Envidia, que vierte su mortal veneno alrededor de sí, y que se convierte en rabia, cuando no puede hacer daño; la Impiedad, que se abre el insondable abismo en donde se precipita sin esperanza; los espectros horribles, las fantasmas que representan a los muertos para asustar a los vivos; los sueños espantosos; los insomnios, tan crueles como los ensueños tristes: todas esas imágenes funestas cerca-

ban al soberbio Plutón, y llenaban el alcázar que habita.

Respondió a Telémaco en voz baja, gimiendo las hondas entrañas del Erebo a su voz: Joven mortal, los halados te han hecho violar este sagrado asilo de las sombras: sigue tu alto destino: yo no te diré en donde está tu padre; basta que puedas buscarle. Supuesto que ha sido rey en la tierra, no tienes más que recorrer por un lado el negro Tártaro, en donde los malos reyes son castigados, y por otro los Campos Elíseos, en donde los buenos son recompensados. Pero no puedes ir desde aquí a los Campos Elíseos sino pasando por el Tártaro: apresúrate a ir allá, y a salir de mi imperio.

Telémaco parece que vuela al instante en aquellos espacios vacíos e inmensos: tan tarde se le hacía el ver a su padre, y alejarse de la horrorosa presencia del tirano temido de los vivos y los muertos. Pronto ve cerca el negro Tártaro, de donde salía un humo negro y espeso cuyo hedor pestilente mataría a los vivientes, si se percibiera en su morada: el humo cubría un río de fuego y torbellinos de llamas, cuyo estruendo, semejante al de los más impetuosos torrentes cuando se despeñan desde las altas rocas al

fondo de los abismos, hacía que no se distinguiera lo que se oía en aquellos tristes lugares.

Telémaco, animado interiormente por Minerva, entra sin temor en el volcán. Lo que primero ve es una multitud de hombres que habían vivido en las más humildes condiciones, y que eran castigados por haber buscado las riquezas con fraudes, alevosías y crueldades. Allí distinguió a muchos hipócritas impíos, que con la mascara de amor a la religión, se habían servido de ella como de un buen pretexto para satisfacer su ambición, burlándose de los crédulos: los que así habían abusado de la virtud misma, si bien es el mayor don de los dioses, eran castigados como los más perversos de todos los hombres. Los hijos que habían degollado a sus padres, las esposas que se habían teñido las manos con la sangre de sus esposos, los traidores que habían entregado su patria al enemigo, violando todos los juramentos, padecían penas menos crueles que aquellos hipócritas. Los tres jueces de los infiernos lo habían dispuesto de esa manera, y he aquí sus razones: porque semejantes hipócritas no se contentan con ser malos como los demás impíos, sino que además quieren pasar por buenos, y con su mentida virtud son cansa de que los hombres no se

atrevan a fiarse de la verdadera. Los dioses, de quienes se han burlado, y a quienes han atraído el desprecio de los hombres, se complacen en emplear todo su poder para vengarse de tal insulto.

Cerca de esos había otros hombres no tenidos del vulgo por culpados, y perseguidos sin piedad por la divina venganza, a saber: los ingratos, los mentirosos, los aduladores que han alabado el vicio, los críticos malignos que han procurado mancillar la virtud más pura; en fin, los que han juzgado temerariamente de las cosas por las apariencias, y han perjudicado de ese modo a la reputación de los inocentes.

Pero de todas las ingratitudes la castigada como la más negra era la que se comete con los dioses. ¡Pues qué! decía Minos ¡pasa por un monstruo quien niega el agradecimiento a un padre o a un amigo que le ha hecho algunos beneficios, y se tiene a gloria el ser ingrato... los dioses, de quienes se recibe la vida y cuantos bienes encierra! ¿No se les debe el nacimiento más que al padre y a la madre de quien se nace? Cuanto más fácilmente se quedan impunes o se disculpan los crímenes en la tierra, tanto más implacable es los infiernos la venganza de que son objeto y de que nada se escapa.

Al ver Telémaco a los tres jueces sentados y condenando a un hombre, se atrevió a preguntar cuales eran sus crímenes. Tomando inmediatamente la palabra el condenado, exclamó: Yo nunca he hecho mal, antes he puesto mi delicia en hacer bien; he sido espléndido, liberal, justo, compasivo: ¿de qué se me puede reconvenir? A eso le respondió Minos: De nada se te reconviene con respecto a los hombres; pero con respecto a los dioses, ¿no debías tú menos a los hombres que a ellos? ¿Qué justicia es esa de que te jactas? No has faltado a deber alguno hacia los hombres, que nada son. Has sido virtuoso pero has referido a ti mismo toda la virtud, y no a los dioses, que te la habían dado; porque le querías gozar en tu propia virtud, y encerrarte en ti solo: tu has sido tu divinidad, mas los dioses, que lo han hecho todo, y nada han hecho sino para sí mismos, no pueden renunciar sus derechos: tú los has olvidado, ellos te olvidarán, te abandonaran a ti mismo, supuesto que has querido ser tuyo y no suyo. Busca ahora, si te es posible, consuelo en tu corazón. Hete para siempre apartado de los hombres, a quienes te has afanado en agradar: hete a solas contigo que eras tu ídolo, sabe que no hay verdadera virtud a la veneración y el amor de los dioses, a quienes todo

es debido. Tu falsa virtud, que ha deslumbrado por tanto tiempo a los hombres fáciles de engañar, va a ser confundida. Los hombres, no juzgando los vicios y las virtudes sino por lo que les llama la atención o les acomoda, son ciegos para lo bueno como para lo malo: aquí se trastornan sus livianos juicios a la luz de la divinidad, que suele condenar lo que ellos admiran, y aprobar lo que condenan.

A esas palabras, el filósofo, como herido del rayo, sintió que no se podía sufrir a sí mismo. La complacencia con que en otro tiempo había contemplado su moderación, valor e inclinaciones generosas, se convierte en despecho. La vista de su propio corazón, enemigo de los dioses, se le vuelve un suplicio; se ve y no puede cesar de verse: ve la vanidad de los juicios humanos, no habiendo querido jamás sino agradar a los hombres: todo su interior se cambia como si le hubieran revuelto las entrañas; no se encuentra a sí mismo: le falla en el ánimo todo apoyo; la conciencia, cuyo testimonio le había sido tan dulce, se alza contra él y le acusa amargamente del extravío e ilusión de todas sus virtudes, que no habían tenido a la divinidad por principio y fin: esta turbado, consternado, lleno de vergüenza, de remordimientos y de desesperación.

Las furias no le atormentan, porque les basta el haberle entregado a sí propio, y que su mismo corazón vengue a los dioses menospreciados. Busca los lugares más lóbregos para ocultarse a los otros muertos, ya que no se puede ocultar a sí mismo: busca las tinieblas, y no las puede hallar; una luz importuna lo persigue en todas partes; en donde quiera van los rayos penetrantes de la verdad a vengar la verdad que él no se había cuidado de seguir. Este odioso cuanto había amado, como fuente de los males que padece y no pueden acabarse jamás. Dice entre sí: ¡O insensato! ¡con que yo no he conocido a los dioses, ni a los hombres, ni a mí! no, nada he conocido, pues nunca he amado el bien único y verdadero: mis pasos todos han sido extravíos; mi sabiduría no era mas que demencia; mi virtud no era sino impío y ciego orgullo: yo mismo era mi ídolo.

En fin, Telémaco divisó a los reyes que estaban condenados por haber abusado de su poder. Por una parte una furia vengadora les ponía delante un espejo que les mostraba la deformidad de sus vicios: allí veían sin poder evitarlo, su vanidad grosera y ansiosa de los más ridículos encomios, su dureza con los hombres a quienes debieron haber hecho felices, su insensibilidad para la virtud, su temor de

oír la verdad, su inclinación a los hombres viles y aduladores, su falta de aplicación, su molicie, su indolencia, su desconfianza desacertada, su fausto y desmesurada magnificencia a expensas de la ruina de los pueblos, su ambición de comprar con la sangre de sus súbditos un poco de vanagloria, por último su crueldad que busca diariamente nuevas delicias entre las lágrimas y la desesperación de tantos desdichados. En ese espejo se veían continuamente, y se parecían más horribles y monstruosos que la Quimera vencida por Belerofonte la hidra de Lerna muerta por Hércules, y aun más que el mismo Cerbero vomitando por sus tres bocas siempre abiertas una sangre negra y ponzoñosa capaz de infectar a todos los mortales que viven sobre la tierra.

Al mismo tiempo, estaba al lado opuesto otra furia, repitiéndoles con mofa todas las alabanzas que durante su vida les habían dado los aduladores, y les presentaba otro espejo, en donde se veían como los había pintado la lisonja: el contraste de esas dos pinturas tan opuestas era el suplicio de su vanidad. Notábase que los más perversos de aquellos reyes eran los que habían recibido los elogios más pomposos durante su vida, porque los malvados son

más temidos que los buenos, y requieren pudor las bajas adulaciones de los poetas y oradores de su tiempo.

En aquellas profundas tinieblas, en donde no pueden ver sino los insultos y escarnios que tienen que sufrir, se les oye lamentarse: nada hay a su alrededor que no los repela, que no les contradiga, que no los confunda. Del mismo modo que en la tierra se burlaban de la vida de los hombres, y pretendían que todo había sido creado para servirles, en el Tártaro están sujetos a todos los caprichos de ciertos esclavos que a su vez les hacen sentir una servidumbre cruel: sirven con dolor, y sin esperanza alguna de que jamás se pueda mitigar su cautiverio: están condenados a recibir los golpes de esos esclavos convertidos en sus desapiadados tiranos, como un yunque recibe los golpes de los martillos de los cíclopes, cuando Vulcano les da a trabajar en las fraguas del monte Etna.

Allí vio Telémaco semblantes pálidos, espantosos y consternados. Una negra melancolía devora a esos criminales, que se causan a sí mismos horror, siéndoles tan imposible el sacudirle como el desprenderse de su propia naturaleza. Para castigo de sus faltas no necesitan mas que esas mismas faltas:

venlas de continuo con toda su enormidad; preséntaseles como espectros horribles, y los persiguen. Para redimirse de ellas, buscan una muerte más poderosa que la que los ha separado de sus cuerpos. En la desesperación en que se encuentran, invocan otra muerte que pueda extinguir todo sentimiento, toda razón: piden a los abismos que los traguen para sustraerse a los rayos vengadores de la verdad que los acosa; pero están destinados a la venganza que ha de caer sobre ellos gota a gota, y que no se acabará jamás. La verdad que temían ver, es su suplicio; la ven, y no tienen ojos sino para verla levantarse contra ellos; su vista los atraviesa, los desgarra, los arranca de sí propios: semejante al rayo, sin destruir cosa alguna por fuera, penetra hasta lo más hondo de las entrañas. Como el metal en la ardiente fragua, así se funde el alma con este fuego vengador, que no deja consistencia alguna y nada consume: disuelve hasta los principios de la vida, y no es posible morir. Se siente uno arrancar de sí mismo, y no se encuentra un instante solo de apoyo ni descanso, viviendo únicamente por la rabia que se tiene contra sí, y por la pérdida de toda esperanza que hace delirar.

Entre aquellos objetos, que le hacían erizársele los cabellos, vio Telémaco a muchos de los antiguos reyes de Lidia, que estaban condenados por haber preferido las delicias de una vida de molicie a la laboriosidad, que debe ser inseparable de la corona para alivio de los pueblos. Echábanse en cara unos a otros su crueldad. Tal decía al que había sido su hijo: ¿No os había encomendado yo muchas veces en mi vejez y antes de mi muerte la reparación de los males que con mi negligencia había causado? El hijo respondía: ¡O padre desdichado vos sois quien me ha perdido! ¡vuestro ejemplo lo que me ha arrastrado al fausto, a la soberbia, a la voluptuosidad, a la dureza con los hombres! Viéndoos reinar con tanta indolencia, y rodeado de viles aduladores, me fui acostumbrando a la adulación y al deleite. Yo creía que los demás hombres con respecto a los reyes eran lo que son los caballos y las acémilas con respecto a los hombres, es decir, animales de que no se hace caso sino cuando se necesitan o sirven de comodidad. Creíalo yo; vos sois quien me lo había hecho creer, y ahora padezco tantos tormentos por haberos imitado. A esos cargos añadían las maldiciones más horribles, y tal era la exaltación de su rabia que parecía que se iban a despedazar.

En torno de aquellos reyes andaban revoloteando además, como búhos por la noche, las crueles sospechas, los sustos infundados, las desconfianzas que vengan a los pueblos de la dureza de sus reyes, la insaciable Voracidad de riquezas, la falsa Gloria siempre tiránica, y la floja Indolencia que acrecienta todos los males que se padecen, sin proporcionar jamás placeres duraderos.

Veíase a muchos de esos reyes severamente castigados, no por haber hecho mal, sino por no haber hecho todo el bien que habrían debido hacer. Todos los crímenes de los pueblos que vienen de la negligencia en obligarlos a observar las leyes, se imputaban a los reyes, que no deben reinar más que para que reinen las leyes por su ministerio. Imputábanseles también cuantos desordenes nacen del fausto, del lujo y de todos los demás excesos que ponen a los hombres en un estado violento y en la tentación de hollar las leyes para medrar. Sobre todo los reyes que con más rigor se veían tratados, eran los que en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de sus pueblos, no habían pensado sino en destrozar el rebaño como voraces lobos.

Pero lo que más consternó a Telémaco fue el descubrir en aquel abismo de tinieblas y tormentos

a un crecido número de reyes, que en el mundo habían pasado por bastante buenos: estos habían sido condenados a las penas de Tártaro, por haberse dejado gobernar por hombres perversos y artificiosos. Castigábase en ellos el mal que habían permitido hacer a nombre de su autoridad. La mayor parte de tales reyes no habían sido malos ni buenos, tanta era su debilidad: nunca habían temido no conocer la verdad, ni tenido inclinación a la virtud, ni puesto su deleite en hacer bien.

LIBRO XIX

Telémaco entra en los Campos Elíseos, en donde le reconoce Arcesio su bisabuelo, que le asegura que Ulises vive, que le verá en Itaca y que le sucederá en el reino. Arcesio le pinta la bienaventuranza de que goza o los justos, sobre todo los buenos reyes que durante su vida sirvieron a los dioses e hicieron felices a sus pueblos, le llama la atención, para que advierta como están en lugar separado y son menos dichosos los héroes que solo descollaron en la guerra, y le da consejos, después de lo cual Telémaco se retira apresurándose a ganar el campamento de los aliados.

Apenas hubo salido Telémaco de aquellos lugares, sintió consuelo que se le aligeraba el corazón, como si le hubieran quitado de encima una montaña, y conoció por sí mismo de todo el horror de los tormentos de los que allí estaban encerrados sin es-

peranza de salir jamás. Habíale espantado el ver con cuanto más rigor eran castigados los reyes que los demás criminales. ¡Pues qué! decía, ¡tantas obligaciones, tantos peligros, tantas asechanzas, tantas dificultades para conocer la verdad y defenderse de los otros y de sí mismo, y al cabo tantos tormentos horribles en los infiernos, después de una vida corta y tan llena de turbación, de envidia, de contradicciones! ¡O insensato quien apetece reinar! ¡Dichoso el que se reduce a una condición privada y apacible, en la cual le es menos difícil la virtud!

Con tales reflexiones estaba perturbado en su interior se estremeció, y cayó en un estado de abatimiento que le hizo experimentar algo de la desesperación de los desventurados que acababa de contemplar, más conforme se alejaba de la triste mansión de las tinieblas, del horror y de la desesperación, iba recobrando poco a poco su valor: respiraba, y ya columbraba a lo lejos la dulce y pura luz de la morada de los héroes.

En aquel lugar habitaban todos los buenos reyes que hasta entonces habían gobernado a los hombres sabiamente, estaban separados de los demás justos. Como los malos príncipes padecían en el Tártaro suplicios más rigorosos que los otros condenados

de condición privada, así los buenos reyes gozaban en los Campos Elíseos de mayor bienaventuranza que los demás hombres que habían amado la virtud sobre la tierra.

Telémaco se adelantó hacia esos reyes, que estaban en bosquecillos fragantes alfombrados de céspedes siempre frescos y floridos: regaba tan amenos sitios el raudal cristalino de mil arroyuelos que esparcían una frescura deliciosa, innumerables avecillas hacían resonar aquellas enramadas con sus cantos suaves. Se veían las flores de la primavera que nacían de las huellas mismas, juntas con los más opimos frutos del otoño que colgaban de los árboles. Allí nunca se sintieron los ardores de la furiosa canícula: allí nunca osaron soplar ni hacer sentir el rigoroso invierno los negros aquitones. Ni la Guerra sedienta de sangre, ni la Envidia cruel que muerde con diente venenoso y lleva víboras enroscadas en el seno y los brazos, ni los celos, ni el Temor, ni los varios deseos, se acercan jamás a aquella venturosa morada de la paz. En ella nunca se acaba el día, y es desconocida la noche con su lóbrego velo: la luz más dulce y pura inunda el cuerpo de aquellos justos, y los rodea como si los vistiera de sus rayos. Esa luz no se asemeja a la luz opaca que alumbra los

ojos de los míseros mortales, y que no es sino tinieblas; más que luz es gloria celestial: penetra con mayor sutileza los cuerpos más espesos que los rayos del sol el más puro cristal: no deslumbra, antes bien fortifica los ojos, y derrama en lo interior del alma cierta serenidad, de ella sola se alimentan los bienaventurados: sale de ellos y en ellos entra, penetrándolos y fundiéndose en su esencia como los alimentos se asimilan con nosotros. Ellos la ven, la sienten, la respiran, siéndoles un manantial inagotable de paz y de contento, y hallándose sumergidos en ese piélago de delicias como los peces en el mar nada quieren; poséenlo todo sin tener cosa alguna, porque ese gozo de luz pura satisface el anhelo del corazón: todos sus deseos están cumplidos, y su plenitud los eleva sobre cuanto los hombres ávidos y hambrientos codician en la tierra: de nada les sirven todos los deleites que los cercan porque el colmo de su felicidad, que viene de lo interior, no les deja sentimiento alguno para lo que de delicioso ven fuera de sí: están como los dioses, que, hartos de néctar y ambrosía, no se dignarían alimentarse con los groseros manjares que se les presentaran en la mesa más exquisitas de los mortales. Todos los males huyen lejos de aquellos sitios tranquilos: la

muerte, las enfermedades, la pobreza, el dolor, los pesares, los remordimientos, los temores, hasta las esperanzas que a veces cuestan tantas penas como los temores, las discordias, los disgustos, los enojos, no pueden tener allí entrada.

Aunque las altas montañas de Tracia, cuyas cimas, cubiertas de nieves y hielos desde el principio del mundo, rasgan las nubes, fueran arrancadas de sus cimientos asidos al centro de la tierra, ni aun se conmovería el corazón de aquellos justos: sólo se compadecen de las miserias que agobian a los hombres mientras viven en el mundo; pero esa compasión es dulce y apacible, y en nada menoscaba su inalterable felicidad. Juventud eterna, felicidad sin fin, gloria enteramente divina, he ahí lo que se pinta en sus semblantes; pero su alegría esta exenta de toda liviandad e indecencia; es una alegría dulce, noble, llena de majestad; es un gusto sublime de la verdad y de la virtud, que los enajena: todos los instantes sin interrupción los pasan en el mismo arrobamiento de corazón en que está una madre al volver a ver al hijo querido que había creído muerto; y esa alegría, que no tarda en disiparse para la madre, jamás huye del corazón de aquellos hombres; jamás se amortigua un momento; para ellos

siempre es nueva, disfrutando, como disfrutan, de todo el alborozo de la embriaguez, sin participar de su trastorno y ofuscamiento.

Es su entretenimiento hablar entre sí de lo que ven y de lo que gozan: desprecian las blandas delicias e ilusorias grandezas de su pasada condición que deploran; recuerdan, con placer los tristes si bien ligeros años en que tuvieron que luchar, para ser buenos, consigo y con el torrente de los hombres corrompidos; admiran el favor de los dioses que los han conducido como de la mano hacia la virtud por medio de tantos peligros. Su corazón se halla continuamente inundado de no sé qué de divino que como un destello de la misma dignidad se une a ellos: ven, disfrutan su bienaventuranza, y conocen que es eterna. Cantando las alabanzas de los dioses, no forman sino una sola voz, un pensamiento solo, un solo corazón: la misma felicidad produce como un flujo y reflujo en aquellas almas unidas.

En ese arrobamiento divino pasan los siglos con más rapidez que entre los mortales las horas, y sin embargo millares de siglos pasados no menoscaban su felicidad siempre nueva y siempre cabal. Todos reinan juntos, no en tronos que la mano del hombre

pueda derribar, sino en el de sus propias almas con inmutable poderío; porque no han menester de ser temibles con el poder prestado de un pueblo vil y, miserable. Ya no llevan esas falsas diademas cuyo esplendor oculta tantos temores y negros desvelos, los dioses mismos los han coronado con sus manos, y sus coronas son inmarcesibles.

Telémaco, que buscaba a su padre con temor, de hallarle en aquellos hermosos lugares, quedó tan extasiado con el gusto de paz y felicidad que inspiraban, que le hubiera querido encontrar, y le afligía por su parte el tener que volver en seguida a la sociedad de los mortales. Aquí es, decía, donde está la verdadera vida; nuestra existencia es una muerte. Pero lo que le dejaba atónito era haber visto castigados en el Tártaro tantos reyes, y ver tan pocos en los Campos Elíseos, y conocía que hay pocos reyes con bastante firmeza y valor para resistirse a su propio poder, y rechazar la adulación de tantas personas como excitan todas sus pasiones. Así son rarísimos los buenos reyes, y tan perversos los más, que los dioses no serían justos, si, habiéndoles permitido abusar de su poder durante la vida, no los castigaran después de la muerte.

Telémaco, no viendo a su padre Ulises entre aquellos reyes, buscó al divino Laertes, su abuelo, mirando por todas partes. Mientras le buscaba inútilmente, se le acercó a anciano venerable y lleno de majestad. Su vejez no se parecía a la de los hombres que el peso de los años agobia sobre la tierra: solamente se veía que había llegado a ser viejo antes de morir; era una mezcla de cuanto de grave tiene la vejez con todas las gracias de la juventud. Porque las gracias renacen en los ancianos más decrépitos al punto que entran en los Campos Elíseos. Aquel hombre se adelantaba con empeño, y miraba a Telémaco lleno de complacencia como a quien mucho amaba. Telémaco, que no le reconocía, estaba con inquietud y duda.

Te perdono, querido hijo mío, le dijo el anciano, que no me reconozcas. Yo soy Arcesio, padre de Laertes. Antes que Ulises mi nieto partiera para ir al sitio de Troya, había yo acabado mis días: tú eras entonces una criatura en brazos de la nodriza, y desde entonces ya había concebido yo de ti grandes esperanzas, que no me engañaron, pues veo que has descendido al reino de Plutón para buscar a tu padre, y que los dioses te protegen en esta hazaña. ¡O mancebo feliz, los dioses te aman y te preparan glo-

ria igual a la de tu padre! ¡O feliz también yo que te vuelvo a ver! No busques más a Ulises en estos lugares, porque todavía vive, y está reservado para levantar nuestra casa en la isla de Itaca, Laertes mismo, aunque agobiado por el peso de los años, goza aún de la vida y aguarda que su hijo vuelva a cerrarle los ojos. Así pasan los hombres como las flores, que se abren por la mañana, y a la tarde se ven marchitas y holladas. Las generaciones de la especie humana corren como las ondas de un raudo río; nada puede parar al tiempo, que arrastra en pos de sí lo que parece más inmóvil. Tú mismo, hijo mío, mi querido hijo, tú mismo que ahora gozas de una juventud tan lozana y tan fecunda en placeres, verás, tenlo presente, que esa hermosa edad no es sino una flor que se seca apenas se abre; veráste mudado insensiblemente: las risueñas gracias, los dulces deleites que te acompañan, la fuerza, la salud, la alegría se desvanecerán como un bello ensueño, de que no nos quedará mas que una tristísima memoria: vendrá la vejez lánguida y morosa que te arrugará el rostro, te encorvara el cuerpo, te debilitara los miembros, secarán tu corazón la fuente del placer, te hará lo presente enojoso, tremendo lo ve-

nidero, y te volverá insensible a todo menos al dolor.

Parécete remoto ese tiempo: ¡ay! ¡cómo te engañas, hijo mío! ese tiempo vuela, mírale como llega: lo que viene con tanta presa no dista mucho de ti, y el momento presente que huye está ya bien lejos, pues se aniquila cuando aun no hemos acabado de decirlo, y es imposible adelantarle. Nunca pues cuentes, hijo mío, con lo presente; sino procura mantenerte en la senda difícil y áspera de la virtud con los ojos puestos en lo futuro. Prepárate, por medio de costumbres puras y amor a la justicia, lugar en la morada de la paz.

Pronto volverás a ver al fin a tu padre, que recobrará la autoridad en Itaca. Tú has nacido para reinar después de él; pero ¡ay! hijo mío, ¡cuan falaz es la regia condición mirada de lejos, no se ve sino grandeza, esplendor y delicias; pero de cerca todo espinoso. Puede un particular sin desdoro entregarse a una vida dulce y oscura. Un rey no puede sin deshonrarse preferir las dulzuras y el ocio a las penosas funciones del gobierno: siendo de todos los que gobierna, no le es lícito ser suyo: sus más ligeras faltas son de infinita consecuencia, porque causan la desgracia de los pueblos, y algunas veces para mu-

chos siglos: debe reprimir la audacia de los malvados, defender la inocencia, disipar la calumnia. No le hasta no hacer mal alguno: es menester que haga todo el bien posible que el estado necesita. No es suficiente que haga bien por sí, ha de impedir también el mal que otros harían, si no se les contuviera. Teme pues, hijo mío, teme una condición tan peligrosa; ármate de valor contra ti mismo, contra tus pasiones y contra los aduladores.

Al decir tales palabras, parecía Arcesio animado de un fuego divino, y mostraba a Telémaco un semblante lleno de compasión por los males que acompañan a la dignidad real. Cuando se toma, decía, para satisfacción propia, es una monstruosa tiranía; cuando se toma para cumplir con sus obligaciones, y dirigir a un pueblo numeroso como dirige un padre a sus hijos, es una esclavitud mortal que exige una valentía y una paciencia heroicas. Por eso disfrutan aquí ciertamente los que han reinado con sincera virtud cuanta la omnipotencia de los dioses puede conceder para completar la bienaventuranza.

Mientras Arcesio hablaba de ese modo, sus palabras penetraban hasta lo más íntimo del corazón de Telémaco, quedándosele grabadas como en el bron-

ce se graban las figuras indelebles que un diestro artífice forma con su buril para que las contemple la más remota posteridad. Esas sabias palabras eran como una llama sutil que se deslizaba por las entrañas del joven de Telémaco, que se sentía conmovido y abrasado, y parecía que un ardor divino le derretía el corazón. Lo que experimentaba en la parte más íntima de sí mismo, le consumía misteriosamente, sin poder contenerlo, ni soportarlo, ni resistir a tan violenta impresiona era un sentimiento vivo y delicioso, mezclado con un dolor capaz de acabar con la vida.

Después empezó Telémaco a respirar con más desahogo. Reconoció entonces en el rostro de Arcesio mucha semejanza con Laertes: aún creía recordar confusamente haber visto en Ulises, su padre, facciones parecidas, cuando Ulises partió para el sitio de Troya. Ese recuerdo le enterneció; saliéronle a los ojos lágrimas dulces, mezcladas con alegría: quiso abrazar a una persona tan amada; pero intentólo en vano muchas veces: la sombra incorpórea se resbalaba de sus brazos como un sueño engañoso se sustrae al hombre que cree tenerle asido, cuando ora con sedienta boca persigue una agua fugitiva, ora agita los labios para formar palabras

que su lengua entumecida no puede articular, alargando las manos con esfuerzo y no pudiendo coger cosa alguna: así Telémaco no logra satisfacer su ternura; ve a Arcesio, le oye, le habla, pero no puede tocarle. Al cabo le pregunta quienes son los hombres que ve alrededor de él.

Aquí ves, hijo mío, le respondió el sabio anciano, a los varones que han sido el ornamento de su siglo, la honra y la felicidad del género humano. Ves a los pocos reyes que han sido dignos de serlo, y que han desempeñado fielmente las funciones de la divinidad en la tierra. Los otros que ves tan cerca de ellos, si bien separados por esa ligera nube, disfrutan de menos gloria: son héroes, a la verdad, pero el galardón de su denuedo y hazañas militares no se puede comparar con el de los reyes sabios, justos y benéficos.

Entre esos héroes ves a Teseo, que tiene el semblante algo triste: ha sentido la desgracia de ser demasiado crédulo con una mujer artificiosa y aún le aflige el haber pedido a Neptuno tan injustamente la muerte cruel de su hijo Hipólito: ¡dichoso él si no hubiera sido, tan pronto y fácil de irritar! Ves también a Aquiles apoyado en su lanza por la herida que le hizo en el talón la mano del cobarde Paris, y

que le arrancó la vida. Si hubiera sido tan prudente, justo y moderado como intrépido era, los dioses le hubieran concedido un largo reinado; pero han tenido piedad de los Ptiotes y de los Dólopes, cuyo rey debía de haber sido naturalmente después de Peleo, y no han querido entregar tantos pueblos al capricho de un hombre impetuoso, más fácil de irritar que la mar más borrascosa. Las parcas han acortado el hilo de sus días, y ha sido como una flor apenas abierta que el hierro del arado siega y que cae antes de acabarse el día en que se ha visto nacer. Los dioses no han querido servirse de él sino como de los torrentes y tempestades, para castigar los crímenes de los hombres; han empleado a Aquiles para derribar los muros de Troya, vengando así el perjurio de Laomedonte, y los culpables amores de Paris. Satisfechos con el servicio de ese instrumento de su cólera, se aplacaron, y negaron al llanto de Tetis el consentir más tiempo en la tierra al joven héroe, que no era capaz sino de turbar a los hombres, de destruir las ciudades y los imperios.

Pero ¿ves a este otro con el semblante feroz? Ese es Ayax, hijo de Telamon: y primo de Aquiles: tú no ignoras sin duda cual haya sido su gloria en los combates. Después de la muerte de Aquiles, pre-

tendió que no podían darse sus armas a otro que a él; tu padre no creyó que se las debiera ceder: los Griegos decidieron en favor de Ulises. Ayax se mató desesperado; en su rostro están pintadas todavía la indignación y la ira. No te acerques a él, hijo mío, no crea que tú quieres insultarle en su infortunio, siendo justo compadecerte: ¿no adviertes como nos mira con pesar, que se interna en aquella sombría espesura, porque le somos odiosos? En este otro lado ves a Héctor, que hubiera sido invencible, si el hijo de Tetis no hubiera estado en el mundo al mismo tiempo. Pero he allí a Agamenon que pasa, y que todavía lleva las señales de la perfidia de Clitemnestra. O hijo mío, me estremezco al pensar en las desgracias de la familia del impío Tántalo. La discordia de los dos hermanos Atreo y Tiestes han llenado su casa de sangre y horror. ¡Ah! ¡cómo acarrea un crimen otros crímenes! Agamenon de vuelta de Troya, donde había estado a la cabeza de los Griegos, no tuvo tiempo de gozar en paz la gloria que había adquirido: tal es el destino de casi todos los conquistadores. Todos esos hombres que tú ves, han sido formidables en la guerra; pero no han sido virtuosos ni dignos de amor, y por lo mismo no es-

tán mas que en la segunda morada, de los Campos Elíseos.

En cuanto a estos, por haber reinado con justicia y amado a sus pueblos, son amigos de los dioses, mientras Aquiles y Agamenon, llenos de sus rencores y batallas, todavía conservan aquí sus penas y defectos naturales. En tanto que lamentan en vano la vida que han perdido, y que se afligen de no ser más que sombras impotentes y vacías, los reyes justos, purificados por la luz divina de que se nutren, nada tienen que desear para su felicidad: miran con lástima las zozobras de los mortales, pareciéndoles como juegos de niños los mayores negocios que agitan a los hombres ambiciosos: sus corazones están saturados de verdad y virtud, que sacan del manantial. No tienen que padecer ni por otros ni por sí: no más deseos, no más necesidades, no más temor: para ellos, excepto la alegría todo se ha acabado.

Contempla, hijo mío, a ese antiguo monarca que fundó el reino de Argos. Tú ves a Inaco en ese anciano tan apacible y majestuoso las flores nacen de sus pasos: su marcha ligera parece el vuelo de un ave: tiene en la mano una lira de marfil y en éxtasis eterno canta las maravillas de los dioses. Del cora-

zón y de la boca exhala una exquisita fragancia la armonía de su voz y de su lira arrebatara a los hombres y a los dioses. Tal es la recompensa de su amor al pueblo que reunió en el ámbito de sus nuevas murallas, al cual dio leyes.

En el otro lado puedes ver entre aquellos mirtos a Cécrope, egipcio, que fue el primero que reinó en Atenas, ciudad consagrada a la sabia diosa de quien tomó el nombre, Cécrope, llevando de Egipto leyes útiles, que han sido en Grecia la fuente de las letras y de las buenas costumbres, suavizó a los naturales feroces de las aldeas de la Ática, y los unió con los lazos de la sociedad. Fue justo, humano, compasivo: dejó a los pueblos en la abundancia, y a su familia en la medianía, no queriendo que sus hijos le sucedieran en la autoridad, porque juzgaba que había otros más dignos de ella.

También necesito mostrarte en ese vallecillo a Ericton que inventó el uso de la moneda, con el fin de facilitar el comercio entre las islas de Grecia; pero previó el inconveniente anejo a esa invención. Aplicaos, decía a todos los pueblos, a multiplicar en vuestro suelo las riquezas naturales, que son las verdaderas: cultivad la tierra, para tener abundancia de trigo, vino, aceite y frutas; tened innumerables ga-

nados que os alimenten con su leche y os cubran con su lana: de ese modo os pondréis en estado de no temer jamás la pobreza. Cuantos más hijos tengáis, tanto más ricos seréis, con tal que les inspiréis la afición al trabajo; porque la tierra es inagotable, y aumenta su fecundidad en proporción del número de sus habitantes que cuidan de cultivarla, a todos paga sus fatigas con liberalidad, y sólo se vuelve avara e ingrata para los que la cultivan con negligencia. Dedicaos pues principalmente a las verdaderas riquezas, que son las que satisfacen las verdaderas necesidades del hombre. En cuanto al dinero, es menester no hacer de él más caso que el que merezca cuando sea necesario, o para las guerras inevitables que han de sostenerse fuera, o para el comercio de las mercancías necesarias que faltan a vuestro país; y aun sería de desear que se dejara desaparecer del comercio todo lo que no sirve más que para fomentar el lujo, la vanidad y la molicie.

El prudente Ericton decía muchas veces: Yo temo, hijos míos, que os he procurado un don funesto con la invención de la moneda. Preveo que excitará la avaricia, la ambición, el fausto; que mantendrá una infinidad de artes que acabaran enervando y corrompiendo las costumbres; que os hará

enojosa la feliz sencillez en que estriban el sosiego y la seguridad de la vida en fin, que os llevará a despreciar la agricultura, que es el fundamento de la vida humana, y el manantial de todos los bienes verdaderos; pero los dioses son testigos de la pureza de mis intenciones al daros una invención útil en sí misma. Por último, cuando Ericton notó que, como lo había previsto, el dinero corrompía los pueblos, se retiró de dolor a una montaña agreste, en donde vivió pobre y lejos de los hombres hasta una vejez extremada, sin querer mezclarse en el gobierno de las ciudades.

Poco tiempo después apareció en Grecia el famoso Triptolemo, a quien Ceres había enseñado el arte de cultivar las tierras, y cubrirlas todos los años de doradas mieses. No dejaban de saber los hombres, que ya conocían el trigo, la manera de multiplicarle sembrándole; pero ignoraban la perfección de la labranza, y Triptolemo, enviado por Ceres, se presentó con el arado, ofreciendo los dones de la diosa a todos los pueblos que tuvieran el valor necesario para vencer su natural pereza, y darse a un trabajo asiduo. No tardó Triptolemo en enseñar a los Griegos a hender la tierra y fertilizarla desgarrándole el seno: no tardaron los segadores en derribar con

infatigable ardor al golpe de sus cortantes hoces las pajizas espigas que cubrían los campos. Los pueblos todavía salvajes, que corrían dispersos acá y allá en los bosques del Epiro y Etolia para alimentarse de bellotas, dulcificaron sus costumbres y se sometieron a leyes, cuando aprendieron a hacer crecer las mieses, y a alimentarse con pan.

Triptolemo hizo sentir a los Griegos el placer que hay en no deber las riquezas sino a su propio trabajo, y en encontrar en su campo todo lo necesario para hacer la vida cómoda y dichosa. La abundancia tan simple, tan inocente, que la agricultura proporciona, les trajo a la memoria los sabios consejos de Ericton: entonces despreciaron el dinero y todas las riquezas artificiales, que no son riquezas sino por la imaginación del hombre, que le incitan a buscar placeres peligrosos, y que le apartan del trabajo, en donde hallaría todos los bienes reales con costumbres puras en amplia libertad. Conocióse pues, que un campo fértil y bien cultivado es el verdadero tesoro de una familia que sabe y quiere vivir frugalmente como sus padres han vivido. ¡Dichosos los Griegos si se hubieran mantenido firmes en estas máximas tan adecuadas a la conservación del poder, de la libertad y de la ventura, de que con ellas

hubieran sido, dignos por medio de una sólida virtud! Pero ¡ay! empiezan a admirar las falsas riquezas, descuidan poco a poco las verdaderas, y van degenerando de esa maravillosa simplicidad.

O hijo mío, tú reinaras; cuando llegue ese día recuerda que es menester traer a los hombres a la agricultura, y honrar esa profesión, procurando aliviar a los que a ella se apliquen, y no permitiendo el ocio ni la ocupación en artes que fomenten el lujo y la molicie. Los dioses aman aquí con predilección a esos dos hombres que han sido tan sabios en la tierra. Advierte, hijo mío, que su gloria supera a la de Aquiles y otros héroes que no han sobresalido mas que en los combates, como la dulce primavera al invierno helado, o como la luz del sol al resplandor de la luna.

Mientras Arcesio hablaba así, observó que Telémaco tenía los ojos fijos en un bosquecillo de laureles, y en un arroyo festoneado de violetas, rosas, lirios y otras muchas flores olorosas, cuyos vivos matices parecían a los de Iris cuando baja del cielo a la tierra para anunciar a algún mortal la voluntad de los dioses. En aquel hermoso sitio estaba el gran Sesostris, a quien conoció Telémaco: parecía mil veces más majestuoso que cuando se sentaba en el

trono de Egipto. Salían de sus ojos rayos de una luz dulce que deslumbraba los de Telémaco. Hubiérase creído, al verle, que estaba embriagado de néctar, tan arrebatado le tenía el espíritu divino sobre la razón humana para recompensar sus virtudes.

Telémaco dijo a Arcesio: Reconozco, padre mío, a Sesostris, al sabio rey de Egipto, a quien no hace mucho he visto allí.

Él es, respondió Arcesio, y tú ves por su ejemplo cuan magníficos son los dioses en recompensar a los buenos reyes; pero debes saber que nada es toda esa felicidad en comparación de la que le estaba destinada y de que gozaría, si la demasiada prosperidad no le hubiese hecho olvidar las reglas de la moderación y la justicia. El empeño de abatir el orgullo e insolencia de los Tirios le llevó a tomar su ciudad. Esta conquista le sugirió el deseo de otras: dejóse deslumbrar de la falsa gloria de los conquistadores, y subyugó, o por mejor decir, devastó el Asia entera. A su vuelta a Egipto, halló que su hermano se había apoderado del cetro, y con su injusto gobierno había alterado las mejores leyes del país. De modo que sus magníficas conquistas sólo le sirvieron para trastornar su propio reino. Lo que empero le hizo más indisculpable fue el haberse

infatuado con su gloria hasta el punto de enganchar a su carro a los más soberbios de los reyes que había vencido. Después, conociendo su falta, se avergonzó de haber sido tan inhumano. Ese fue el fruto de sus victorias. He ahí lo que hacen contra sus estados y en perjuicio propio los conquistadores, por querer usurpar los de sus vecinos. He ahí lo que destrono a un rey en lo demás tan justo y tan benéfico; y eso es lo que disminuye la gloria que los dioses le tenían preparada.

¿No ves a ese otro, hijo mío, cuya herida parece tan brillante? Ese es un rey de Caria, llamado Dioclides, que se sacrificó por su pueblo en una batalla, porque el oráculo había dicho: que en la guerra entre los Carienses y Licios, la nación cuyo rey muriera saldría vencedora.

Contempla a este otro: es un sabio legislador, que habiendo dictado a su pueblo leyes propias para hacerle bueno y feliz, le tomó juramento de no violar jamás ninguna de ellas durante su ausencia: después de lo cual partió, se desterró de su patria, y murió pobre en tierra extraña, para obligar a su pueblo a cumplir el juramento guardando siempre leyes tan provechosas.

Ese otro que ves es Eunesimo, rey de los Pilienses, y uno de los ascendientes del sabio Néstor. En una peste que asolaba la tierra, y cubría de nuevas sombras las orillas del Aqueronte, pidió a los dioses que aplacaran su enojo, redimiendo con su muerte a tantos millares de inocentes. Los dioses acogieron su ruego, y le hicieron encontrar aquí el reinado verdadero, del cual todos los de la tierra no son sino vanas sombras.

El anciano que ves coronado de flores es el famoso Belo, rey de Egipto y esposo de Anquinoe, hija del dios Nilo, que esconde el manantial de sus aguas, y enriquece el suelo que riega con sus inundaciones. Tuvo dos hijos: Danao, cuya historia sabes; y Egipto, que dio su nombre a aquel hermoso país. Belo se creía más rico con la abundancia que procuraba a su pueblo, y con el amor de sus súbditos, que con todos los tributos que hubiera podido imponerles. Esos varones, que tú crees muertos, viven, hijo mío, porque la muerte es la vida que se arrastra miserablemente en la tierra; sólo los nombres están mudados. ¡Plegue a los dioses hacerte tan bueno, que merezcas esta vida bienaventurada que nada puede acabar ni afligir! Date prisa que ya es tiempo, a ir a buscar a tu padre. ¡Ay! ¡cuanta sangre

verás derramar aún antes de encontrarle! Pero ¡cuanta gloria te espera en los campos de la Hesperia! Ten presentes los consejos del sabio Mentor: si los sigues, tu fama será grande en todos los pueblos y por todos los siglos.

Dijo, y al punto condujo a Telémaco hacia la puerta de marfil por donde se puede salir del tenebroso imperio de Plutón. Telémaco, sin poder abrazarle y con las lágrimas en los ojos, se apartó de él, y saliendo de aquellos sombríos lugares, volvió apresuradamente al campamento de los aliados, después de haberse unido en el camino con los jóvenes Cretenses que le habían acompañado hasta la entrada de la caverna, y que no esperaban volverle a ver.

LIBRO XX

Telémaco hace prevalecer en el consejo de los caudillos su dictamen de no sorprender a Venusa, confiada por ambas partes enemigas a la custodia de los de Lucania. Muestra su sabiduría con motivo de dos tránsfugas, de los cuales uno, llamado Acanto, se había propuesto envenenarle, y el otro, llamado Dioscoro, ofrecía a los aliados la cabeza de Adrasto. En la batalla que se traba en seguida, Telémaco lleva la muerte por donde quiera que va para encontrarse con Adrasto, que también le busca, y mata de camino a Pisístrato, hijo de Néstor: sobreviene Filoctetes, y al tiempo que va a herir a Adrasto recibe una herida que le obliga a retirarse del combate. Telémaco acude a los gritos de sus aliados, en quienes Adrasto hace una horrible carnicería, pelea con este enemigo, y le perdona la vida a ciertas condiciones que le impone. Adrasto, habiéndose levantado, quiere sorprender a Telémaco; éste cierra con él de nuevo, y le mata.

Juntáronse entre tanto los caudillos del ejército para deliberar si convendría tomar a Venusa. Era ésta una ciudad fuerte que Adrasto había usurpado a sus vecinos los eucetes de la Apulia, los cuales habían entrado en la liga para pedir la reparación de semejante despojo. Adrasto, para aquietarlos, había puesto la ciudad como en tercería en poder de los Lucanienses; pero tenía ganados con dinero a los de la guarnición y al que la mandaba, de suerte que las de Lucania ejercían realmente menos autoridad que él en Venusa, habiendo sido engañados los de Apulia en el convenio por el cual habían consentido en confiar la custodia de Venusa a una guarnición lucaniense.

Un ciudadano de Venusa, llamado Demofante, había prometido secretamente a los aliados entregarles por la noche una de las puertas de la ciudad. Era tanto mayor la ventaja, cuanto que Adrasto había almacenado todas sus provisiones y pertrechos en un castillo inmediato a Venusa, que no se podía defender, tomada la ciudad. Filoctetes y Néstor habían manifestado ya que les parecía conveniente aprovechar una ocasión tan feliz. Todos los caudillos arrastrados por su autoridad, y alucinados con la

utilidad de tan fácil empresa, aplaudieron esa opinión; pero Telémaco, llegado su turno, se esforzó cuanto pudo para disuadirlos. No ignoro, les dijo, que si jamás existió hombre alguno digno de ser sorprendido y engañado, ése es Adrasto, el que tantas veces ha engañado a todo el mundo. Veo además que, sorprendiendo a Venusa, no haréis más que tomar posesión de una ciudad que os pertenece, pues es de los Apulienses, que son uno de los pueblos de vuestra confederación. Confieso que podríais hacerlo con tanta más apariencia de razón, cuanto que Adrasto, que ha puesto la ciudad en tercería, tiene sobornada la guarnición con su comandante, para entrar cuando le parezca oportuno. En fin, conozco como vosotros que si tomarais a Venusa, al otro día seríais dueños de la fortaleza, en donde están todos los preparativos de guerra que Adrasto ha reunido allí, y que con ese golpe acabaríais en dos días con esta guerra tan formidable. Pero ¿no vale más perecer que triunfar por tales medios? ¿Se ha de repeler el fraude con el fraude? ¿Habrá de decirse que tantos reyes confederados para castigar al impío Adrasto por sus engaños, son engañosos como él? Si no os es lícito hacer lo que Adrasto hace, él no es culpable, y nosotros hacemos

mal en querer castigarle. ¡Qué! ¿La Hesperia entera, sostenida por tantas colonias griegas, y por héroes del sitio de Troya, no tiene otras armas contra la perfidia y los perjurios de Adrasto sino la perfidia y el perjurio?

Habéis jurado, por las cosas más sagradas, que dejaríais a Venusa en depósito entre las manos de los de Lucania. La guarnición lucaniense, decís, esta corrompida por el oro de Adrasto: yo lo creo como vosotros; pero esta guarnición está a sueldo de los de Lucania, no se ha negado a obedecerles, ha conservado, a lo menos en apariencia, la neutralidad. Ni Adrasto ni los suyos han entrado jamás en Venusa: el tratado subsiste; los dioses no han olvidado vuestro juramento. ¿No se guardará la palabra empeñada, sino cuando falten pretextos para violarla? ¿No ha de serse fiel y religioso en los juramentos, sino cuando nada haya que ganar con el quebranto de la fe jurada? Si el amor a la virtud y el temor de los dioses no os mueven, que os muevan a lo menos vuestra reputación e interés. Si dais a los hombres el pernicioso ejemplo de faltar a la palabra y quebrantar los juramentos por acabar con una guerra, ¿qué guerras no excitaréis con esa conducta impía? ¿qué vecino tendréis que no deba temerlo todo de

parte vuestra y detestaros? ¿quién podrá en adelante en los mayores apuros fiarse de vosotros? ¿Que seguridad podréis vosotros dar cuando queráis ser sinceros? ¿será un tratado? Los habéis hollado. ¿Será un juramento? ¡Qué! ¿no se sabrá que no hacéis caso de los dioses cuando aguardáis alguna ventaja del perjurio? La paz para vosotros no tendrá más seguridad que la guerra. Todo lo que venga de vosotros se recibirá como una guerra, o enmascarada, o abierta: seréis enemigos perpetuos de cuantos tengan la desgracia de ser vuestros vecinos: os serán imposibles todas las negociaciones que pides buen nombre, probidad y confianza: no os quedará recurso alguno para que se crea lo que prometáis.

He aquí, añadió Telémaco, otro motivo más poderoso todavía, y que debe llamar vuestra atención, si aun os queda algún sentimiento de probidad, y alguna previsión en provecho vuestro: este motivo es que tan engañoso proceder lastima por dentro vuestra confederación toda y va a arruinarla: vuestro perjurio dará el triunfo a Adrasto.

Conmovida toda la asamblea con esas palabras, le preguntó cómo se atrevía a decir que una acción que iba a dar una victoria cierta a la liga, la podía destruir.

¿Cómo, les respondió, podréis fiaros unos de otros, rara vez rompéis el único lazo de la sociedad y de la confianza, que es la buena fe? Después que hayáis sentado como máxima que se pueden violar las reglas de honradez y de la fidelidad por un gran provecho, ¿cuál de vosotros se fiará de quien también podrá hallar un gran provecho en faltarle a la palabra y en engañarle? ¿Qué situación será la vuestra? ¿Cuál de vosotros no querrá evitar los artificios de su vecino con los suyos? ¿En qué vendrá a parar una liga de tantos pueblos, cuando se conviene entre ellos, por común deliberación, que es lícito sorprender al vecino, y quebrantar la fe empeñada? ¿Cuál no será vuestra mutua desconfianza, vuestra división, vuestro ardor para destruiros unos a otros? Adrasto no necesitará embestiros; os bastaréis para despedazaros, y justificaréis sus alevosías.

O reyes sabios y magnánimos, o vosotros que amaestrados por la experiencia mandáis a innumerables pueblos, no os desdeñéis de escuchar los consejos de un joven. Si cayerais en los más espantosos extremos en que suele la guerra precipitar a los hombres, podríais volveros a levantar con vuestra vigilancia y los esfuerzos de vuestra virtud, porque el verdadero valor nunca se abate. Si empero

rompieseis una vez el valladar del honor y de la buena fe, esa pérdida sería irreparable: ni podríais restablecer la confianza necesaria para el buen éxito de todos los negocios importantes, ni traer de nuevo a los hombres a los principios de la virtud, después de haberles enseñado a despreciarlos. ¿Qué tenéis? ¿No tenéis bastante valor para vencer sin engañar? Vuestra virtud, unida a las fuerzas de tantos pueblos, ¿no os basta? Peleemos; muramos, si es menester, antes que vencer tan indignamente. Adrasto, el impío Adrasto, está en nuestras manos, con tal que nos horrorice el imitar su villanía y mala fe.

Luego que Telémaco hubo acabado su discurso, conoció que la dulce persuasión había pasado desde sus labios hasta lo más íntimo de los corazones. Notó un profundo silencio en la asamblea: pensaban todos, no en él ni en la gracia de sus palabras, sino en la fuerza de la verdad que se sentía en la ilación de su razonamiento: el pasmo se retrataba en los semblantes. Por último se levantó un murmullo sordo que se fue extendiendo poco a poco por la asamblea: mirábanse unos a otros, nadie osaba romper el silencio: aguardaban a que se declararan los caudillos del ejército, y cada cual procuraba,

aunque con trabajo, contener sus sentimientos. Al cabo el grave Néstor prorrumpió en estas palabras:

Digno hijo de Ulises, los dioses os han hecho hablar; y Minerva, que tantas veces ha inspirado a vuestro padre, ha puesto en vuestra mente el consejo sabio y generoso que habéis dado. No miro yo vuestra juventud; solo contemplo a Minerva en cuanto acabáis de decir. Habéis hablado en favor de la virtud: sin ella las mayores ventajas son verdaderas pérdidas; sin ella pronto se acarrea uno la venganza de sus enemigos, la desconfianza de sus aliados, el odio de todos los hombres de bien, y la justa cólera de los dioses. Dejemos pues a Venusa en poder de los de Lucania, y pensemos solamente en vencer a Adrasto con nuestro valor.

Dijo, y toda la asamblea aplaudió sus sabias palabras; pero, mientras aplaudían, fijaban todos la vista con asombro en el hijo de Ulises, y creían ver resplandecer en él la sabiduría de Minerva que le inspiraba.

No tardó en suscitarse otro debate en el consejo de los reyes, en donde no adquirió menos gloria. Adrasto, siempre cruel y alevoso, envió al campamento como tránsfuga a cierto Acanto, con el fin de que envenenara a los caudillos más ilustres del ejér-

cito, y especialmente al joven Telémaco, que era ya el terror de los Daunienses, y a quien llevaba orden de hacer morir, no perdonando para conseguirlo medio alguno. Telémaco, que tenía demasiado valor y pureza para propender a la desconfianza, recibió sin dificultad y con afecto a aquel miserable, que había visto a Ulises en Sicilia y le contaba las aventuras del héroe. Manteníale, y procuraba consolarle en su infortunio; porque Acanto se quejaba de que Adrasto le había engañado y tratado indignamente. Pero eso era alimentar y abrigar en su pecho a una víbora ponzoñosa dispuesta a hacerle una herida mortal.

Sorprendieron a un desertor llamado Arion, que Acanto había enviado a Adrasto para informarle del estado del campo de los aliados, y asegurarle que al otro día envenenaría a los reyes principales y a Telémaco, en un festín que este debía darles. Arion cogido declaró su traición. Sospechóse que estaba de inteligencia con Acanto, porque eran muy amigos; pero Acanto, profundamente disimulado e intrépido, se defendía con tanta maña, que ni le podían convencer ni descubrir el fondo de la conjuración.

Varios de los reyes fueron de parecer de que en la duda se debía sacrificar a Acanto a la seguridad pública. Es menester que muera, decían; la vida de un hombre solo nada vale, cuando se trata de asegurar la de tantos reyes. ¿Qué importa que perezca un inocente, cuando se trata de conservar a los que representan a los dioses en medio de los hombres?

¡Qué máxima inhumana! ¡qué bárbara política! respondió Telémaco. ¡Qué! ¡tan pródigos sois de sangre, humana, o vosotros los que estáis puestos como pastores de los hombres y que no les mandáis sino para defenderlos como un pastor defiende su rebaño! Vosotros sois lobos crueles y no pastores; o por lo menos si lo sois, es para esquilmar y degollar el ganado en lugar de apacentarle según vosotros, cualquiera es culpado desde que se le acusa; una sospecha merece la muerte; los inocentes están a merced de los envidiosos y calumniadores, y conforme vaya creciendo en vuestros corazones la desconfianza tiránica, será menester inmolaros más víctimas.

Telémaco pronunciaba esas palabras con tanta autoridad y vehemencia, que arrebataba los ánimos y cubría de vergüenza a los autores de tan infame consejo. En seguida, serenándose, les dijo: Por mi

parte no amo tanto la vida, que quiera vivir a ese precio: prefiero que Acanto sea malvado a serlo yo, y que me quite la vida por una alevosía a quitársela en la duda injustamente. Pero escuchad, o vosotros que siendo reyes, es decir, jueces de los pueblos, debéis saber juzgar a los hombres con justicia, prudencia y mansedumbre: dejadme interrogar a Acanto en vuestra presencia.

Al punto interroga a aquel hombre acerca de su trato con Arion; te acosa sobre una infinidad de circunstancias; aparenta muchas veces que va a enviarle a Adrasto como un tránsfuga digno de castigo, para observar si tendría miedo de que se le mandara así, o no; pero el rostro y la voz de Acanto permanecen inalterables. Por último, no pudiendo arrancarle la verdad, le dijo: Dadme vuestro anillo, que lo quiero enviar a Adrasto. A esta demanda, Acanto se puso pálido y se sobrecogió. Telémaco, que tenía los ojos clavados en él, lo notó, y tomó el anillo. Voy a mandársele a Adrasto, le dijo, por medio de un Lucaniense llamado Politropo, a quien conocéis, y que irá como si secretamente fuera de parte vuestra. Si por este medio logramos descubrir vuestra inteligencia con Adrasto, se os hará morir inexorablemente con los tormentos más crueles: al

contrario, si desde ahora confesáis vuestra falta, se os perdonará, contentándose con enviaros a una isla en donde de nada carezcáis. Entonces Acanto lo declaró todo, y Telémaco obtuvo de los reyes que se le dejara la vida, porque él se la había prometido. Desterráronle a una de las islas Echinades, en donde vivió tranquilamente.

Poco tiempo después, un Dauniense de origen oscuro, pero de espíritu violento y atrevido, llamado Dioscoro, pasó una noche al campo de los aliados, y les ofreció degollar al rey Adrasto en su tienda. Podía cumplirlo, porque es dueño de la vida de los otros quien en nada tiene la suya. Aquel hombre no respiraba sino venganza, porque Adrasto le había robado a su mujer, a quien amaba con delirio, siendo igual a la misma Venus en hermosura. Estaba resuelto a matarle y recobrar a su mujer, o a morir. Tenía inteligencias secretas para entrar de noche en la tienda del rey, y contaba con el auxilio de varios capitanes daunienses que favorecían su empresa; pero le parecía necesario que al mismo tiempo atacaran los reyes aliados el campo de Adrasto, a fin de poder salvarse y sacar a su mujer más fácilmente con el tumulto. Si muerto el rey, no podía sacar a su mujer, se contentaba con morir.

Luego que Dioscoro hubo explicado a los reyes su designio, todo el mundo se volvió hacia Telémaco, como para pedirle la decisión.

Los dioses, dijo él que nos han preservado de los traidores, nos prohíben servirnos de ellos. Aunque no tuviéramos bastante virtud para detestar la traición, nuestro interés sólo sería suficiente para que la desecháramos. Desde que la autorizáramos con nuestro ejemplo, mereceríamos que se volviera contra nosotros. ¿Quién desde ese momento estará seguro entre nosotros? Adrasto puede acaso evitar el golpe que le amenaza, t hacer que caiga sobre los reyes aliados. La guerra ya no será guerra; de ningún provecho servirán la prudencia y la virtud: sólo se harán alevosías, traiciones y asesinatos. Nosotros mismos sentiríamos las consecuencias, y lo mereceríamos, por haber autorizado el mayor de todos los males. Concluyo pues que es menester enviarle a Adrasto el traidor. Confieso que ese rey no lo merece; pero toda la Hesperia y toda la Grecia, que tienen los ojos puestos en nosotros, merecen que así procedamos para que nos estimen. Nosotros por nosotros mismos, y por los justos dioses debemos mirar con este horror la perfidia.

Al punto fue llevado Dioscoro a Adrasto, que se estremeció del peligro en que había estado, no cesando de maravillarse de la generosidad de sus enemigos. Adrasto admiraba, a pesar suyo, lo que acababa de ver, sin atreverse a elogiarlo. La noble acción de los aliados excitaba en él un vergonzoso recuerdo de todas sus arterías, de todas sus crueldades. Procuraba menoscabar la generosidad de sus enemigos, y se avergonzaba de parecer ingrato, debiéndoles la vida; pero los perversos se endurecen pronto para cuanto los pudiera conmover. Adrasto, que vio como se aumentaba de día en día la fama de los aliados, creyó que le era urgente hacer contra ellos alguna hazaña brillante; y como era incapaz de ninguna acción de virtud, quiso a lo menos procurar alguna ventaja señalada con las armas, y se apresuró a combatir.

Llegado el día de la batalla, cuando apenas la aurora abría al sol las puertas del oriente por un camino sembrado de rosas, el joven Telémaco, adelantándose con sus cuidados a la vigilancia de los más viejos capitanes, se arrancó de los brazos del dulce sueño, y puso en movimiento a todos los oficiales. Su casco, cubierto de flotantes crines, brillaba ya en su cabeza, y su coraza, ajustada al cuerpo,

deslumbraba los ojos de todo el ejército: la obra de Vulcano tenía además de su belleza propia el resplandor de la égida unida a las armas misteriosamente tenía la lanza en una mano, y con la otra indicaba los diversos puestos que era menester ocupar.

Minerva había comunicado a sus ojos un fuego divino, animándole el rostro con una majestad altiva que prometía ya la victoria. Telémaco marchaba, y todos, los reyes, olvidados de su edad y de su carácter regio, seguían sus pasos, como impelidos por una fuerza superior. Ya no cabe en los ánimos la flaca emulación: todo cede al que Minerva guía invisiblemente de la mano. Su acción ni era impetuosa ni precipitada: se mostraba afable, sereno, sufrido, siempre dispuesto a escuchar a los demás, y a aprovecharse de sus consejos; pero activo, previsor, atento a las necesidades más lejanas, disponiéndolo todo con oportunidad, sin embarazarse ni embarazar a los otros, disculpando las faltas, reparando los descuidos, salvando las dificultades, no pidiendo jamás demasiado a nadie, inspirando en todas partes libertad y confianza.

Si daba órdenes, las daba en los términos más sencillos y claros, y las repetía para instruir mejor a

los que debían ejecutarlas. Les conocía en los ojos si le habían entendido bien, haciéndoles en seguida explicar familiarmente el sentido de sus palabras, y el objeto principal de la orden dada. Probada así la capacidad del que encargaba de su desempeño, y que había hecho entrar en sus miras, no le dejaba irse sin darle señales de aprecio y confianza para estimularle. De ese modo cuantos comisionaba, ponían todo esmero en complacerle y salir airosos, aunque libres del temor de que se les imputara el mal éxito, porque para él tenían disculpa las faltas que no procedían de mala voluntad.

El rojo horizonte parecía inflamado con los primeros rayos del sol, y la mar encendida con los destellos del naciente día. Cubrían toda la costa hombres, armas, caballos y carros en movimiento: el ruido confuso que había, era semejante al de las olas irritadas cuando Neptuno excita en sus profundos abismos las negras tempestades. Así comenzaba Marte con el estruendo de las armas y aparato aterrador de la guerra a sembrar la ira en todos los pechos. El campo estaba todo erizado de picas, como las espigas que cubren los fértiles surcos en la estación de las mieses. Ya se levantaba una nube de polvo que ocultaba a los ojos poco a poco la tierra y

el cielo. Acercábanse el horror, los estragos, la desapiadada muerte.

Apenas se arrojaron los primeros tiros, Telémaco, levantando al cielo los ojos y las manos, profirió estas palabras:

O Júpiter, padre de los dioses y de los hombres, de nuestra parte veis la justicia, y la paz que no hemos tenido vergüenza de solicitar. Si peleamos, es a pesar nuestro, pues hubiéramos querido evitar la efusión de sangre humana, nosotros no odiamos ni aun a este enemigo, si bien es cruel, pérfido y sacrílego. Ved y decidid: si debemos morir, vuestras son nuestras vidas; si debemos libertar la Hesperia y derribar al tirano, vuestro poder y la sabiduría de Minerva, vuestra hija, nos darán la victoria; el honor será vuestro. Vuestra mano tiene la balanza en que arregláis la suerte de los combates: nosotros peleamos por vos; y pues sois justo, más es Adrasto enemigo vuestro que nuestro. Si vuestra causa triunfa, antes de acabarse el día correrá en vuestros altares la sangre de una hecatombe.

Dice, y al punto lanza sus caballos fogosos y espumantes contra las filas más cerradas de los enemigos. El primero que encuentra es Periandro, Locrense, cubierto de la piel de un león que había

matado en la Cilicia, cuando viajaba por ella: como Hércules, iba armado de una enorme maza: la estatura y la fuerza le daban el aspecto de los gigantes. Desde que vio a Telémaco, le inspiraron desprecio su juventud y hermoso rostro. ¡Te está bien, dijo, mujeril mancebo, disputarnos a nosotros la gloria de los combates! Ve, niño, ve a buscar a tu padre entre los muertos. Al decir esas palabras, levanta la pesada maza, llena de nudos y armada de puntas de acero, semejante al mástil de un navío: todos temen el golpe de su caída. El hijo de Ulises, cuya cabeza amaga, esquiva el golpe, y se abalanza a Periandro con la rapidez de una águila que hiende los aires. La maza, al caer, rompe una rueda de un carro que estaba junto al de Telémaco. El joven griego en tanto hiere con un dardo a Periandro en la garganta: la sangre que le sale a borbotones, le ahoga la voz: sus caballos fogosos, no sintiendo su mano desfallecida, y flotándoles en el cuello las riendas, le llevan de una parte a otra, hasta que cae del carro, con los ojos cerrados y el rostro desfigurado cubierto de la palidez de la muerte. Telémaco le tuvo lastima, dio inmediatamente el cuerpo a sus esclavos, y guardó como señal de su victoria la piel del león con la maza.

Busca en seguida a Adrasto en lo más trabado de la pelea; mas buscándolo, precipita en los infiernos a una multitud de combatientes: Hileo, que hacía tirar de su carro a dos corceles semejantes a los del sol, y mantenidos en las vastas praderas que riega el Aufido; Demoleonte, que en Sicilia había sido en otro tiempo casi igual a Erice en los combates del cesto; Crantor, que había hospedado a su amigo Hércules, cuando este hijo de Júpiter, pasando por la Hesperia, quitó la vida al infame Caco; Menecrates, que decían se asemejaba a Polux en la lucha; Hipocoon, Salapiense, que imitaba la destreza y gallardía de Castor en manejar un caballo; el famoso cazador Eurímedes, siempre teñido de sangre de los osos y jabalíes que mataba en las nevadas cumbres del helado Apenino, y que, según dicen, fue tan amado de Diana, que ella misma le enseñó a disparar las flechas; Nicostrato, vencedor de un gigante que vomitaba fuego en los riscos del monte Gárgano; Eleauto, que debía casarse con la joven Foloe, hija del río Liris. Ésta había sido prometida por su padre al que la redimiera del poder de una serpiente alada, nacida en las orillas del río, la cual debía devorarla a los pocos días, según la predicción de un oráculo. El joven Eleanto, arrebatado de amor, se ofreció a

matar al monstruo, y lo consiguió; pero no pudo gozar del galardón de su victoria, y mientras Foloe, preparándose a un dulce himeneo, aguardaba con impaciencia a su futuro esposo, supo que había ido con Adrasto a la guerra, y que la parca había cortado cruelmente sus días. Llenó de gemidos las selvas y montañas vecinas del río, derramó torrentes de lágrimas, se arrancó el hermoso cabello rubio, no pensó más en las guirnaldas de flores que acostumbraba coger, y acusó al cielo de injusticia. Como no cesaba de llorar ni de día ni de noche, los dioses, compadecidos de sus penas y excitados por las súplicas del río, pusieron término a su dolor. A fuerza de llorar, se convirtió en fuente, que, entrando en el seno de su padre, junta sus aguas con las del dios; pero el agua de esta fuente siempre es amarga, la yerba de sus orillas no florece, y la única sombra que hay en tan tristes márgenes, es la de algunos cipreses.

Luego que Adrasto supo que Telémaco llevaba por todas partes el terror, se apresuró a irle al encuentro. Había contado con la facilidad de vencer al hijo de Ulises por su edad todavía muy tierna, y llevaba consigo a treinta Daunienses de fuerzas, destreza y astucia extraordinarias, a los cuales había

prometido grandes recompensas, si en la batalla podían acabar con Telémaco de cualquier modo que fuese. Si le hubiese hallado al principio del combate, aquellos treinta hombres, rodeando el carro de Telémaco, mientras le hubiera acometido de frente Adrasto, sin duda no hubiesen tenido mucho trabajo para matarle, pero Minerva les hizo extraviarse.

Adrasto creyó ver y oír a Telémaco en un sitio de la llanura que formaba recodo al pie de una colina, en donde había una multitud de combatientes: corre, vuela, quiere hartarse de sangre; pero en vez de Telémaco, ve al viejo Néstor, que con trémula mano arrojaba al acaso algunos tiros inútiles. Adrasto, ciego de furor, le iba a herir; pero se precipitó alrededor de Néstor un tropel de Pilienses.

Entonces una nube de dardos y flechas oscureció el aire y cubrió a todos los que peleaban: no se oía más que los gritos lastimeros de los moribundos, y el ruido de las armas de los que caían en la refriega: la tierra gemía bajo el peso de un montón de cadáveres: por todas partes corrían arroyos de sangre. Belona y Marte, con las furias infernales, vestidas de ropas empapadas en sangre, saboreaban con crueles ojos aquel espectáculo, y atizaban la rabia en los corazones. Esas deidades, enemigas de los hombres,

ahuyentaban de las dos partes la piedad generosa, el valor moderado, la dulce humanidad. En aquel confuso tropel de hombres encarnizados no había más que estrago, venganza, desesperación y furor brutal: la sabia e invencible Palas, al verlo, se estremeció y retrocedió de horror.

Entre tanto Filoctetes, con paso lento y llevando en la mano las flechas de Hércules, iba a socorrer a Néstor. Adrasto; no habiendo podido llegar al divino anciano, había asestado sus tiros contra muchos Pilienses, a quienes había dado la muerte. Por tierra estaba ya Eusilas, tan ligero en la carrera que apenas dejaba estampada en la arena la huella de sus pasos, y más veloz que las corrientes rápidas del Eurotas y del Alteo, ríos de su país. Habían caído Eutifron, más hermoso que Hilas, y tan infatigable cazador como Hipólito; Pterelao, que había ido con Néstor al sitio de Troya, y que el mismo Aquiles había amado a causa de su valor y pujanza; Aristogiton, que bañándose en las aguas del río Aqueloo, había recibido secretamente de aquel dios la virtud de tomar todas las formas. En efecto, era tan flexible y pronto en todos sus movimientos, que se escapaba de las manos a los más fuertes; pero Adrasto le dejó

inmóvil de una lanzada, y el alma huyó de él con la sangre.

Néstor, que veía caer sus más valientes capitanes a los golpes del cruel Adrasto, como las doradas espigas en la estación de las mieses caen a los golpes de la hoz cortante de un infatigable segador, se olvidaba del peligro y arriesgaba inútilmente su vejez. Habíale abandonado su prudencia, no pensaba sino en seguir con la vista a su hijo Pisístrato, que por su parte mantenía con denuedo la pelea para alejar de su padre el peligro. Pero había llegado el momento fatal en que Pisístrato debía hacer conocer a Néstor cuanta desgracia suele ser el haber vivido demasiado.

Pisístrato dirigió a Adrasto una lanzada tan violenta, que el Dauniense hubiera sucumbido, a no haberla evitado; y mientras Pisístrato, vacilante con aquel golpe en vago, volvía a ajustar su lanza, Adrasto le atravesó por medio del vientre con una jabalina. Empezáronle a salir las entrañas con un caño de sangre: su color se marchitó como una flor que la mano de una ninfa coge en las praderas: sus ojos estaban ya, casi apagados, y le faltaba la voz. Alceo, su ayo, que estaba junto a él, le sostuvo al caer, y apenas tuvo tiempo para llevarle a los brazos

de su padre. Quiso el joven hablar, y dar las últimas pruebas de su filial ternura; más al abrir los labios espiró.

Mientras Filoctetes derramaba en torno suyo la muerte y el horror para repeler los esfuerzos de Adrasto, Néstor tenía abrazado estrechamente el cuerpo de su hijo, llenando el aire de gritos y no pudiendo soportar la vida. ¡infeliz! exclamaba, ¿por qué he sido padre y vivido tanto? ¡Ah! crueles hados, ¿por qué no acabasteis conmigo o en la cacería del jabalí de Calidon?, o en el viaje de Colcos, o en el primer sitio de Troya? Hubiera muerto con gloria y sin amargura: ahora tengo que arrastrar una vejez dolorosa, despreciada e impotente, sin vida más que para padecer, sin sentimiento más que para la tristeza. ¡O hijo mío! ¡o mi querido Pisístrato! Cuando perdí a tu hermano Antíloco, me quedabas tú para consolarme: ya no te tengo a ti, ya no tengo nada, nada me consolará: todo se ha acabado para mí. La esperanza, único alivio de los pesares del hombre, no es bien que me pertenece. ¡Antíloco, Pisístrato, hijos queridos! me parece que hoy es el día en que os pierdo a los dos: la muerte del uno abre la llaga que el otro me había hecho en lo profundo del corazón. ¡Ya no os volveré a ver! ¿Quién cerrará mis

párpados? ¿quién recogerá mis cenizas? O Pisístrato, has muerto como valiente; así murió tu hermano yo solo soy quien no puedo morir.

Al decir esas palabras fue a clavarse un dardo que tenía; pero le detuvieron la mano, y le arrebataron el cadáver de su hijo: y como el infeliz anciano se desmayaba, le condujeron a su tienda, en donde recobrado un poco, quiso volver al combate; mas le detuvieron a pesar suyo.

Entre tanto Adrasto y Filoctetes se buscaban; les brotaban fuego los ojos a uno y otro, como a un león y un leopardo que se quieren despedazar en los campos que riega, el Caistro. Su vista feroz lanza amenazas, furor bélico, venganza implacable. Por donde quiera que van llevan con sus tiros una muerte cierta, y los guerreros todos los miran con espanto. Por fin se ven, Filoctetes va a disparar una de esas flechas terribles que jamás yerran el golpe en sus manos, y cuyas heridas son incurables; pero Marte, que protegía al cruel e intrépido Adrasto, no podía consentir en que tan pronto pereciera: quería, por medio suyo, prolongar los horrores de la guerra y aumentar la devastación. Guardábale aún la justicia de los dioses para castigar a los hombres y verter su sangre.

En el momento en que Filoctetes va a disparar, le hiere de un lanzazo Anfímaco, joven Lucaniense, más hermoso que el decantado Nireo, que sólo a Aquiles excedía en belleza entre todos los Griegos que pelearon en el sitio de Troya. Apenas se sintió herido Filoctetes, disparó la flecha contra Anfímaco, y le atravesó el corazón. Al punto se le apagaron los hermosos ojos negros, que cubrieron las tinieblas de la muerte: su boca, más encarnada que las rosas que esparce por el horizonte la naciente aurora perdió el color: empañó sus mejillas una palidez lívida: todo aquel rostro tan delicado y gracioso se desfiguró de repente. El mismo Filoctetes se compadeció. Los combatientes gimieron al ver caer al joven revolcándose en su sangre, y con los cabellos, tan hermosos como los de Apolo, arrastrados por el suelo.

Filoctetes, después de vencer a Anfímaco, tuvo que retirarse del combate; porque perdía con la sangre las fuerzas; hasta la herida antigua parecía que con los esfuerzos del combate se le quería abrir y renovar sus dolores, no habiendo podido curársela del todo los hijos de Esculapio con su divina ciencia. Hele allí que va a caer sobre el montón de cuerpos ensangrentados que le rodean. Arquidamas, el

más altivo y diestro de todos los Ebalienses que había llevado consigo para fundar a Petilia, le arrebata del combate en el momento en que Adrasto le hubiera acabado sin dificultad a sus pies. Nada encuentra Adrasto que se atreva a resistirle ni a retardar su victoria. Todo cae, todo huye: es un torrente que superando su cauce, arrastra con su furiosa corriente las mieses, los ganados, los pastores y las aldeas.

Telémaco percibió desde lejos los alaridos de los vencedores; vio el desorden de los suyos, que huían de Adrasto como una manada de tímidos ciervos atraviesa las vastas campiñas, las selvas, los montes, y hasta los ríos más rápidos, cuando van perseguidos por los cazadores.

Gime Telémaco, la indignación aparece en sus ojos: deja los puestos en que tanto tiempo ha peleado con tanto peligro y tanta gloria. Corre para sostener a los suyos, cubierto de sangre de la multitud de enemigos que ha derribado y desde lejos lanza un grito que oyen ambos ejércitos.

Minerva había dado a su voz un no sé qué de terrible, que repitieron las vecinas montañas. Nunca ha hecho Marte sonar su voz cruel con más fuerza en la Tracia al llamar las furias infernales, la Guerra

y la Muerte. El grito de Telémaco reanima a su gente, y hiela de terror a los enemigos: Adrasto mismo se turba con vergüenza. Le estremecen varios presagios funestos, y lo que le anima es más bien la desesperación que un valor sereno. Tres veces estuvieron para flaquearle las rodillas; tres veces retrocedió sin pensar en lo que hacía: por todos sus miembros corre un frío sudor, y le cubre la palidez del desmayo: la voz enronquecida y balbuciente no podía acabar las palabras: parecía que los ojos, llenos de un fuego sombrío y fulminante, se le iban a salir de las órbitas: se le veía como Orestes agitado por las furias: todos sus movimientos eran convulsivos. Entonces empezó a creer que había dioses; se imaginó verlos irritados, y escuchar una voz sorda que salía de los profundos abismos para llamarle al tenebroso Tártaro: en todo sentía una mano celestial e invisible alzada sobre su cabeza, y que iba a descargar el golpe; la esperanza estaba apagada en su corazón: su audacia se disipaba, como la luz del día desaparece cuando el sol se oculta en el seno de las olas y la tierra se envuelve, en las sombras de la noche.

El impío Adrasto, que los dioses hubieran tolerado por demás en la tierra, si los hombres no hu-

biesen necesitado de ese castigo, el impío Adrasto se acercaba por último a su término. Corre ciego de furia hacia su inevitable destino; con él van el horror, los voraces remordimientos, la consternación, la ira, la rabia, la desesperación. Apenas ve a Telémaco, cuando cree ver el Averno que se abre, y los torbellinos de llamas que salen del negro Flegelon para devorarle. Grita, y la boca se le queda abierta sin poder articular las palabras: semejante a un hombre dormido, que en un horroroso ensueño abre la boca, y se esfuerza por hablar, faltándole siempre las palabras que busca en vano. Con mano trémula y precipitada lanza Adrasto su dardo contra Telémaco. Éste intrépido, como quien confía en los dioses, se cubre con el escudo; parece que la Victoria, cubriéndole con sus alas, tiene ya suspendida sobre su cabeza una corona: el valor sereno y apacible resplandece en sus ojos: tuviérasele por la misma Minerva, por la prudencia y mesura que ostenta en medio de los mayores peligros. El dardo da en el escudo y salta. Entonces Adrasto se apresura a tirar de la espada, para quitarle al hijo de Ulises la ventaja de servirse de su dardo. Telémaco, al ver a Adrasto con la espada en la mano, se da prisa a sacar la suya, y deja su dardo inútil.

Cuando vieron a los dos cerrarse en particular contienda, los demás guerreros bajaron las armas en silencio para mirarlos atentamente aguardando que aquel combate decidiera el destino de toda la guerra. Las dos espadas, brillantes como los relámpagos de donde salen los rayos, se cruzan muchas veces, y descargan golpes inútiles sobre las armaduras bruñidas que resuenan con ellos. Ambos combatientes se tienden, se repliegan, se bajan, se levantan de repente, y al fin se cogen. La hiedra que nace al pie de un olmo no abraza más estrechamente el tronco duro y nudoso con sus ramas enlazadas hasta la más alta cima del árbol a que uno y otro combatiente se aprietan. Adrasto nada había perdido de su fuerza todavía: Telémaco aun no tenía toda la suya. Aquel hace todos sus esfuerzos para sorprender a su enemigo y que pierde pie. Trata de cogerle la espada al joven Griego, aunque en vano: en el momento en que la busca, Telémaco le levanta del suelo y le tira en la arena. Entonces el impío, que había despreciado siempre a los dioses, muestra un vil miedo de la muerte: se avergüenza de pedir la vida, no puede dejar de manifestar que la desea, y procura excitar la compasión de Telémaco. Hijo de Ulises, le dice, ahora es cuando conozco a los justos dioses; castí-

ganme como lo he merecido; la desgracia solamente puede abrirle al hombre los ojos para ver la verdad; la veo que me condena. Pero que un rey desgraciado os haga acordaros de vuestro padre que esta lejos de Itaca y que os mueva el corazón.

Telémaco, que habiéndole puesto encima las rodillas, tenía levantada la espada para degollarle, respondió inmediatamente: Yo sólo he buscado la victoria y la paz de las naciones que he venido a auxiliar: no me gusta derramar sangre. Vivid pues, o Adrasto; pero vivid para reparar vuestras faltas; restituid lo que habéis usurpado; restableced la justicia y el sosiego en la costa de la grande Esperia que habéis manchado con tantos estragos y traiciones: vivid, sed otro hombre. Que vuestra caída os enseñe que los dioses son justos, que los malvados son infelices, y se engañan buscando la felicidad en la violencia, en la inhumanidad y en la mentira; en fin, que nada es más dulce y feliz que la sencilla y constante virtud. Dadnos en rehenes a vuestro hijo Metrodoro con doce de los principales de vuestra nación.

Con estas palabras Telémaco dejó a Adrasto levantarse, y le tendió la mano sin recelarse de su mala fe; pero de repente le arroja el pérfido un dar-

do corto que tenía escondido, y que hubiera pasado la armadura de Telémaco, si no hubiese sido divina. Al momento Adrasto corre a guarecerse de un árbol, para evitar la persecución del joven Griego. Éste exclama entonces: Daunienses, bien lo veis, la victoria es nuestra; el impío no se salva sino por la alevosía. El que no teme a los dioses, teme la muerte: al contrario, el que los teme, solo les teme a ellos.

Diciendo esas palabras, se adelanta hacia los Daunienses, y hace señas a los suyos, que estaban al otro lado del árbol, para que corten el paso al alevoso Adrasto. Adrasto teme verse cogido, aparenta volver, y quiere arrollar a los Cretenses que le salen al encuentro; pero Telémaco, pronto como el rayo lanzado por la mano del padre de los dioses desde lo alto del Olimpo sobre la cabeza de los criminales, cae encima de su enemigo; le agarra con mano vigorosa, le echa al suelo, como el cruel aquilón derriba las tiernas mieses que doran la campiña. Aunque otra vez se atreve el impío a tentar si puede abusar del buen corazón de su vencedor, éste no le escucha; y metiéndole la espada, le precipita en las llamas del negro Tártaro digno castigo de sus crímenes.

LIBRO XXI

Los Daunienses, muerto Adrasto, tienden las manos a los aliados en señal de paz, y les piden un rey de su nación. Néstor, inconsolable con la pérdida de su hijo, se ausenta de la asamblea de los caudillos, en donde muchos opinan que se debe repartir el país de los vencidos, y ceder a Telémaco el terreno de Arpi. Telémaco, muy lejos de aceptar semejante oferta, demuestra que el interés común de los aliados es elegir a Polidamas rey de los Daunienses, dejándoles sus tierras; en seguida persuade a estos pueblos a que den la comarca de Arpi a Diomedes llegado casualmente. Acabadas así las turbulencias todos se separan para volver a sus respectivos países.

Apenas sucumbió Adrasto, cuando todos los Daunienses, lejos de lamentar su derrota y la pérdida de su jefe, se regocijaron de recobrar su libertad,

y tendieron las manos a los aliados en señal de paz y de reconciliación. Metrodoro, hijo de Adrasto, a quien su padre había criado con máximas de disimulo, injusticia e inhumanidad, huyó cobardemente. Un esclavo, empero, cómplice de sus infamias y crueldades, emancipado por él, y por él colmado de beneficios, al cual se había confiado en su fuga, no pensó más que en su provecho propio, y le hizo traición, matándole por detrás cuando huía, cortándole la cabeza, y presentándola en el campo de los aliados, con la esperanza de que recompensarían profusamente un crimen que ponía término a la guerra. Pero el malvado causó horror, y le hicieron morir. Telémaco, habiendo visto la cabeza de Metrodoro, que era joven de portentosa hermosura, y de índole excelente, a quien los placeres y malos ejemplos habían pervertido, no pudo contener las lágrimas. ¡Ah! exclamó, estos son los efectos que el veneno de la prosperidad causa en un príncipe joven: cuanta más elevación y vivacidad tiene, tanto más se aparta y aleja de todos los sentimientos de la virtud. Y ahora tal vez me sucedería eso a mí, si la adversidad en que, gracias a los dioses, he nacido, y las lecciones de Mentor no me hubieran enseñado a refrenarme.

Los Daunienses reunidos pidieron, como única condición de paz. el que se les dejara elegir de entre ellos un rey que pudiese borrar con sus virtudes el oprobio de que el impío Adrasto había cubierto la corona. Dieron gracias a los dioses porque habían derribado al tirano: se agolpaban para besarle a Telémaco la mano que había bañado con la sangre de aquel monstruo; y miraban su derrota como un triunfo. Así cayó en un momento, sin recurso alguno, el poderío que había estado amenazando la Hesperia entera, y que hacía temblar a tantos pueblos: no de otro modo que esos terrenos que parecen firmes e inmóviles, y que, minados poco a poco, aunque se desprecia mucho tiempo el lento trabajo que enflaquece el pie, cuando nada indica que falta solidez, cuando todo se ve unido, cuando nada se mueve, corroídos los cimientos, se hunden de repente y abren un abismo. Así ahonda a sus pies el precipicio por sí mismo todo poder injusto y engañoso, por mas prosperidades que consiga con sus violencias. El fraude y la inhumanidad socavan poco a poco todos los fundamentos más sólidos de la autoridad legítima: la admiran, la temen, tiemblan en su presencia hasta que no existe; pero cae al fin por su propio peso, y no se vuelve a levantar, porque ha

destruido con sus propias manos los verdaderos apoyos de la buena fe y de la justicia, que atraen el amor y la confianza.

Los jefes del ejército se reunieron desde el día siguiente, para conceder un rey a los Daunienses. Daba placer ver los dos campos confundidos con una amistad tan inesperada, y los dos ejércitos no formando más que uno. El sabio Néstor no pudo asistir al consejo, porque el dolor unido a la vejez había marchitado su corazón, como la lluvia troncha y aja en la tarde la flor que era por la mañana al despuntar el alba la gala y el honor del verde campo. Se le habían convertido los ojos en dos fuentes de lágrimas inagotables: huía de ellos el blando sueño que mitiga las penas más agudas; la esperanza, que es la vida del corazón del hombre, se había apagado en él. Todo alimento era amargo para aquel desventurado anciano: la misma luz le era odiosa: su alma no ansiaba más que dejar el cuerpo, y sumergirse en la eterna noche del imperio de Plutón. En vano le hablaban todos sus amigos; su desmayado corazón sentía repugnancia a todo afecto, como la siente un enfermo a los alimentos mejores. A cuanto le decían contestaba con gemidos y sollozos. De cuando en cuando se le oía exclamar: ¡O Pisís-

trato, Pisístrato, Pisístrato, hijo mío! ¡me llamas! ¡ya te sigo, Pisístrato! ya dulcificaras mi muerte! ¡O querido hijo mío! toda la felicidad a que aspiro es volverte a ver en las orillas de la Estigia! Pasaba horas enteras sin proferir una sola palabra, pero sí gimiendo, y levantando al cielo las manos y los ojos anegados en llanto.

Entre tanto los príncipes reunidos aguardaban a Telémaco, que estaba junto al cuerpo de Pisístrato, cubriéndole de flores a manos llenas, derramando sobre él exquisitos aromas y vertiendo lágrimas amargas. O mi querido compañero, le decía, nunca me olvidaré de haberte visto en Pilos, de haberte seguido a Esparta, ni de haberte vuelto a ver en las playas de la grande Hesperia. Te debo mil y mil afectuosos cuidados: yo te amaba, y tú me amabas también: he conocido tu valor, que hubiera sobrepujado al de muchos Griegos famosos. ¡Ah! te ha hecho perecer con gloria; pero ha arrebatado al mundo una virtud naciente que hubiera igualado a la de tu padre: sí, tu sabiduría y elocuencia en la edad madura habrían sido semejantes a las de ese anciano, admiración de toda la Grecia. Ya poseías tú esa dulce persuasión a la cual nadie se puede resistir cuando él habla, esas maneras sencillas y graciosas

de contar, esa prudente moderación que es un encanto para calmar los ánimos irritados, esa autoridad que viene de la sabiduría y de la fuerza de los buenos consejos. Cuando tú hablabas, todos te escuchaban, todos se inclinaban a ti, todos deseaban ver que tenias razón: tu palabra simple y sin atavíos penetraba dulcemente en el alma como el rocío en la yerba que nace. ¡Ay! ¡tantos bienes como poseíamos, hace algunas horas, nos han sido arrebatados para siempre! ¡Pisístrato! quien he abrazado esta mañana, ya no existe; no me queda de él más que un doloroso recuerdo. A lo menos tú hubieras cerrado los ojos de Néstor antes que nosotros hubiésemos cerrado los tuyos, no vería lo que ve, no sería más infeliz de todos los padres.

Después de expresarse así, Telémaco mandó lavar la herida sangrienta que Pisístrato tenía en el costado: hízole tender en una cama de púrpura, en donde, con la cabeza caída y la palidez de la muerte, parecía a un árbol nuevo que, habiendo cubierto la tierra de sombra, y levantando al cielo su frondosa copa, ha empezado a cortar el hacha afilada de algún leñador: separado de las raíces, privado de la tierra, madre fecunda que le nutrió en su seno, se seca, pierde su verdor; no puede sostenerse, cae, y

las ramas que ocultaban el cielo, se arrastran en el polvo, mustias y secas las hojas, no quedando más que un tronco abatido y desnudo de todas sus galas. Tal estaba Pisístrato, despojo de la muerte, cuando llevaban su cadáver los que debían ponerle encima de la pira. Ya la llama subía al cielo. Una fuerza de Pilienses, con los ojos bajos y arrasados de lágrimas, vueltas las armas hacia la tierra, le conducían lentamente. No tarda el cuerpo en quemarse; las cenizas se depositan en una urna de oro; y Telémaco, atento a todo, confía esta urna como un gran tesoro a Calímaco, ayo de Pisístrato. Guardad, le dice, estas cenizas, tristes si bien preciosas reliquias del que tanto amabais; guardadlas para su padre. Pero esperad a que haya recobrado bastante fuerza para pedirlas, y dádselas entonces: lo que en una ocasión irrita el dolor, en otra le mitiga.

En seguida entró Telémaco en la asamblea de los reyes confederados, en donde todos guardaron silencio para escucharle desde que le vieron: ruborizóse de eso, y no fue posible hacerle hablar. Las alabanzas que le dieron, con aclamaciones públicas, por cuanto acababa de ejecutar, aumentaron su vergüenza; se hubiera querido esconder: fue la primera vez que se halló cortado e indeciso. Por último, pi-

dió como gracia que no le hicieran elogio alguno mas. No es porque no me halaguen las alabanzas, dijo, sobre todo cuando vienen de tan buenos jueces de la virtud; pero temo que me halaguen demasiado, y las alabanzas pervierten, llenan de soberbia y envanecen e infatúan. Es menester merecerlas y evitarlas: los más veraces elogios se parecen a los mentidos. Los más perversos de todos los hombres, que son los tiranos, son los que mas se hacen alabar por los aduladores. ¿Cuál es el placer de verse ensalzado como ellos? Las alabanzas que más valen, son las que me daréis estando ausente, si he tenido la fortuna de merecerlas. Si me creéis verdaderamente bueno, debéis creer también que deseo ser modesto y preservarme de la vanidad: dejadme pues, si me estimáis, y no me alabéis, como a hombre codicioso de alabanzas.

Dicho eso, Telémaco no volvió a contestar a los que para seguían levantándole al cielo, y con cierto aire de indiferencia no tardó en cortar los encomios que le prodigaban. El temor de enojarle alabándolo acabó con los elogios, pero la admiración creció, sabiendo todos el cariño que había mostrado a Pisístrato, y el celo con que había cuidado de sus exequias. El ejército entero se sintió más conmovido

por las señales de la bondad de su corazón, que por todos los prodigios de sabiduría y valor con que se acababa de ilustrar. Es sabio, es valiente, se decían en secreto unos a otros, es predilecto de los dioses, y el verdadero héroe de nuestra época; es superior a la humanidad; pero eso no es más que maravilloso, eso no hace más que asombrarnos. Es humano, es bueno, es fiel y tierno amigo; es compasivo, liberal, benéfico, y todo entero de los que debe amar; es el encanto de los que viven con él; se ha corregido de su altivez, indiferencia y arrogancia, he ahí lo que es de provecho, he ahí lo que va al alma, he ahí lo que nos obliga a quererle, inspirándonos respeto a sus virtudes todas; he ahí lo que hace que todos daríamos la vida por él.

Apenas se terminaron, esas conversaciones, se habló de la necesidad de dar rey a los Daunienses. Los más de los príncipes que asistían al consejo, eran de parecer que debía repartirse aquel país entre todos como tierra conquistada. Ofrecieron a Telémaco el fértil territorio de Arpi, que dos veces al año da los ricos dones de Ceres, los dulces presentes de Baco, y el fruto siempre verde del olivo consagrado a Minerva. Esa tierra, le decían, os debe hacer olvidar la pobre Itaca y sus cabañas, los ho-

rrorosos peñascos de Duliquio, y los bosques enmarañados de Zacinto. No busquéis más a vuestro padre, que debe de haber perecido en las olas hacia el promontorio de Cafarea, víctima de la venganza de Nauplio y de la cólera de Neptuno: ni penséis tampoco en vuestra madre, que desde vuestra marcha poseerán sus amantes; ni en vuestra patria, cuya tierra no está favorecida del cielo como la que os ofrecemos.

Escuchaba con calma estas razones; pero las rocas de Tracia y de Tesalia no son más sordas a las quejas de los amantes desesperados, que lo era Telémaco a semejantes ofrecimientos. En cuanto a mí, les contestó, ni me mueven las riquezas ni las delicias: ¿qué vale poseer mayor extensión de tierra, y mandar a mayor número de hombres? tener más cuidados y menos libertad, bastante desgraciada ya la vida para los más prudentes y moderados, sin tener que añadirle el trabajo de gobernar a otros hombres indóciles, turbulentos, injustos, falaces y desagradecidos. Cuando se quiere ser señor de los hombres en provecho propio, no pensando sino en el mando, en los placeres, en la gloria personal, se es impío, se es tirano, se es el azote de la humanidad. Cuando, al contrario, no se aspira a gobernar a los

hombres sino conforme a los verdaderos principios, para bien de ellos, se es menos su señor que su tutor; no se tiene más que trabajo, y ese infinito; y se dista mucho, de querer extender más lejos la autoridad. El pastor que no se come el rebaño, que le defiende de los lobos arriesgando la vida, que vela noche y día para guiarle a buenos pastos. no se cuida de aumentar el número de sus carneros ni de quitarle al vecino los suyos: eso sería acrecentar su fatiga. Aunque yo nunca baya gobernado, añadía, he aprendido en las leyes y de los sabios varones que las han hecho lo penoso que es dirigir las ciudades y los reinos. Yo me doy por contento con mi pobre Itaca, por más pobre y reducida que sea: harta gloria tendré, si en ella reino con justicia, piedad y valor; y aun no reinaré sino demasiado pronto. Plegue a los dioses que mi padre, salvado del furor de las olas, vuelva a reinar hasta la más extremada vejez, y que yo pueda aprender de él por mucho tiempo cómo se han de refrenar las propias pasiones para saber moderar las de todo un pueblo.

Después de estas razones dijo Telémaco: Escuchad, o príncipes aquí reunidos, lo que en mi opinión debo deciros por vuestro propio interés. Si dais a los Daunienses un rey justo, los gobernará

con justicia, y les enseñara lo útil que es guardar la buena fe, y no usurpar a los vecinos lo suyo, lo cual les ha sido imposible comprender bajo la dominación del impío Adrasto. Mientras los gobierne un rey sabio y moderado, nada tendréis que temer de ellos, que os deberán ese buen rey dado por vosotros, y la paz y prosperidad de que disfrutarán estos pueblos, lejos de embestiros, os colmarán de bendiciones, siendo el rey y el pueblo obra toda de vuestra mano. Si al contrario preferís repartiros su territorio, he aquí las calamidades que os presagio: este pueblo, reducido a la desesperación, recurrirá de nuevo a la guerra, combatirá justamente por su libertad, y los dioses, enemigos de la tiranía, se pondrán de su parte. Si lo hacen así los dioses, tarde o temprano os veréis confundidos, y vuestras prosperidades se disiparán como el humo: les quitarán a vuestros caudillos el consejo y la sabiduría, a vuestros ejércitos el valor, y la abundancia a vuestras tierras, os alucinaréis; seréis temerarios en vuestras empresas; impondréis silencio a los buenos varones que intenten deciros la verdad; caeréis de repente, y se dirá de vosotros: ¿Son esos los florecientes pueblos que debían dar la ley al mundo entero? y ahora huyen de sus enemigos, siendo el ludibrio de las

naciones que los insultan: he ahí lo que los dioses han hecho; he ahí lo que merecen las naciones injustas, soberbias e inhumanas. Además tened presente que si os repartís esta conquista entre vosotros, vais a coaligar en contra vuestra a todos los pueblos vecinos: vuestra liga, formada para defender la libertad común de la Hesperia contra el usurpador Adrasto, se hará odiosa, y vosotros seréis a quienes todos los pueblos acusarán con razón de querer apropiaros la tiranía universal.

Pero supongo que habéis quedado vencedores de los Daunienses y de los otros pueblos, esa victoria os destruirá: he aquí como. La misma empresa, deberá desuniros, porque no estando cimentada en la justicia, no tendréis regla para limitar las pretensiones de cada uno de vosotros, queriendo cada cual que su parte de conquista sea proporcionada a su fuerza: ninguno de vosotros tendrá bastante autoridad para llevar a cabo pacíficamente la repartición, y eso será origen de una guerra que vuestros nietos no verán terminada. ¿No vale más ser justos y moderados, que dejarse arrastrar de la ambición con tantos peligros, y por medio de tantas desgracias inevitables? La sólida paz, los dulces e inocentes placeres que la acompañan, la amistad de los veci-

nos, la gloria que es inseparable de la justicia, la autoridad adquirida siendo por la buena fe los árbitros de todos los pueblos extranjeros, ¿no son bienes más apetecibles que la insensata vanidad de una conquista inicua? ¡O príncipes! ¡o reyes! bien veis que os hablo desinteresadamente: escuchad pues al que os ama bastante para contradeciros, y para enojaros poniéndoos delante de los ojos la verdad.

Mientras Telémaco hablaba así con una autoridad en nadie vista hasta entonces, y estando atónitos y suspensos todos los príncipes admitiendo la sabiduría de sus consejos, se oyó un ruido confuso que se esparció por el campamento, y llegó hasta el sitio en donde se tenía la junta. Un extranjero, dijeron, acaba de arribar a nuestras costas con gente armada. El desconocido es de elevada presencia, todo en él parece heroico: se conoce fácilmente que ha padecido mucho tiempo, y que a fuerza de valor ha superado sus trabajos. Cuando al principio le han querido repeler los pueblos que guardan la costa, como a un enemigo que viniera a hacer una irrupción, después de sacar la espada con ademán intrépido, ha declarado que se defendería, si le atacaban; pero que no pedía más que la paz y la hospitalidad. En seguida ha presentado un ramo de olivo como

suplicante. Le han oído, ha pedido que le conduzcan a los que gobiernan esta costa de la Hesperia, y le traen aquí para que hable a los reyes reunidos.

Acabadas de decir esas palabras, se vio entrar al desconocido con una majestad que sorprendió a toda la asamblea. Se hubiera creído fácilmente que era el dios Marte cuando concentra en las montañas de Tracia sus huestes sanguinarias. El extranjero comenzó a hablar así:

O vosotros, pastores de los pueblos que sin duda estáis aquí reunidos o para defender la patria de sus enemigos, para hacer que florezcan las leyes más justas, escuchad a un hombre a quien la fortuna ha perseguido. ¡Plegue a los dioses que jamás experimentéis semejantes desdichas! Yo soy Diomedes, rey de Etolia, el que hirió a Venus en el sitio de Troya. La venganza de esa diosa me persigue por todo el universo. Neptuno, que nada puede negar a la hija divina del mar, me ha entregado al furor de los vientos y las olas, que muchas veces han roto mis naves contra los escollos. La inexorable Venus me ha quitado la esperanza de volver a ver mi reino, mi familia y la dulce luz en que empecé a ver el día desde la cuna. No, ya no volveré a ver lo que más he amado del mundo. Después de tantos naufra-

gios, vengo a estas playas desconocidas a buscar en ellas un poco de descanso y un asilo seguro. Si teméis a los dioses, sobre todo a Júpiter, que ampara a los extranjeros; si sois inclinados a la compasión, no me neguéis, en estas dilatadas comarcas un rincón estéril, cualquiera desierto, algún arenal, o las rocas más escarpadas, para fundar con mis compañeros una ciudad que sea a lo menos una triste imagen de nuestra perdida patria. No pedimos más que un poco de espacio que os sea inútil. Nosotros viviremos en paz con vosotros en alianza estrecha: vuestros enemigos lo serán nuestros, y entraremos en cuanto sea de vuestro interés; no os pedimos mas que la libertad de vivir conforme a nuestras leyes.

En tanto que así hablaba Diomedes, Telémaco tenía los ojos puestos en él, y dejaba ver en su rostro todas las pasiones. Cuando Diomedes habló de sus largos infortunios, esperó él que fuera su padre aquel hombre tan majestuoso.

Luego que declaró que era Diomedes, el semblante de Telémaco se entristeció como se marchita una flor que acaba de ajar el soplo cruel de los negros aquilones. Después de quejarse Diomedes de la larga cólera de una deidad, sus palabras le enternecieron, recordándole que su padre y él habían pade-

cido los mismos infortunios: por último, derramando lágrimas de dolor y alegría, se arrojó a Diomedes para abrazarle.

Yo soy el hijo de Ulises, le dijo, al cual habéis conocido, no habiéndoos sido inútil cuando os apoderasteis de los famosos caballos de Reso. Los dioses le han tratado tan desapiadadamente como a vos. Si no mienten los oráculos del Erobe, todavía vive; pero ¡ay! No vive para mí. He abandonado a Itaca para buscarle, y ahora no puedo volver a Itaca ni encontrar a mi padre: juzgad por mi desdicha y compasión que me inspiran las vuestras. Esa es la única ventaja de los desgraciados, saber compadecerse de los padecimientos ajenos. Aunque aquí no soy más que un extranjero, puedo, o gran Diomedes (porque, a pesar de las miserias que han agobiado a mi patria en mi infancia, no me han educado tan mal que ignore vuestra fama en los combates), puedo, o el más invencible de todos los Griegos después de Aquiles, proporcionaros algunos socorros. Estos príncipes que veis son humanos, y saben que no hay virtud, ni verdadero valor, ni gloria estable sin humanidad. La adversidad derrama nuevo esplendor sobre la gloria de los grandes varones, a quienes falta algo, cuando no han sido desgraciados,

porque su vida no presenta ejemplos de paciencia y firmeza: la virtud, cuando padece, conmueve dulcemente todos los corazones que la aman. Dejad pues a nuestro cuidado el procuraros consuelo; que los dioses, al traeros hacia nosotros, nos han hecho un presente, y debemos tenernos por muy dichosos de poder dulcificar vuestras penas.

Mientras hablaba Telémaco, Diomedes maravillado le miraba atentamente, y se sentía enternecido. Abrazábanse, como si hubieran estado unidos mucho tiempo antes con íntima amistad. O digno hijo de Ulises, exclamaba Diomedes, estoy viendo en vuestro semblante la dulzura del suyo, en vuestras razones su gracia, la fuerza de su elocuencia en la vuestra, su nobleza en vuestros sentimientos, y en vuestras ideas su sabiduría.

En esto se abraza también Filoctetes con el grande hijo de Tideo, y ambos se cuentan sus tristes aventuras. Díjole en seguida Filoctetes: Sin duda os alegraréis de ver al sabio Néstor acaba de perder a Pisístrato, único hijo que le quedaba: la vida no le guarda ya más que un camino de lágrimas para llegar al sepulcro. Venid a consolarle: un amigo desgraciado puede ofrecer a su corazón más eficaz consuelo que otro cualquiera. Al punto se dirigieron

a la tienda de Néstor, que apenas reconoció a Diomedes con la excesiva tristeza que tenía abatidos su espíritu y sentidos. Al principio lloró Diomedes con él, y su vista fue para el anciano un incremento de dolor; pero poco a poco la presencia de este amigo le fue apaciguando el ánimo. Se observó fácilmente que sus males se mitigaban un poco con el placer de referir lo que había padecido, y de oír lo que le había sucedido a Diomedes.

Durante su conversación, los reyes reunidos con Telémaco examinaban lo que debían hacer. Telémaco les aconsejó que dieran a Diomedes el territorio de Arpi, y que eligieran a Polidamas rey de los Daunienses, el cual era de su nación. Este Polidamas era un famoso capitán que Adrasto, por envidia no había querido emplear jamás, temiendo que se atribuyera a su habilidad parte de la gloria de sus triunfos, que quería toda para sí. Polidamas le había advertido en particular muchas veces que exponía demasiado su vida y la salud del estado en una guerra en que tenía contra él tantas naciones confederadas, y había procurado inclinarle a observar otra política más recta y moderada con sus vecinos. Pero los hombres que odian la verdad, odian también al que se atreve a decirla, sin que los mueva su sinceridad,

celo y desinterés. Una prosperidad engañosa había endurecido el corazón de Adrasto para los consejos saludables; sin seguirlos triunfaba todos los días de sus enemigos; la arrogancia, la mala fe, la violencia le aseguraban siempre la victoria, ninguno de los contratiempos con que le amenazaban las repetidas predicciones de Polidamas, se realizaba. Adrasto se mofaba de una prudencia tímida que prevé siempre inconvenientes; Polidamas se le hizo insoportable; le alejó de todos los puestos, y le dejó consumirse en la soledad y la pobreza.

Al pronto Polidamas se sintió agobiado por esta desgracia; pero de el la sacó lo que le faltaba, pues le abrió los ojos y le hizo conocer la vanidad de las grandes fortunas, instruyóse a su costa, y se alegró de haber sido desgraciado, aprendiendo poco a poco a callar, a vivir con estrechez, a nutrir pacíficamente su alma de la verdad, a cultivar las virtudes secretas que son mas apreciables que las brillantes y en fin, a no necesitar de los hombres. Fuese a vivir a la falda del Gárgano, en un desierto, donde le servía de techo una roca medio abovedada. Un arroyo que caía de la montaña le apagaba la sed; algunos árboles le daban frutas, y con dos esclavos que cultivaban un campo reducido, y a quienes ayudaba con

sus propias manos, hallaba en la tierra el pago que esta daba con usura a sus fatigas, no dejándole carecer de lo que necesitaba. Ni tenía solamente frutas y legumbres, cultivaba además toda especie de flores olorosas. Allí deploraba la desgracia de los pueblos que la ambición insensata de un rey arrastra a su ruina. Allí aguardaba a cada instante que los dioses, justos aunque sufridos, derribaran a Adrasto. Cuanto más crecía su prosperidad, tanto más cerca creía ver su caída inevitable; porque la imprudencia que sale bien de sus faltas, el poder que sube a los últimos excesos de la autoridad absoluta, son los precursores de la destrucción de los reyes y de los reinos. Cuando supo la derrota y muerte de Adrasto no manifestó la menor satisfacción, ni de haber acertado ni de verse libre del tirano; solo gimió por el temor de ver a los Daunienses esclavos.

Ése fue el hombre que Telémaco propuso para reinar. Ya hacía algún tiempo que estaba enterado de su valor y virtud; porque, siguiendo los concejos de Mentor, no dejaba de informarse en todas partes de las prendas y defectos de todos los que ocupaban algún empleo considerable, no sólo entre los aliados, sino también entre los enemigos. Su principal cuidado era descubrir y examinar en donde quiera

que fuese a los hombres que tenían alguna habilidad especial o una virtud eminente.

Los príncipes aliados manifestaron al principio cierta repugnancia a elevar a Polidamas a la dignidad regia. Hemos experimentado, decían, cuan formidable sea para sus vecinos un rey de los Daunienses, cuando tiene afición a la guerra y la sabe hacer. Polidamas es un gran capitán, y nos puede poner en mucho peligro. Pero Telémaco les respondió: Polidamas, es verdad, sabe el arte de la guerra; más es amigo de la paz, y esas dos cosas son las que se han le buscar. El que conoció las desgracias, peligros y dificultades de la guerra, es mucho más capaz de evitarla que cualquiera otro que nada de eso conoce. Él ha aprendido a gozar de la felicidad de una vida sosegada; ha condenado las empresas de Adrasto; ha previsto sus resultas funestas, Un príncipe débil, ignorante y sin experiencia es mas de temer para vosotros que una persona que de todo se informara, y todo lo decidiera por sí mismo. El príncipe débil e ignorante no verá sino por los ojos de algún privado con pasiones, o de un ministro adulador, turbulento y ambicioso; y así se encontrará empeñado ese príncipe ciego en la guerra sin quererla hacer. Nunca podréis estar seguros de él, porque él mismo no po-

drá estarlo de sí; os faltará a la palabra; no tardará en reduciros al extremo de tener que acabar con él, o de que él acabe con vosotros. ¿No es más útil, más seguro, y al mismo tiempo más justo y noble, corresponder fielmente a la confianza de los Daunienses, y darles un rey digno de gobernarlos?

Con ese razonamiento quedó persuadida toda la asamblea. Fuese a proponer a Polidamas a los Daunienses, que aguardaban la resolución con impaciencia. Al oír el nombre de Polidamas, respondieron: Ahora conocemos que los príncipes aliados quieren proceder con lealtad, y hacer con nosotros una paz duradera, pues nos proponen para rey un varón tan virtuoso y tan capaz de gobernarnos. Si se nos hubiera señalado un cobarde, afeminado e ignorante, hubiéramos creído que se pretendía humillarnos y corromper la forma de nuestro gobierno; y tan dura y artificiosa conducta nos hubiera inspirado un vivo y profundo resentimiento; pero la elección de Polidamas prueba verdadero candor.

Los aliados no esperan ciertamente de nosotros sino lo que es justo y noble, pues nos dan un rey que es incapaz de hacer cosa alguna contra la libertad y la gloria de nuestra nación: así podemos pro-

testar, a la faz de los justos dioses, que antes volverán hacia su nacimiento las corrientes de los ríos, que dejemos nosotros de amar a tan benéficos reyes. ¡Ojalá llegue a nuestros últimos descendientes el recuerdo del beneficio que hoy recibimos, y se renueve la paz de generación en generación, haciendo renacer el siglo de oro en toda la costa de la Hesperia!

Propúsoles Telémaco en seguida que cedieran a Diomedes las campiñas de Arpi para fundar en ellas una colonia. Este nuevo pueblo, les dijo, os deberá su establecimiento en la comarca que no ocupáis, Acordaos de que todos los hombres deben amarse; que la tierra es demasiado ancha para todos; que es menester tener vecinos, y que vale más verlos que os estén agradecidos por su acogida y establecimiento. Compadeceos del infortunio de un rey que no puede volver a su patria. Polidamas y Diomedes, unidos con los lazos de la justicia y la virtud, únicos que son duraderos, os mantendrán en una paz profunda, y os harán temer de los pueblos vecinos que piensen en engrandecerse. Ya veis, Daunienses, que hemos dado a vuestra tierra y a vuestra gente un rey capaz de hacer subir al cielo vuestra gloria; dad, por vuestra parte, pues nosotros os lo pedimos, un

terreno que os es inútil a un rey digno de toda especie de socorro.

Los Daunienses respondieron que nada podían negar a Telémaco, siendo quien les había procurado un rey como Polidamas. En seguida fueron a buscarle a su desierto y a ponerle en posesión del reino. Antes de partir, dieron a Diomedes las fértiles llanuras de Arpi para fundar en ellas un nuevo estado. Los aliados se regocijaron mucho, porque aquella colonia de Griegos podría ofrecer un auxilio poderoso a su partido, en caso de que los Daunienses intentaran renovar las usurpaciones, cuyo mal ejemplo había dado Adrasto.

Todos los príncipes no pensaron ya más que en separarse, Telémaco partió con las lágrimas en los ojos, llevándose a los suyos, después de haber abrazado tiernamente al valeroso Diomedes, al sabio e inconsolable Néstor, y al celebrado Filoctetes, digno heredero de las flechas de Hércules.

LIBRO XXII

Telémaco al llegar a Salento queda sorprendido de ver el campo tan bien cultivado, y de hallar tan poca magnificencia en la ciudad. Mentor le explica las razones de aquel cambio, le señala los vicios que de ordinario impiden a un estado que florezca y le propone por dechado la conducta y el gobierno de Idomeneo; Telémaco abre su corazón a Mentor, confiándole su inclinación a Antíope, hija de aquel rey, y su designio de casarse con ella. Mentor alaba con él sus buenas cualidades, le asegura que los dioses se la destinan; pero lo declara que por de pronto no debe pensar sino en volver a Itaca, y libertar a Penélope de las persecuciones de sus pretendientes.

Ardía en impaciencia de volver al lado de Mentor el hijo de Ulises, y de embarcarse con él en Salento para regresar a Itaca, donde esperaba que habría llegado su padre cuando arribó a las costas salenti-

nas, se admiró luego de toda la campiña, que había dejado inculta y desierta, como un jardín y llena de trabajadores diligentes, reconoció la obra de la sabiduría de Mentor. Después, entrando en la ciudad, notó que había en ella muchos menos delicias de la vida, y mucha menos magnificencia. Repugnóle la mudanza, porque era naturalmente inclinado a todo lo que manifiesta esplendor y cultura. Pero al mismo tiempo se apoderaron de su ánimo otros pensamientos, al ver desde lejos a Idomeneo, que con Mentor le salía al encuentro. Entonces se le conmovió el corazón de júbilo y ternura: a pesar de todos los triunfos que había alcanzado en la guerra hecha a Adrasto, temió que Mentor no tuviera algo que reprenderle, y al paso que se acercaba, inquiría en los ojos de su maestro si se tendría que reconvenir de algunas faltas.

Abrazó primero Idomeneo a Telémaco cual si hubiera sido su propio hijo; en seguida Telémaco se echó al cuello de Mentor, y le regó con lágrimas. Mentor le dijo: Estoy contento, habéis cometido faltas graves; pero os han servido para que os conozcáis y desconfiéis de vos mismo. Más fruto saca uno muchas veces de sus faltas que de sus más brillantes hazañas. Las grandes acciones hinchan el

corazón e inspiran una presunción peligrosa; las faltas hacen que el hombre vuelva en sí, y que recobre la prudencia que había perdido con el buen éxito. Lo que os queda que hacer es alabar a los dioses, y no querer que los hombres os alaben. Grandes cosas habéis hecho; pero confesad la verdad, no sois vos por quien se han hecho. ¿No es cierto que os han venido como una cosa extraña que había en vos? ¿No erais capaz de frustrarlas ya por vuestra impetuosidad, ya por vuestra imprudencia? ¿No sentíais que Minerva os había como transformado en otro hombre superior a vos mismo para hacer lo que habéis hecho? La diosa ha tenido suspensos vuestros defectos, como Neptuno, cuando calma las tempestades, suspende las irritadas olas.

Mientras Idomeneo preguntaba con curiosidad a los Cretenses que habían vuelto de la guerra, Telémaco escuchaba los sabios consejos de Mentor: después miraba a todos lados con admiración, y le decía: Noto un cambio cuya razón no alcanzo; ¿ha sucedido alguna calamidad en Salento durante mi ausencia? ¿de dónde proviene que no se encuentra ya la magnificencia que brillaba en todas partes antes de mi marcha? No veo oro, ni plata, ni piedras preciosas: los trajes son simples; los edificios que se

fabrican son menos espaciosos y están menos adornados; las artes desmayan, la ciudad se ha convertido en un desierto.

¿Habéis reparado en los campos que rodean la ciudad? le contestó Mentor sonriéndose. Sí, repuso Telémaco: he visto por todas partes honrada la labranza, y los campos arados. ¿Qué vale mas, añadió Mentor, una soberbia ciudad de mármol, oro y plata con un campo desatendido y estéril, o un campo cultivado y fértil con una ciudad mediana y modesta en sus costumbres? Una ciudad grande muy poblada de menestrales ocupados en enervar las costumbres por medio de las delicias de la vida, cuando está circundada de un reino pobre y mal cultivado, se parece a un monstruo cuya cabeza es de enorme tamaño, y cuyo cuerpo entero flaco y extenuado no guarda proporción alguna con ella. Lo que constituye la verdadera fuerza y la verdadera riqueza de un estado, es su numerosa población y la abundancia de sus alimentos. Idomeneo tiene ahora un pueblo innumerable e infatigable en el trabajo, que cubre toda la extensión de su territorio: el reino entero no es mas que una continuada ciudad, Salento no es sino el centro de ella. Hemos transportado de la ciudad al campo los hombres que hacían falta en el

campo y estaban de sobra en la ciudad. Además, hemos atraído a este país a muchos pueblos extranjeros. Cuanto más se multiplican estos, tanto más se multiplican los frutos de la tierra con el trabajo: esta multiplicación tan dulce y apacible aumenta su reino más que pudiera hacerlo una conquista. No se ha desterrado de la ciudad sino a las artes superfluas que apartan a los pobres de la cultura de la tierra para las verdaderas necesidades, y corrompen a los ricos precipitándolos en, el fausto y la molicie; pero en nada hemos perjudicado a las bellas artes ni a los hombres que tienen verdaderas disposiciones para cultivarlas. Así es Idomeneo más poderoso ahora que no lo era cuando admirabais su magnificencia. Aquel brillo deslumbrador ocultaba tanta debilidad y miseria, que no hubieran tardado en trastornar su imperio: en el día cuenta con muchos mas hombres, y los alimenta con mayor facilidad. Estos hombres, acostumbrados al trabajo, a las fatigas y al desprecio de la vida por el amor de las buenas leyes, están dispuestos todos a pelear para defender las tierras que sus propias manos han cultivado. Este estado, que creéis decaído, no tardará en ser la maravilla de la Hesperia.

Acordaos, o Telémaco, de que en el gobierno de los pueblos hay dos cosas perniciosísimas, a las cuales casi nunca se aplica remedio alguno: la primera es una autoridad injusta y demasiado violenta por parte de los reyes; la segunda es el lujo, que pervierte las costumbres.

Cuando los reyes se acostumbran a no reconocer más leyes que su absoluta voluntad, y a no poner freno a sus pasiones, todo lo pueden; pero a fuerza de poderlo todo, minan los cimientos de su poderío; no tienen regla cierta ni máximas de gobierno; cada cual se esmera en adularlos; no tienen pueblos; quédanles solamente esclavos, cuyo número se disminuye de día en día. ¿Quién ha de decirles la verdad? ¿quién ha de poner limites a ese torrente? Todo cede; los sabios huyen, se esconden y gimen. Nada puede reducir a su cauce natural ese poder que ha salido de sus diques sino una súbita y violenta revolución: muchas veces el golpe que podría moderarle, suele destruirle sin recurso. Nada amenaza tanto con una caída funesta como la autoridad llevada demasiado lejos. Se debe comparar a un arco cuando está muy tirante, que se rompe de improviso, si no se afloja; pero ¿quién se atreverá a aflojarlo? Idomeneo estaba pervertido hasta lo más íntimo

del corazón, por ese lisonjero poderío: había sido destronado; pero no había podido conocer su yerro. Ha sido menester que los dioses nos hayan enviado aquí para que se desengañara de ese poder ciego y desmedido que no conviene a hombres; y aun se ha necesitado hacer casi milagros para abrirle los ojos.

El otro mal, casi incurable, es el lujo. Como la demasiada autoridad envenena a los reyes, el lujo envenena a toda la nación. Dícese que, el lujo sirve para alimentar a los pobres a expensas de los ricos; como si los pobres no pudieran ganar la vida con más provecho multiplicando los frutos de la tierra, sin enervar a los ricos por medio del refinamiento de las delicias. Cuando toda una nación se habitúa a mirar como necesarias para la vida las cosas superfluas, todos los días se inventan nuevas necesidades, y no se puede pasar sin lo que treinta años antes no se conocía. Llamase el lujo buen gusto, perfección de las artes y cultura de una nación. Este vicio, que trae en pos de sí otros infinitos, se alaba como virtud, y extiende el contagio desde el rey hasta la última hez del pueblo. Los parientes inmediatos del rey quieren imitar su magnificencia; los grandes la de los parientes del rey; las gentes medianas quieren igualarse con los grandes, porque ¿quién se hace

justicia? Los pequeños quieren pasar por medianos, todo el mundo hace más de lo que sus fuerzas le permiten; unos por fausto y para hacer ostentación de sus riquezas; otros por punto de honra mal entendida, y para ocultar su pobreza. Los mismos que tienen bastante juicio para condenar tamaño desorden, no lo tienen para levantar la cabeza, y dar los primeros ejemplos de la enmienda. Una nación entera se arruina, todas las condiciones se confunden. El ansia de adquirir bienes para sufragar a un gasto vano corrompe las almas más puras: ya no se trata sino de ser rico; la pobreza es infamia. Sed sabio, ingenioso, bueno, instruid a los hombres, ganad batallas, salvad la patria, sacrificad toda vuestra hacienda; seréis despreciado, si vuestros méritos no están realzados por el fausto. Hasta los que nada tienen quieren aparentar que poseen, y gastan como si tuvieran; se toma prestado, se engaña, se emplean mil artificios indignos para llegar. Pero ¿quién remedia estos males? Es menester cambiar el gusto y los hábitos de toda una nación, es menester darle nuevas leyes. ¿Quién ha de acometer empresa tal, sino un rey filósofo que con el ejemplo de su propia moderación sepa avergonzar a los que se dan a fastuosos dispendios, y favorecer a los sabios, que se

alegrarán de verse autorizados en su honesta frugalidad?

Telémaco, al escuchar ese discurso, estaba como quien despierta de un sueño profundo: conocía la verdad de aquellas palabras, que se grababan en su corazón, como se imprimen en el mármol las facciones que quiere un sabio escultor, el cual les da terneza, vida y movimiento. Telémaco no respondía pero repasando en su mente cuanto acababa de oír, recorría con los ojos los cambios hechos en la ciudad. Después dijo a Mentor:

Habéis hecho de Idomeneo el más sabio de los reyes: ni a él le conozco ni a su pueblo. Confieso también que lo que habéis hecho vos aquí es de mayor grandeza que las victorias que nosotros acabamos de conseguir. La casualidad y la fuerza tienen mucha parte en los sucesos favorables de la guerra, y es menester que partamos la gloria de los combates con nuestros soldados; pero vuestra obra es toda de una sola cabeza; habéis necesitado trabajar solo, y contra un rey y su pueblo entero, para corregirlos. El buen éxito de la guerra es funesto siempre y odioso: aquí todo es obra de una sabiduría celeste; todo es dulce, todo es puro, todo es amable, todo revela una autoridad superior al hombre. Cuando se

busca la gloria, ¿por qué no se ha de buscar en esta aplicación a hacer bien? ¡Oh! ¡qué mal conoce la gloria quien espera alcanzarla sólida, devastando la tierra y vertiendo la sangre humana!

Asomósele al rostro a Mentor la alegría que le causaba ver a Telémaco tan desengañado de las victorias y conquistas, a una edad en que era natural que estuviese embriagado con la gloria recién adquirida.

En seguida añadió Mentor: Es cierto que cuanto aquí veis es bueno y laudable; pero sabed que podrían hacerse cosas mejores. Idomeneo modera sus pasiones, y procura gobernar su pueblo con justicia; sin embargo aun no dejo de cometer muchas faltas, que son desgraciadas consecuencias de sus faltas antiguas. Cuando los hombres se quieren separar del mal, parece que el mal los persigue todavía mucho tiempo; quédanles hábitos viciosos, una índole, debilitada errores inveterados, y preocupaciones casi incurables. ¡Dichosos los que jamás se han extraviado! esos pueden obrar bien con más perfección. Los dioses, o Telémaco, exigirán más de vos que de Idomeneo; porque conocéis la verdad desde vuestra juventud, y nunca habéis estado expuesto a las seducciones de una grande prosperidad.

Idomeneo es prudente e ilustrado, continuaba Mentor pero se ocupa demasiado de pormenores, y no medita bastante acerca del conjunto de sus negocios para formar planes. La habilidad de un rey que es superior a los demás hombres no consiste en hacerlo todo por sí mismo: grosera vanidad sería esperar realizarlo, o querer persuadir a los otros que es uno capaz de ello. Un rey debe gobernar buscando y dirigiendo a los que han de gobernar bajo su mando: no es menester que entre en pormenores, porque así desempeñaría las funciones de sus subalternos; basta solamente con que se haga dar cuenta, y con que sepa lo suficiente para entrar en su examen con discernimiento. Lo que es gobernar maravillosamente es elegir a los que han de gobernar, y colocarlos según su capacidad. En gobernar a los que gobiernan está el supremo y perfecto gobierno: es menester observarlos, experimentarlos, moderarlos, corregirlos, animarlos, elevarlos, rebajarlos, mudarlos de puesto, y tenerlos siempre en la mano. Quererlo examinar todo por si acusa desconfianza, pequeñez: eso es entregarse a una emulación de menudencias que consume el tiempo y despejo necesarios para las cosas grandes. Para formar grandes designios se necesita que el ánimo esté libre y

sosegado; es menester pensar holgadamente y con cabal desembarazo del despacho de asuntos espinosos. El ingenio apurado por los pormenores es como el solaje del vino, que no tiene fuerza ni regalo. Los que así gobiernan, siempre se determinan por lo presente, sin extender sus miras a lo futuro: déjanse llevar del negocio del día en que están, y éste siendo el único que los tiene ocupados, los absorbe, y les apoca el entendimiento; porque no se juzga sanamente de los negocios sino comparándolos entre sí, y ordenándolos todos de manera que presenten consecuencia y proporción. Faltar a esa regla de gobierno es imitar a un músico que se contentara con hallar sonidos armoniosos, sin cuidarse de unirlos y combinarlos para formar una composición dulce y apasionada. Es también imitar al arquitecto que creyera acabada su obra, por tener juntas grandes columnas, muchas piedras labradas, sin pensar en el orden de la construcción ni en las proporciones de los adornos que mientras construyera una sala, no se acordara de que sería menester una escalera correspondiente, o cuando trabajara en el cuerpo del edificio, no pensara en el patio ni el portal. Semejante obra no sería sino un conjunto monstruoso de partes magníficas, que no podrían convenir unas

con otras, y lejos de honrar al autor, sería un monumento eterno de su vergüenza; porque haría ver que no había tenido capacidad bastante para abrazar en su mente el plan general de todo su trabajo, y que era ingenio de una índole mezquina y subalterna. No lo dudéis, mi querido Telémaco, el gobierno de un reino pide cierta armonía como la música y exactas proporciones como la arquitectura.

Si queréis que me sirva todavía de la comparación de esas artes, yo os haré conocer cuan mediocres son los hombres que gobiernan ocupándose de los pormenores. El que en un concierto no canta más que ciertas cosas, por más perfectamente que las cante, no pasa de ser un cantor: el que lleva el concierto y que arregla a la vez todas las partes, es el verdadero maestro de música. Del mismo modo el que labra las columnas, o levanta un lado del edificio, no es más que un albañil; pero el que ha ideado toda la fábrica, y tiene en la cabeza todas las proporciones, ese es el arquitecto. Así los que instruyen más expedientes, los que trabajan mas, y despachan más asuntos, son los que gobiernan menos; no son sino oficiales subalternos. La verdadera inteligencia que dirige el estado, es la del que sin hacer nada, lo hace hacer todo, que piensa, que inventa, que pene-

tra lo venidero, recapitula lo pasado, que compone, que adapta, que prepara de antemano, que se aferra continuamente, para luchar contra la fortuna, como un nadador contra el torrente del agua, que vela noche y día porque nada dependa del acaso.

¿Creéis, Telémaco, que un gran pintor se afana desde por la mañana hasta por la noche para despachar más prontamente sus obras? No, esa premura, ese trabajo servil apagarían todo el fuego de su imaginación; no trabajaría ya de ingenio, y es menester que todo lo haga irregularmente y por inspiración cuando su gusto le mueve y cuando le excita el ánimo. ¿Creéis que pasa el tiempo moliendo colores y preparando pinceles? No, esa es ocupación de sus discípulos. Él se reserva la parte de pensar; no se cuida más que de trazar los rasgos atrevidos que dan a sus figuras nobleza, vida y pasión. Tiene en su cabeza las ideas y sentimientos de los héroes que quiere representar: transpórtase a los siglos en que han vivido, y se pone en todas las circunstancias en que han estado: a ese entusiasmo necesita añadir cierto juicio que le contenga, para que todo sea verdadero, exacto y proporcionado. ¿Creéis que sea menester, Telémaco, menos elevación de ingenio y de esfuerzos de pensamiento para formar un gran

rey que para formar un gran pintor? Deducid pues por conclusión que la tarea de un rey debe ser pensar en grandes proyectos, y buscar los hombres capaces de llevarlos a cabo bajo su dirección.

Telémaco le respondió: Me parece que he entendido cuanto habéis dicho; pero si las cosas fueran así, un rey se vería engañado muchas veces, no entrando por sí mismo en los pormenores. Vos sois quien se engaña, replicó Mentor: lo que impide el ser engañado es el conocimiento general del gobierno. Las gentes que no tienen principios en los negocios, y que carecen de verdadero discernimiento para juzgar a los demás, van siempre como a tientas: es casualidad que no se engañen; no saben siquiera exactamente lo que buscan, ni a qué se deben inclinar; no saben mas que desconfiar, y desconfían mas bien de los hombres honrados que les contradicen, que de los engañosos que les adulan. Al contrario los que tienen principios de gobierno y conocimiento de los hombres, saben lo que deben buscar en ellos, y los medios de conseguirlo: conocen, a lo menos en general, si las personas de que se valen son los instrumentos propios para sus designios, y si entran en su miras para tender al objeto que se proponen. Además, como no se entregan a pormenores

fatigosos, conservan el entendimiento más despejado para ver de una ojeada la totalidad de la obra, y observar si camina hacia el fin principal. Si son engañados, a lo menos no lo son en lo esencial. Están al mismo tiempo fuera del alcance de esas pobres envidias que señalan una inteligencia limitada y una alma baja: comprenden que no es posible evitar el engaño a los grandes negocios, porque es menester servirse de hombres en ellos, y los hombres son tan a menudo engañosos. Más se pierde con la irresolución en que arroja la desconfianza que se perdería con dejarse engañar un poco. Por feliz debe tenerse el que no es engañado sino en las cosas medianas: las grandes no dejan por eso de seguir adelante, y eso es lo único que debe inquietar a un hombre grande. Con severidad se ha de reprimir el engaño, cuando se descubra; pero es menester hacer cuenta con él, si no se quiere ser verdaderamente engañado. Un artesano en su tienda todo lo ve con sus ojos, todo lo hace con sus manos; pero un rey no puede verlo ni oírlo todo en un grande estado. Lo único que debe hacer es lo que no puede hacer otro: lo único que debe ver es lo que pertenece a la resolución de las cosas importantes.

Por último Mentor dijo a Telémaco: Los dioses os aman y os preparan un reinado lleno de sabiduría. Cuanto aquí veis, se ha hecho menos para gloria de Idomeneo que para enseñanza vuestra. Todas las sabias instituciones que admiráis en Salento, no son más que un bosquejo de lo que haréis en Itaca algún día, si correspondéis con vuestras virtudes a vuestros altos destinos. Más ya es tiempo que partamos; Idomeneo nos tiene preparado un bajel para volver a nuestra patria.

A continuación Telémaco, aunque no sin trabajo, le reveló a su amigo una inclinación que le hacía mirar a Salento con pena. Tal vez, le dijo, me culparéis de enamorarme demasiado fácilmente por donde quiera que paso; pero mi corazón me reconvendría sin cesar, si os ocultase que amo a Autiope, hija de Idomeneo. No, mi querido Mentor, no es una pasión ciega como la ocasión de que me habéis curado en la isla de Calipso he sondeado bien la profundidad de la herida que el amor me hizo, no pudiendo todavía pronunciar el nombre de Eucaris sin estremecerme; el tiempo y la ausencia no le han borrado del alma. Esta experiencia funesta me enseña a desconfiar de mí. Pero lo que yo siento por Antiope nada tiene de aquello: no es un amor vio-

lento, es inclinación, aprecio, convencimiento de que sería dichoso si pasara la vida con ella. Si los dioses me vuelven a mi padre, y me permiten elegir una mujer, Antiope será mi esposa. Lo que me encanta más en ella es su silencio, su modestia, su recato, su asiduidad en el trabajo, su habilidad para las labores de lana y el bordado, su aplicación a gobernar toda la casa de su padre desde que su madre ha muerto, su desprecio de los vanos adornos, el olvido o la ignorancia misma de su hermosura en que parece que está. Cuando Idomeneo le manda guiar al son de las flautas los bailes de las jóvenes Cretenses, se le tendría por la festiva Venus, que va seguida de las Gracias. Cuando la lleva consigo a la caza por los bosques parece majestuosa y diestra en disparar el arco, como Diana en medio de sus ninfas, ella sola no lo sabe, y todo el mundo la admira. Cuando entra en los templos de los dioses, llevando en la cabeza los canastillos con las cosas sagradas, se creería que es ella misma la deidad que habita en los templos. ¡Con qué timidez, con qué religión la hemos visto ofrecer sacrificios y desarmar la cólera de los dioses, cuando ha sido menester expiar alguna falta, o conjurar algún funesto presagio! En fin, cuando se ve rodeada de doncellas con una aguja de

oro en la mano, se cree que es la misma Minerva que ha tomado en la tierra una forma humana y que inspira a los hombres las bellas artes: anima a las otras a trabajar; les aligera el trabajo y el fastidio con la dulzura de su voz, cantando las maravillosas historias de los dioses: la delicadeza de sus bordados supera la más exquisita pintura. ¡Dichoso el hombre a quien un dulce himeneo una con ella! No tendrá que temer sino el perderla y sobrevivirle.

Invoco a los dioses por testigos, mi querido Mentor, que estoy pronto a partir: yo amaré a Antiope toda mi vida; pero no retardará un momento mi vuelta a Itaca. Si otro debe poseerla, pasaré el resto de mis días en la tristeza y la amargura; pero en fin la dejaré, aunque sepa que la ausencia puede hacérmela perder. No quiero hablarle a ella ni hablar a su padre de mi amor: porque no debo hablar de él sino a vos solo, hasta que Ulises, vuelto a su trono, me haya declarado su consentimiento. Por ahí podéis conocer, mi querido Mentor, cuan diferente es esta inclinación de la llama con que me habéis visto ciego por Eucaris.

Mentor respondió: O Telémaco, convengo en esa diferencia. Antiope es dulce, sencilla y recatada; sus manos no desdeñan el trabajo; prevé con mucha

antelación, y provee a todo; sabe callar, y obra con presteza y sin precipitación; a todas horas está ocupada; nunca se confunde, porque hace cada cosa a su tiempo: el buen orden de la casa de su padre es gloria que la realza más que su hermosura. Aunque de todo se cuide, y tenga que reprender, negar, ahorrar, cosas que hacen aborrecidas a las mujeres, sin embargo se ha granjeado el cariño de toda la casa: lo cual consiste en que no hay en ella como en las otras mujeres ni pasión, ni tenacidad, ni ligereza, ni capricho: bástale una mirada para que la entiendan, temiendo todos disgustarle: manda con claridad, y solamente lo que se puede hacer; es bondadosa en reprender, y cuando reprende, anima. El corazón de su padre encuentra en ella el descanso que el viajero extenuado por los ardores del sol halla en la sombra sobre la fresca yerba. Tenéis razón, Telémaco, Antiope es un tesoro digno de buscarse en las regiones más apartadas. Su entendimiento, como su cuerpo, jamás se adorna con vanos atavíos su imaginación, aunque viva, está moderada por su juicio no habla sino por necesidad; y cuando abre la boca, corren de sus labios la dulce persuasión y las gracias candorosas. Desde que empieza a hablar, calla todo el mundo, y ella se ruboriza, faltando poco para que

suprima lo que ha querido decir, cuando advierte que con tanta atención la escuchan. Apenas la hemos oído hablar.

¿Os acordáis, Telémaco de un día que su padre la hizo venir? Presentóse con los ojos bajos, cubierta de un gran velo, y no habló sino para templar el enojo de Idomeneo que quería castigar rigorosamente a uno de sus esclavos: al principio participó de su sentimiento, y luego le fue calmando, hasta que le hizo oír lo que podía disculpar al desdichado, y, sin que el rey se pudiera creer reconvenido de su demasiado arrebato, le inspiró afectos de justicia y compasión. Cuando Tetis acaricia al viejo Nereo, no aplaca con más dulzura las olas irritadas. Así Antiope, sin arrogarse autoridad alguna ni prevalerse de sus encantos, manejará el corazón de su esposo, como ahora pulsa su lira, cuando quiere hacer resonar la más tierna armonía. Os lo repito, Telémaco, ese amor es merecido; los dioses os la destinan: vos la amáis con un amor juicioso; es menester aguardar a que Ulises os la dé. Alabo el que no hayáis querido declararle vuestros sentimientos; y sabed que, si hubierais empleado algún medio indirecto para informarla de vuestros designios, os habría desairado, dejando de teneros en estimación. Antiope no em-

peñará su fe a nadie; daràla a quien su padre quiera, y no será esposa sino de un hombre que tema a los dioses y llene mejor todas las condiciones del decoro. ¿Habéis reparado como yo que se presenta aun menos y baja más los ojos desde vuestra vuelta? Ella sabe lo que os ha sucedido de afortunado en la guerra; no ignora vuestro nacimiento ni vuestras aventuras, ni cuanto los dioses os han favorecido: eso es lo que le inspira tanta modestia, tanto recato. Vamos, Telémaco, vamos a Itaca; quédame solo el haceros encontrar a vuestro padre, y poneros en estado de obtener una esposa digna del siglo de oro: aunque fuese una pastora de la fría región de la Algida, en vez de ser como es hija del rey de Salento, deberéis daros por muy feliz de poseerla.

LIBRO XXIII

Idomeneo quiere retardar la despedida de sus huéspedes, y propone a Mentor varios asuntos embarazosos, asegurándole que no podrá arreglarlos sin su ayuda. Mentor le explica como se debe comportar, e insiste en llevarse a Telémaco. Idomeneo prueba a detenerlos excitando en éste su pasión por Antiope e invítalos a una cacería, a que dispone que su hija asista. Antiope va a ser despedazada por un jabalí y la salva Telémaco, a quien después cuesta mucho separarse de ella y despedirse del rey su padre; pero animado por Mentor, vence su pena, y se embarca para su patria.

Idomeneo, que temía la partida de Telémaco y Mentor, no pensando más que en diferirla, hizo presente a Mentor que sin él no podía arreglar cierta disidencia que se había suscitado entre Diofanes, sacerdote de Júpiter Conservador, y Heliodoro, sa-

cerdote de Apolo, sobre los presagios que se sacan del vuelo de las aves y de las entrañas de las víctimas.

¿Por qué, le respondió, queréis meteros en las cosas sagradas? Dejadlas a la decisión de los Etruscos, que conservan la tradición de los oráculos más antiguos, y están inspirados para ser intérpretes de los dioses: emplead, vuestra autoridad solamente en sofocar esas disputas en su nacimiento. No mostréis parcialidad ni aversión; contentaos con apoyar la decisión competente cuando esté pronunciada: acordaos de que un rey debe ser sumiso a la religión, y no entrometerse en arreglarla: la religión viene de los dioses, y está sobre los reyes. Si los reyes se mezclan en la religión, en lugar de protegerla, la pondrán en servidumbre. Son tan poderosos, y los demás hombres tan débiles, que todo correrá peligro de alterarse al gusto de los reyes, si se les hace entrar en las cuestiones que tocan a las cosas sagradas. Dejad pues que las resuelvan con absoluta libertad los amigos de los dioses, y ceñíos a castigar a los que no se sometan a su juicio, cuando éste se declare.

En seguida se lamentó Idomeneo del embarazo en que le ponía una multitud de procesos entre varios particulares, para cuya sentencia le apuraban.

Decidid todos los casos nuevos, fue la respuesta de Mentor, los cuales van a servir luego de máximas generales de jurisprudencia, para la interpretación de las leyes; pero no os encarguéis jamás de juzgar las causas particulares, que todas se os echarían encima de tropel; seríais el único juez de vuestro pueblo, y los demás jueces, vuestros subalternos, vendrían a ser inútiles; os hallaríais abrumado, y los negocios de menor cuantía os robarían a los de grande importancia, sin lograr dar salida a todo el despacho de los asuntos inferiores. Guardaos pues de enredaros, en semejante laberinto: remitid los pleitos particulares a los jueces ordinarios, y no hagáis más que lo que ningún otro puede hacer para aliviaros: de ese modo desempeñaréis entonces, las verdaderas funciones de rey.

Me acosan además para que disponga ciertos casamientos, decía Idomeneo. Las personas de nacimiento distinguido, que me han seguido a la guerra, y sirviéndome han perdido cuantiosas haciendas, desean encontrar una especie de remuneración ca-

sándose con ciertas doncellas ricas; y no tengo más que decir una palabra para procurarles esas ventajas.

Es verdad, contestó Mentor, que bastaría una palabra vuestra; pero esa sola palabra os saldría demasiado cara. ¿Querríais quitarles a los padres la libertad y consuelo de elegir a sus yernos, y por consecuencia a sus herederos? Eso fuera imponer a todas las familias la más rigorosa esclavitud, y haceros responsable de las desgracias domésticas de vuestros ciudadanos. Hartas espinas tienen los casamientos sin añadirles además esa amargura. Si tenéis fieles servidores que recompensar, dadles tierras incultas; agregad a ellas distinciones y hombres proporcionados a su categoría y servicios; aumentad el pago, si es menester, con dinero de vuestros ahorros; pero jamás os redimáis de vuestras deudas sacrificando las jóvenes ricas a disgusto de sus padres, Idomeneo pasó de ese a otro punto. Los Sibaritas, decía, se quejan de que les hemos usurpado tierras que les pertenecían, para darlas como campos incultos que labrar a los extranjeros que hemos atraído desde hace poco a Salento; ¿debo ceder a esos pueblos? Si cedo, cualquiera creerá que le basta inventar pretensiones para darnos la ley.

No es justo, repuso Mentor, creer a los Sibaritas en su propia causa; pero tampoco lo es creeros a vos en la vuestra, ¿Quién pues ha de ser juez? replicó Telémaco. Ninguno puede serlo en su propio litigio, prosiguió Mentor; pero se debe tomar por árbitro a un pueblo vecino que a ninguna de las partes sea sospechoso: por ejemplo, los Sipontinos: esos no tienen interés alguno contrario a los vuestros.

Mas ¿he de someterme yo, replicó Idomeneo, al juicio de cualquier árbitro? ¿no soy rey? ¿tiene obligación un soberano de reconocer el fallo de los extranjeros para determinar la extensión de su dominio?

Mentor anudó así su discurso: Supuesto, que os queréis mantener firme, debéis de estar muy seguro de la razón de vuestro derecho; por otra parte, los Sibaritas no ceden, y sostienen que el suyo es incontestable. En semejante estado de sentimientos contrarios, o es menester que un árbitro os avenga, o que decida la suerte de las armas: no hay medio. Si entrarais en una república en que no hubiese magistrados ni jueces, y en que cada familia se creyese con derecho de hacerse justicia por sí y con la fuerza en todas sus pretensiones con los vecinos, deplo-

raríais su desgracia, y os horrorizaríais de tan espantoso desorden, viendo armarse a unas familias contra otras. ¿Creéis que los dioses miran con menos horror el mundo entero, que es la república universal, cuando cada pueblo, que no es otra cosa en ella que una gran familia, se arroga el derecho absoluto de tomarse por su mano y con la fuerza la justicia que pretende tener en sus pretensiones con los otros pueblos vecinos? Un particular que posee un campo, a título de herencia de sus mayores, no puede mantenerse en él sino por la autoridad de las leyes y el juicio del magistrado: si quisiera conservar por la fuerza lo que la justicia le ha dado sería castigado severísimamente como sedicioso. ¿Pensáis que los reyes pueden emplear desde luego la violencia para sostener sus pretensiones, dejando de recurrir antes a todos los medios de la dulzura y de la humanidad? ¿No es la justicia más sagrada e inviolable para los reyes con respecto a comarcas enteras, que para las familias con respecto a algunas tierras labradas? ¿Será injusto y espoliador el que toma algunas aranzadas de campo, y justo y héroe el que arrebata provincias? Si uno se preocupa, si se engaña, si se obceca en los intereses mezquinos de los particulares, ¿no se ha de temer todavía más enga-

ñarse, obcecarse en los grandes intereses del estado? ¿Se dará uno razón a sí mismo en materia en que con tanto fundamento debe cualquiera desconfiar de sí? ¿No se ha de temer el engañarse en caso en que el error de un hombre solo acarrea consecuencias horrorosas? El error de un rey que sus pretensiones lisonjean, suele causar estragos, hambres, matanzas, pérdidas y la depravación de las costumbres: calamidades cuyas resultas funestas alcanzan hasta los siglos más remotos. Un rey, que siempre está rodeado de aduladores, ¿no debe temer que le adulen en semejantes circunstancias? Si acepta un árbitro para que arregle sus diferencias, muestra equidad, buena fe, moderación. Al mismo tiempo publica las sólidas razones en que se apoya su causa.. El árbitro elegido es un medianero amistoso, y no un juez de rigor. A sus decisiones no va a darse una aquiescencia ciega, aunque se haya de tener mucho miramiento hacia él: no pronuncia un fallo a manera de Juez soberano, sino que propone términos, y por sus consejos se sacrifica algo para conservar la paz. Si a pesar del esmero con que un rey ha tratado de conservar la paz, viene la guerra, le queda a lo menos el testimonio de la conciencia, la estimación de sus vecinos, y el justo amparo de los

dioses. Idomeneo, persuadido con ese razonamiento, consintió en que los Sipontinos fuesen mediadores entre él y los Sibaritas.

Viendo entonces el rey que se le frustraban cuantos medios ponía para retener a los dos extranjeros, probó a sujetarlos con un lazo más fuerte. Había notado que Telémaco amaba a Antiope, y esperó servirse de aquella pasión para encadenarle. Con ese objeto la hizo cantar muchas veces en los festines. Condescendió ella con el deseo de su padre por no desobedecerle; pero con tanta modestia y melancolía que se dejaba ver la pena que la afligía mientras cantaba. Idomeneo quiso también que cantara la victoria ganada a los Daunienses y a Adrasto; pero Antiope no pudo resolverse a cantar las alabanzas de Telémaco; se excusó con respeto, y su padre no se atrevió a obligarla. Su voz dulce y patética penetraba en el corazón del hijo de Ulises, y el joven se conmovía todo. Idomeneo, que tenía los ojos fijos en él, se regocijaba de ver su turbación. Telémaco empero no se daba por entendido de los designios del rey, no pudiendo dejar de enternecerse sin embargo, aunque la razón triunfara al cabo del sentimiento; porque no era ya aquel Telémaco, en otro tiempo avasallado por una pasión tiránica en la

isla de Calipso. Mientras Antiope cantaba, guardaba él un profundo silencio; luego que cesaba de cantar, Telémaco se apresuraba a volver la conversación a otro cualquiera objeto.

El rey, no pudiendo conseguir su intento por ese medio tomó por último la determinación de hacer una gran cacería, de cuya diversión quiso que participara su hija. Antiope lloró, rehusando asistir a ella; pero le fue forzoso cumplir con lo mandado de una manera absoluta por su padre. Monta en un caballo fogoso y echando espuma semejante a los que Castor domaba para los combates: manéjale sin dificultad, y la sigue con ardor una multitud de doncellas, en medio de las cuales se parece a Diana en los bosques. El rey, que la mira, no se cansa de verla; al contemplarla, olvida todas sus pasadas desgracias. Telémaco la ve también, y le encanta más aun la modestia de Antiope que su destreza y sus gracias todas.

Los perros iban dando alcance a un jabalí de enorme tamaño y furioso como el de Calidon: sus largas cerdas eran duras y erizadas como dardos; los ojos le despedían centellas llenos de sangre y fuego; oíanse desde lejos sus resoplidos, como el rumor de los vientos sediciosos cuando Eolo, para calmar las

tempestades, los encierra en su caverna: con sus colmillos, largos y torcidos como la hoz afilada de los segadores, cortaba los troncos de los árboles. Cuantos perros se atrevían a acercársele, quedaban despedazados; y los más denodados cazadores que le perseguían, temían herirle.

Antiope, veloz en la carrera como los vientos, no temió acosarle de cerca: dispárale la jabalina, que le entra por encima de la paletilla. La sangre del feroz animal corre, y le embravece; vuélvese a la que le ha herido. De repente el caballo de Antiope, a pesar de sus bríos, se espanta y retrocede; el monstruoso jabalí cae sobre él, como las pesadas máquinas de derribar las murallas de las ciudades fuertes. El corcel vacila y da en tierra: Antiope se ve en el suelo, sin poder evitar el golpe fatal del colmillo de la fiera enfurecida contra ella. Pero Telémaco, atento al peligro de Antiope, se había ya apeado. Arrójase más pronto que los relámpagos entre el caballo caído y el jabalí que vuelve a vengar su sangre, y le mete casi todo el largo dardo que tiene en la mano al tremendo animal, que cae lleno de rabia.

Al instante le corta Telémaco la cabeza, que asusta todavía vista de cerca, y pasma a todos los cazadores y se la presenta a Antiope. Ruborízase

ella, y consulta con los ojos a su padre, que después de haberse sobrecogido de susto, está arrebatado de alegría de verla fuera de peligro, y le hace señal de que debe aceptar el regalo. Al tomarla, dijo a Telémaco: Recibo de vos con agradecimiento otro don mayor, pues os debo la vida. Apenas hubo proferido esas palabras, temió haber dicho demasiado, y bajó los ojos. Telémaco entonces, viendo su turbación, no se atrevió a decirle más que: ¡Dichoso el hijo de Ulises, que ha conservado tan preciosa vida! ¡y más dichoso aún si pudiera pasar la suya junto a vos! Antiope, sin responderle, se confundió de repente entre sus jóvenes compañeras, y volvió a montar a caballo.

Desde aquel instante hubiera Idomeneo prometido su hija a Telémaco; pero aguardó a que se inflamara más su pasión dejándole en la incertidumbre, y aun creyó que así le detendría en Salento el deseo de asegurar su casamiento. Así discurría Idomeneo en su interior; pero los dioses burlan la sabiduría de los hombres. Lo que debía retener a Telémaco, fue precisamente lo que aceleró su viaje; porque lo que empezaba a sentir le hizo con razón desconfiar de sí misino.

Mentor puso doble esmero en inspirar a Telémaco un impaciente deseo de regresar a Itaca y al mismo tiempo instó a Idomeneo para que le dejara partir. Ya estaba presta la nave; porque arreglaba todos los momentos de la vida de Telémaco, para elevarle a la más alta gloria, y no le permitía estar en cada lugar más que lo necesario para ejercitar su virtud, y hacerle adquirir experiencia. Mentor había cuidado de tener dispuesta aquella embarcación desde la llegada de Telémaco.

Pero Idomeneo, que había visto con grande repugnancia tales preparativos, cayó en una tristeza mortal, en un desconsuelo digno de lástima, en cuanto llegó el momento de que sus dos huéspedes, de quienes tantos auxilios había recibido, le abandonaran. Se encerraba en los sitios más secretos de su casa: allí se desahogaba gimiendo, y derramando lágrimas; no se cuidaba de alimentarse; el sueño no mitigaba sus amargos pesares; se secaba, se consumía con sus angustias. Como un árbol lozano que cubre de sombra el suelo con sus frondosas ramas, y cuyo tronco empieza a roer un gusano, destruyendo los delicados conductos por donde corre el jugo que le nutre, aunque los vientos no le han desgajado, aunque la tierra le alimenta complacida, aunque

el hacha del labriego le ha respetado siempre, se va deteriorando sin saberse la causa de su mal, y se marchita y se deshoja desnudándose de sus galas, y se reduce a un tronco cubierto de una corteza rota y a ramas secas: así parecía Idomeneo en su aflicción.

Telémaco enternecido no se atrevía a hablarle; temiendo el día de la separación, buscaba pretextos para diferirle, y hubiera permanecido mucho tiempo en esa incertidumbre, si Mentor no le hubiese dicho: Me complazco en veros tan mudado. Habéis nacido duro y altivo; nada os movía sino vuestras conveniencias e intereses; pero al cabo sois hombre, y empezáis por la experiencia de vuestros males a compadecer los de los otros. Sin esa compasión, no se gobierna a los hombres con bondad, virtud ni capacidad; con todo, es menester no llevarla al extremo, ni dar en la flaqueza del sentimiento. Yo hablaría de buena gana con Idomeneo para hacer que consienta en nuestra marcha, y os ahorraría el embarazo de una conversación tan desagradable; pero no quiero que la mala vergüenza y la timidez se apoderen de vuestro corazón. Necesitáis acostumbraros a mezclar el valor y la firmeza con la amistad tierna y afectuosa. Es menester huir de aumentar la aflicción de los hombres sin necesidad; pero es me-

nester también tomar parte en sus penas, cuando no se puede evitar el causárselas, y amortiguar el golpe que es imposible quitarles enteramente. Precisamente por eso mismo, replicó Telémaco, preferiría yo que vos fueseis, y no yo, quien le diera a Idomeneo la noticia de nuestra partida. Mentor le dijo al punto: Os engañáis, mi querido Telémaco: habéis nacido como los hijos de los reyes, criados en la púrpura, que quieren que todo se haga a su manera, y que toda la naturaleza obedezca a su voluntad, sin tener fuerza para resistir cara a cara a nadie. No es eso porque se interesen por los hombres y teman afligirlos sino porque no quieren, por conveniencia propia, ver semblantes tristes y descontentos a su alrededor. Las penas y miserias de la humanidad no les mueven, si no las tienen delante de los ojos: cuando de ellas se les habla, se enfadan y entristecen: para agradarles, es menester decir siempre que todo va bien; y mientras están rodeados de placeres, no quieren ver ni oír cosa que interrumpa su alegría. ¿Se ha de reprender, castigar, desengañar a alguien, resistir a las instancias y pasiones de un importuno? antes que hablar ellos mismos con una afable entereza, siempre le darán el encargo a cualquiera. En esas ocasiones preferirían dejarse arrancar las gracias

más injustas, echarían a perder los negocios más importantes, por falta de saber oponerse a las personas con quienes han de tratar todos los días. Semejante debilidad, que todos les conocen, hace que cada cual procure sacar su provecho: se insta, se importuna, se acosa, y acosando se logra lo que se pretende. Al principio se les adula e inciensa para insinuarse; pero después que se ha ganado su confianza, y que se ocupa cerca de ellos puestos de alguna autoridad, se les lleva lejos, se les impone el yugo, bajo el cual gimen, y que muchas veces quieren sacudir en vano, porque toda la vida pesa sobre su cuello. Ponen su punto en que nadie crea que se dejan gobernar, y siempre son gobernados, no pudiendo pasar sin serlo; porque se parecen a los débiles sarmientos de una vid que no teniendo fuerza para sostenerse, se enredan al tronco de cualquiera árbol corpulento.

Yo no permitiré que caigáis en esa falta, Telémaco, porque hace a un hombre incapaz de gobernar. Ahora sois tan tierno que no os atrevéis a hablar a Idomeneo, y desde que salgáis de Salento, no volveréis a pensar en su aflicción: no os enternece su dolor; su presencia es la que os embaraza. Id a hablar a Idomeneo vos mismo: aprended en esta oca-

sión a ser cariñoso y firme a la vez: manifestadle vuestro sentimiento de dejarle; pero mostradle con tono resuelto la necesidad de nuestra partida.

Telémaco no se atrevía ni a resistirse a Mentor, ni a ver a Idomeneo: estaba avergonzado de su temor, y no tenía valor para vencerle: vacilaba, daba dos pasos, y volvía al instante para alegar a Mentor cualquiera nuevo motivo de dilación. Pero bastaba una mirada de Mentor para quitarle la palabra, y disipar todos sus especiosos pretextos. ¿Es este, decía Mentor sonriéndose, el vencedor de los Daunienses, el libertador de la grande Hesperia, el hijo del sabio Ulises, el que después de él debe ser el oráculo de la Grecia? ¡Y no se atreve a decirle a Idomeneo que no puede retardar la vuelta a su patria para ver a su padre! ¡O pueblo de Itaca, cuan infeliz serás si algún día tienes por rey a quien se deje dominar de una mala vergüenza, y sacrifique los mayores intereses a sus debilidades en las cosas más pequeñas! Ved cuanta diferencia hay, Telémaco, entre la bizarría en los combates y el valor en la conducta: no habéis temido las armas de Adrasto, y teméis la tristeza de Idomeneo. He ahí lo que deshonra a los príncipes que han acabado las mayores hazañas: después de haber parecido héroes en la guerra se muestran los

últimos de los hombres en las ocasiones ordinarias en que otros se conducen con vigor.

Telémaco, sintiendo la verdad de estas palabras, y herido de la reconvención, partió de repente sin escucharse a sí mismo; pero no bien llegó a verse en donde estaba Idomeneo sentado con los ojos bajos, decaído y agobiado de tristeza, ambos se temieron uno a otro, y no se atrevían a mirarse. Sin hablar se entendían, temiendo cada cual que el otro rompiera el silencio, hasta que los dos se echaron a llorar. En fin Idomeneo, impelido por el exceso del dolor, exclamó: ¿De qué sirve buscar con esmero la virtud, si tan mal recompensa a los que la aman? ¡Después de haberme hecho conocer mi flaqueza, me abandonan! Pues bien, volveré a caer en todas mis desgracias: que no me hablen más de gobernar bien; no, me es imposible, estoy cansado de los hombres. ¿Adónde queréis ir, Telémaco? Vuestro padre no existe; buscaisle en vano: Itaca está en poder de vuestros enemigos, y os harán perecer si volvéis: alguno de ellos será ya esposo de vuestra madre. Quedaos aquí; seréis mi yerno y mi heredero; reinaréis después de mi muerte, durante mi vida también tendréis un poder absoluto: mi confianza no tendrá límites. Si sois insensible a todas esas ventajas, a lo

menos dejadme a Mentor, que es todo mi recurso. Hablad, respondedme, no me cerréis vuestro corazón, tened piedad del más desventurado de los hombres. ¡Qué! ¿nada decís? ¡Ah! entiendo cuan crueles son conmigo los dioses: aun me lo hacen sentir más rigorosamente que en Creta, cuando con mis manos inmolé a mi propio hijo.

Al cabo Telémaco le respondió con la voz turbada y temerosa: Yo no soy mío: los hados me llaman a mi patria. Mentor, que posee la sabiduría de los dioses, me manda en su nombre partir. ¿Qué queréis que haga? ¡Renunciaré a mi padre, a mi madre, a mi patria, que debe serme todavía más cara que ellos? Destinado a ser rey, yo no puedo seguir una vida dulce y sosegada, ni ceder a mis inclinaciones. Vuestro reino es más rico y poderoso que el de mi padre; sin embargo mi deber es preferir el que los dioses me destinan al que vos tenéis la bondad de ofrecerme. Me tendría por feliz si Antiope fuera mi esposa, sin esperanza de vuestro reino; mas, para merecerla, es menester que vaya adonde mis deberes me llaman, y que mi padre sea quien os la demande para mí. ¿No me habéis prometido enviarme a Itaca? ¿No he combatido contra Adrasto por vos en unión de los aliados, contando con vuestra pro-

mesa? Tiempo es ya de que piense yo en reparar mis infortunios domésticos. Los dioses, que me han confiado Mentor, han dado también a Mentor al hijo de Ulises para que cumpla sus destinos. ¿Queréis que pierda a Mentor después de haberlo perdido todo? No tengo bienes, ni asilo, ni padre, ni madre, ni patria asegurada; solamente me queda un varón sabio y virtuoso, que es el don más precioso de Júpiter. Decidid vos mismo si podré renunciar a él, y consentir en que me abandone. No, antes moriría. Arrancadme la vida la vida es nada; pero no me quitéis a Mentor.

A medida que Telémaco hablaba, su voz se fortalecía, se disipaba su timidez. Idomeneo no sabía qué responder, y sin embargo no podía convenir con lo que el hijo de Ulises le decía. Cuando no podía ya hablar, a lo menos procuraba con sus miradas y gestos inspirar compasión. En aquel momento vio aparecer a Mentor, que le dijo estas graves palabras:

No os aflijáis: nos separarnos; pero la sabiduría que preside a los consejos de los dioses quedará con vos: creed solamente que habéis tenido demasiada dicha en que Júpiter nos haya enviado aquí para salvar vuestro reino, y apartaros de vuestros extravíos.

Filocles, que os hemos restituido, os servirá con fidelidad: el temor de los dioses, la afición a la virtud, el amor a los pueblos, la compasión de los desdichados, animarán siempre su corazón. Escuchadle, servios de él con toda confianza y sin envidia. El mayor servicio que podéis obtener de él es que os diga todos vuestros defectos sin contemplaciones. El principal valor de un buen rey está en buscar verdaderos amigos que le adviertan de sus faltas. Si tenéis ese valor, nuestra ausencia no os perjudicará, viviréis feliz; pero como la adulación, que se desliza como una serpiente, vuelva a encontrar el camino de vuestro corazón, para inspiraros desconfianza contra los consejos desinteresados, os perdéis. No os dejéis abatir flojamente por el dolor; esforzaos a seguir la virtud. He dicho a Filocles lo que debe hacer para aliviaros, y a que jamás abuse de vuestra confianza: puedo responderos de él: los dioses os le han dado como a mí me han dado a Telémaco. Cada cual debe seguir valerosamente su destino: es inútil afligirse. Si alguna vez llegáis a necesitar de mí, después que haya vuelto a Telémaco a su padre y a su país, vendré a veros. ¿Qué haría yo que me pudiera procurar un placer más grato? Yo no busco en la tierra bienes ni autoridad: no quiero

más que ayudar a los que buscan la justicia y la virtud. ¿Podré yo olvidarme jamás de la confianza y amistad que me habéis manifestado?

Con esas palabras se sintió Idomeneo cambiado de repente, y su corazón se tranquilizó, como Neptuno con el tridente calma las olas embravecidas y las más negras borrascas: quedábale solo un dolor dulce y sosegado, o más bien que dolor vivo, cierta melancolía, y sentimiento de ternura. El valor, la confianza, la virtud, la esperanza en el amparo de los dioses volvieron a renacer en él.

¡Con que! le dijo, mi querido Mentor, ¿es menester perderlo todo, y no desanimarse? A lo menos acordaos de Idomeneo cuando lleguéis a Itaca, en donde vuestra sabiduría os colmará de prosperidad. No olvidéis que Salento ha sido obra vuestra, y que aquí dejáis a un rey desventurado que no espera sino en vos. Partid, digno hijo de Ulises, ya no os detengo, que no es mi intento resistir a los dioses que me han prestado tan rico tesoro. Partid también vos, Mentor, el mayor y más sabio de todos los hombres (si la humanidad puede hacer lo que os he visto hacer, y si no sois alguna deidad bajo esa forma ajena para enseñara los débiles e ignorantes), conducid al hijo de Ulises, más feliz en teneros que

en haber vencido a Adrasto. Partid ambos; yo no puedo hablar, perdonad mis suspiros. Id, vivid, sed dichosos juntos: a mí no me queda en el mundo más que el recuerdo de haberos poseído aquí. ¡O hermosos días! ¡días demasiado felices! ¡días cuyo precio no he conocido bastante! ¡días tan rápidamente pasados!¡nunca volveréis! ¡nunca verán mis ojos lo que ven!

Mentor se aprovechó de este momento para la marcha, y abrazó a Filocles, que le inundó de lágrimas sin poder hablar. Telémaco fue a tomar la mano de Mentor para desasirse de las de Idomeneo; pero Idomeneo, tomando el camino del puerto, se puso entre Mentor y Telémaco: mirábalos, y gemía, empezaba palabras interrumpidas con sollozos, y ninguna le era posible acabar.

En esto se oyen gritos confusos en la orilla del mar, cubierta de marineros; tesan las jarcias, izan las velas, levántase el viento favorable. Telémaco y Mentor se despiden llorando del rey, que los tiene abrazados estrechamente largo rato, y que los sigue con los ojos hasta lo más lejos que alcanza.

LIBRO XXIV

Durante la navegación, Telémaco se hace explicar por Mentor muchas dificultades acerca de la manera de gobernar bien los pueblos, entre otras la de conocer los hombres, para no emplear sino a los buenos, y no dejarse engañar de los malos. Cuando están para terminar esta conversación, la calma del mar los obliga a dar fondo en una isla adonde acababa de arribar Ulises. Allí le ve y habla Telémaco sin conocerle; pero al ver que se embarca, siente una turbación interior cuya causa no puede concebir. Mentor se la explica, le consuela, asegúrale que pronto se reunirá con su padre, y prueba su piedad y paciencia retardando su partida para ofrecer un sacrificio a Minerva. Por último la diosa, oculta bajo la figura de Mentor, recobra su forma y se da a conocer, hace ver a Telémaco sus últimas lecciones, y desaparece. Después de lo cual Telémaco llega a Itaca y encuentra a Ulises su padre en casa del fiel Eumeo.

Ya se hinchan las velas, levan las áncoras, y parece que la tierra huye. El piloto experimentado divisa a lo lejos las montañas de Leucates, cuya cima se esconde en un torbellino de heladas escarchas, y los montes Acroceraunios, que todavía muestran al cielo una frente orgullosa, después de haberlos confundido tantas veces el rayo.

Durante la navegación, Telémaco decía a Mentor: Ahora creo entender las máximas de gobierno que me habéis explicado. Al pronto me parecían como un sueño; pero poco a poco se van desenvolviendo en mi espíritu, y se me presentan con claridad: como todos los objetos parecen lóbregos y confusos por la mañana a los primeros resplandores del alba, y luego se perciben como si fueran saliendo de un caos, cuando la luz, que crece insensiblemente, los distingue y les restituye, por decirlo así, sus figuras y matices naturales. Persuádome en efecto de que el punto esencial del gobierno es el discernir la índole diferente de cada ingenio para elegir y aplicar a cada cual según su capacidad; pero me queda que saber todavía como se puede conocer los hombres.

A eso le respondió Mentor: Para conocer a los hombres, es menester estudiarlos y para estudiarlos se necesita ver a muchos y tratar con ellos. Los reyes deben hablar con sus súbditos, hacer que ellos hablen, consultarlos, y ensayarlos en empleos subalternos de que les hagan darles cuenta, para ver si son aptos para más altas funciones. ¿Cómo habéis aprendido en Itaca, mi querido Telémaco, a conocer los caballos? A fuerza de tenerlos y de notar sus defectos y perfecciones con las gentes experimentadas. De la misma manera hablad a menudo de las prendas y faltas de los hombres con varones prudentes y virtuosos, que hayan estudiado mucho tiempo su carácter, y aprenderéis insensiblemente como son, y lo que es permitido esperar de ellos ¿Qué es lo que os ha enseñado a conocer los buenos y los malos poetas? La frecuente lectura y la reflexión entre personas que tenían gusto poético. ¿Qué es lo que os ha hecho adquirir el discernimiento de la música? La misma aplicación a observar, los buenos músicos. ¿Cómo se puede confiar en que se gobernará bien, cuando no se conoce a los hombres? ¿y cómo se ha de adquirir ese conocimiento, si nunca se vive con ellos? No es vivir con ellos verlos, verlos en público, porque así no se dicen más que cosas indiferentes y

preparadas con arte: se trata de verlos en particular, de sacar de su corazón los más profundos pensamientos que en él guardan, de sondearlos por todas partes, y de penetrar bien en su interior para descubrir sus principios. Pero se necesita empezar sabiendo lo que el hombre debe ser, para llegar a juzgar con tino el corazón humano: es menester saber cual sea el verdadero mérito, para discernir al que le tiene del que no le tiene.

Háblase continuamente de virtud y de mérito, sin saber lo que precisamente es el mérito y la virtud. Para la mayor parte de los que se honran con hablar de ambas cosas a toda hora, no son sin embargo más que dos bellos nombres, dos palabras sin sentido determinado. Son indispensables, para conocer a los que son sensatos y virtuosos, principios ciertos de justicia, de razón y de virtud. Se necesita saber cuales son las máximas de un gobierno bueno y sabio, para conocer a los hombres que tienen esas máximas y a los que de ellos se apartan con falsa sutileza. En una palabra, para medir muchos cuerpos, es menester una medida constante: para juzgar de los hombres, es menester del mismo modo la regla de los principios fijos a la cual se adapten todos nuestros juicios. Importa saber de cierto cual es

el objeto de la vida humana, y el fin que se debe proponer el que gobierna a los hombres. Ese objeto único y esencial es no querer jamás la autoridad y la grandeza por el provecho propio; porque esa pretensión ambiciosa sólo llegaría a satisfacer un orgullo tiránico, y en las infinitas penas del gobierno, se debe sacrificar todo a que los hombres sean buenos y felices. De otro modo se va a tientas y al acaso toda la vida, como un bajel en alta mar, sin piloto que consulte las estrellas, y sin conocer las costas hacia donde hace rumbo; no puede excitar el naufragio.

Muchas veces no saben los príncipes lo que han de buscar en los hombres, por no saber en que consiste la verdadera virtud. Ésta tiene para ellos algo de áspera; les parece demasiado rígida e independiente; los espanta y enoja, y al fin se inclinan al lado de la adulación. Desde que lo hacen, les es imposible hallar sinceridad ni virtud, y corren detrás de una vana fantasma de mentida gloria que los vuelve indignos de la gloria verdadera. No tardan en acostumbrarse a creer que no hay en la tierra virtud, porque los buenos conocen a los malvados, pero los malvados no conocen a los buenos, y ni aun pueden creer que los haya. Semejantes príncipes no saben

más que desconfiar de todos por igual; se esconden, se encierran, recelan de las cosas más leves, temen a los hombres, y se hacen temer de ellos. No atreviéndose a presentarse como son, huyen de la luz. Aunque no quieran ser conocidos, los conocen, porque la maligna curiosidad de sus súbditos lo penetra y adivina todo; mientras ellos a nadie conocen. Las gentes interesadas que los rodean, se regocijan de verlos inaccesibles. Un rey inaccesible a los hombres, lo es también a la verdad: cuanto le pudiera abrir los ojos, se mancilla con infames calumnias y se aparta de él. Esa clase de reyes pasa la vida en una grandeza salvaje y feroz, temiendo continuamente que los engañen, como los engañan siempre sin poderlo evitar y sin dejar de merecerlo. En cuanto no se trata mas que con un reducido número de personas; se expone uno a contagiarse con sus pasiones y sus errores, porque hasta los buenos tienen sus faltas y preocupaciones. Además así se abre la puerta a los chismosos, gente vil y de mala ralea, que se alimenta con veneno y emponzoña las cosas más inocentes, que aumenta las leves, que inventa el mal por no dejar de hacer daño, y que por su interés juega con la desconfianza y la indigna curiosidad de un príncipe débil y asombradizo.

Conoced pues, conoced a los hombres, o mi querido Telémaco, examinadlos, hacedles hablar a unos de otros, experimentadlos poco a poco, no os entreguéis a ninguno Aprovechaos de vuestras experiencias, cuando os halléis engañado en vuestros juicios; porque alguna vez habréis de engañaros, siendo los perversos demasiado profundos para no sorprender a los buenos con sus disfraces. Aprended así a no precipitar vuestros juicios, ni en bien ni en mal, acerca de nadie, pues de una y otra manera se corre peligro: vuestros mismos errores os deben servir de utilísima instrucción. Cuando encontréis talento y virtud en un hombre, utilizadle con toda confianza; porque las personas honradas quieren que se reconozca su rectitud, y prefieren la estimación y la confianza a los más ricos tesoros. Pero no le echéis a perder dándole un poder sin límites: que hay quien habría sido siempre virtuoso, y no lo es ya, porque su señor le ha dado demasiada autoridad y demasiadas riquezas. Cualquiera que tenga la dicha de que los dioses le amen tanto que se dignen dejarle encontrar en su reino dos o tres amigos verdaderos de sabiduría y constante bondad pronto encontrará por su medio a otras personas que les parezcan, para ocupar con ellos los puestos inferio-

res. Los buenos en quienes un rey confía, le hacen conocer lo que no podría discernir por si en los otros súbditos.

Pero ¿debe uno servirse de los malos, cuando son hábiles, como tantas veces lo he oído decir? decía Telémaco. Muchas veces, respondía Mentor, hay necesidad de servirse de ellos. En una nación agitada y donde todo es desorden, se suelen hallar personas injustas y artificiosas que gozan de autoridad; tienen empleos importantes que no se les pueden quitar; han ganado la confianza de algunos poderosos con quienes es forzoso contemporizar; y a esos mismos malvados se necesita tratarlos con miramiento, porque se temen, y pueden trastornarlo todo. Conviene en efecto servirse de ellos por algún tiempo, pero se debe no perder de vista el inutilizarlos poco a poco. Por lo que hace a confianza verdadera e íntima, guardaos bien de que la logren jamás: porque pueden abusar de ella, sujetándoos después a vuestro despecho con el secreto de que los hayáis hecho dueños: cadena más difícil de romper que todas las cadenas de hierro. Empleadlos en negociaciones pasajeras; tratadlos bien: obligadlos por sus mismas pasiones a que os sean fieles; pues sólo de ese modo podréis contar con ellos; pero no

les deis parte en vuestras deliberaciones más secretas. Tened siempre la mano sobre un registro que les haga moverse a vuestro arbitrio, y nunca les deis la clave de vuestros pensamientos ni de vuestros negocios. Cuando el estado vuelva a sosegarse, esté arreglado, y le dirijan hombres sabios y rectos de quienes estéis seguro, irán poco apoco los malvados, que os veíais antes en la necesidad de emplear, perdiendo su importancia. Entonces no será justo cesar de tratarlos bien, porque nunca es lícito ser ingrato, ni aun con los perversos; pero tratándolos bien, será menester procurar que se hagan buenos. Es necesario tolerarles ciertos defectos que se perdonan a la humanidad; sin embargo importa relevarlos poco a poco de la autoridad, y reprimir los daños que harían abiertamente, si se les dejara obrar. Sobre todo, el que se haga lo bueno por los malos es siempre un mal, y aunque muchas veces sea inevitable, debe ponerse el posible esmero en procurar poco a poco que desaparezca. Un príncipe sabio, que no quiere sino el buen orden y la justicia, llegará con el tiempo a no necesitar de hombres corrompidos y falaces; bastantes buenos encontrará que tengan capacidad suficiente.

No basta sin embargo encontrar hombres de bien en una nación, es necesario formar otros. Eso debe ser embarazosísimo, replicó Telémaco. No tal, contestó Mentor: la aplicación con que buscáis a los hombres hábiles y virtuosos para elevarlos, excita y anima a cuantos se sienten con inteligencia y valor, todos se esfuerzan. ¡Cuantos no hay que se consumen en una ociosa oscuridad, los cuales llegarían a ser varones eminentes, si los estimularan a trabajar la emulación y esperanza de buen éxito! ¡Cuantos no hay, cuya miseria los arrastra a tentar fortuna por el camino del crimen, creyendo que nada pueden conseguir por la senda de la virtud! Luego, si no dais más que a la probidad y al talento las recompensas y los honores, ¿cuantos de vuestros súbditos no procuraran formarse para merecerlos? ¿Y cuantos no formaréis vos mismo haciéndoles subir por grados desde los empleos inferiores hasta los más elevados? Ejercitaréis su capacidad; experimentaréis el alcance de su inteligencia, y probaréis la sinceridad de su virtud. Los que lleguen a los puestos importantes, se habrán educado a vuestros ojos en los cargos subalternos. Habréislos seguido toda su vida paso a paso, y los juzgaréis, no por sus palabras, sino por la serie cabal de sus acciones.

En estos razonamientos se entretenían Telémaco y Mentor, cuando divisaron una nave feacense, fondeada en una isla pequeña, desierta y de aspecto salvaje, rodeada de rocas espantosas. Al mismo tiempo cesó el viento, y hasta parecía que los más blandos céfiros contenían su aliento: el mar se quedó como un espejo: las velas abatidas no podían impeler el bajel, y fue necesario arribar a la isla, más bien escollo que tierra propia para habitación de hombres. Con otro tiempo de menos calma hubiera sido imposible acercarse a ella sin mucho peligro.

Los Feacenses, que aguardaban el viento, no mostraban menos impaciencia de continuar la navegación que los Salentinos. Telémaco se dirige a ellos por entre los escarpados peñascos de la orilla, y le pregunta al primera que encuentra si no ha visto a Ulises, rey de Itaca, en casa del rey Alcinoo.

No era casualmente Feacense el hombre a quien se había acercado: era un extranjero incógnito, que tenía un aspecto majestuoso, si bien triste y abatido; parecía absorto en sus pensamientos, y apenas escuchó la pregunta de Telémaco al principio; pero al fin le respondió: Ulises, no os engañáis, ha sido hospedado por el rey Alcinoo, como por quien teme a Júpiter, y practica los deberes de la hospitali-

dad; mas ya no está en su casa, y le buscaríais en ella inútilmente: ha partido para volver a Itaca, si los dioses aplastados le permiten al cabo que alguna vez pueda saludar sus dioses penates.

Apenas hubo pronunciado esas palabras con tono melancólico el extranjero, se internó precipitadamente en un bosque espeso, y subió a lo alto de una roca, desde donde contemplaba el mar, huyendo de los hombres que veía, y dando señales de la pesadumbre que aquella detención le ocasionaba.

Tenía Telémaco los ojos clavados en él, y cuanto más le miraba tanto mayores eran su emoción y maravilla. Ese desconocido me ha contestado, dijo a Mentor, como un hombre que apenas escucha lo que le dicen, y que está lleno de amargura. Yo compadezco a los desgraciados desde que lo soy, y siento que mi corazón, sin saber porqué, toma parte en la suerte de ese extranjero. Mal me ha acogido; apenas se ha dignado escucharme y responder; pero me es imposible dejar de desearle que acabe de padecer.

Mentor le contestó sonriéndose: He ahí para lo que sirven las desgracias de la vida, para hacer a los príncipes moderados y compasivos con los demás hombres. Cuando no han bebido sino en la copa

venenosa de la prosperidad se creen dioses; quieren que las montañas se allanen para satisfacer a sus caprichos; en nada tienen al género humano; de la naturaleza entera se pretenden burlar. Si oyen hablar de padecimientos, no saben lo que sean: para ellos es un sueño, porque jamás han visto la distancia del bien y del mal. Sólo el infortunio puede inspirarles sentimientos de humanidad, y cambiar su corazón de piedra en corazón humano: entonces conocen que son hombres, y que deben tratar con miramiento a sus semejantes. Si un desconocido os da tanta lástima, porque anda errante, como vos, en estas rocas, ¿cuanta más deberéis tener al pueblo de Itaca, si algún día le veis padecer; a ese pueblo que los dioses os confiaran como un rebaño a un pastor, y que tal vez será infeliz por vuestra ambición, vuestro fausto, o vuestra imprudencia? porque los pueblos no padecen sino por culpa de los reyes, que deberían velar para impedir que padecieran.

Mientras Mentor hablaba así, Telémaco estaba sumergido en la tristeza y el pesar: por último le respondió con alguna emoción: Si todo eso es verdad, la condición de un rey es harto desdichada.. Esclavo de todos los que parece señor, ha nacido para ellos, a ellos se debe todo, esta encargado de

todas sus necesidades, es el hombre de todo el pueblo en general y en particular de cada uno. Es menester que se acomode a sus flaquezas, que los corrija como padre, que los haga buenos y dichosos. La autoridad que al parecer posee, no es suya; nada le es lícito para su gloria ni para su satisfacción: su autoridad es la de las leyes, debiendo obedecerlas para dar ejemplo a sus súbditos. Hablando con propiedad, no es más que el defensor de las leyes para hacer que ellas reinen, y a fin de mantenerlas necesita velar y trabajar: es el que nos libre, el menos descansado de todo su reino: es un esclavo que sacrifica su sosiego y libertad a la libertad y felicidad públicas.

Es cierto, replicó Mentor, que el rey no es rey sino para cuidar de su pueblo como un pastor de su rebaño, o como de su familia un padre; pero ¿tenéis por desdichado a quien puede hacer bien a tantos? Si corrige a los malos con castigos, también alienta a los buenos con recompensas, representa a los dioses guiando así a la virtud a todo el género humano. ¿No hay bastante gloria en hacer guardar las leyes? La de sobreponerse a ellas es una gloria falsa, que solo merece horror y menosprecio. Si es un perverso, no puede en efecto dejar de ser infeliz, porque

no hallará paz en sus pasiones ni en su vanidad; si es un hombre de bien, gozará del más puro y estable de todos los placeres trabajando por la virtud, y esperando de los dioses una remuneración eterna.

Telémaco, agitado interiormente por una desazón secreta, estaba al parecer como si no entendiera aquellas máximas, bien que se hallase nutrido de ellas y que las hubiese enseñado a los demás. Llevado del humor negro que le dominaba, se oponía por espíritu de contradicción y sutileza a sus verdaderos sentimientos, rebatiendo las verdades que Mentor le explicaba, y arguyéndole con la ingratitud de los hombres. ¡Cómo! Decía ¡tomarse tantos afanes para granjearos el amor de los hombres que tal vez nunca os amarán, y para hacer bien a los malvados que se valdrán de vuestros beneficios contra vos mismo!

Mentor lo respondió con paciencia: Es: necesario contar con la ingratitud de los hombres, sin dejar por eso de hacerles bien, debiendo servirles no tanto por ellos como por el amor de los dioses que así lo mandan. Nunca se pierde el bien que se hace: si los hombres le olvidan, los dioses se acuerdan de él y le recompensan. Además, si es la multitud ingrata, siempre hay hombres virtuosos que agradecen, vuestra virtud. La multitud misma, aunque mu-

dable y caprichosa, no deja tarde o temprano de hacer justicia a su manera al verdadero mérito.

Con todo ¿queréis evitar la ingratitud? no trabajéis únicamente para hacer al hombre poderoso, rico, temible en las armas, feliz con los deleites: esa gloria, esa abundancia, esos placeres, le corromperán: será así más perverso, y por consecuencia más ingrato; porque le ofrecéis un don funesto, un regalado tósigo. Trabajad, si, en reformar las costumbres, en inspirar ideas y sentimientos de justicia, de sinceridad, de temor a los dioses, de humanidad, de moderación, de desprendimiento, de fidelidad; haciendo buenos a los hombres, impediréis que sean desagradecidos, y les proporcionaréis el verdadero bien, que es la virtud, la cual, siendo como debe ser, los unirá siempre a quien la habrá infundido en sus corazones. De ese modo, dándoles verdaderos bienes, sacaréis provecho vos mismo a vuestra obra, y no tendréis que temer su ingratitud. ¿Debe extrañarse que los hombres sean ingratos con príncipes que no los han acostumbrado más que a la injusticia, a la ambición sin límites, a la envidia de sus vecinos, a la inhumanidad, la soberbia y a la mala fe? El príncipe debe esperar de ellos lo que les ha enseñado. Si al contrario con su ejemplo y su autoridad

trabajara para hacerlos buenos, en las virtudes que les inspirase encontraría el fruto de su trabajo; o a lo menos su propia virtud y el amor le los dioses le servirían de consuelo en sus equivocaciones.

Acabado apenas este discurso, Telémaco se adelantó presurosamente hacia los Feacenses cuya nave estaba detenida en la orilla. Dirigióse a un anciano que había entre ellos, y le preguntó de donde veníian, adonde iban y si no habían visto a Ulises. El anciano le respondió: Venimos de nuestra isla que es la de los Feacenses, y vamos a Epiro a buscar mercaderías. Ulises, como ya os lo han dicho, ha pasado por nuestra patria, pero ha salido de ella. ¿Quien es, añadió Telémaco inmediatamente, ese hombre tan triste, que busca los lugares más desiertos, aguardando a que parta vuestra nave? Es un extranjero, replicó el anciano, a quien no conocemos; pero dicen que se llama Cleomenes, que ha nacido en Frigia, y que un oráculo había vaticinado a su madre, antes de su nacimiento que sería rey, con tal que no permaneciera en su patria porque si permanecía en ella los dioses harían sentir su cólera a los Frigios con una peste cruel. Luego que nació, sus padres le entregaron a unos marineros que le llevaron a Lesbos. Allí fue criado secretamente a

expensas de su patria, que tanto interés tenía en que estuviese lejos. Creció pronto, y se hizo robusto, agradable y diestro en todos los ejercicios corporales, siendo iguales los adelantos que señalaron su gusto e ingenio en las ciencias y las bellas artes. Pero en ninguna parte le pudieron tolerar: la predicción de su destino llegó a ser famosa, y por donde quiera que iba, se le reconocía al instante: todos los reyes temían que les arrebatara la diadema. Así va errante desde su juventud, y no puede encontrar en el mundo un punto en donde le sea permitido detenerse. Ha estado en muchos países apartadísimos del suyo; pero apenas ha llegado a cualquiera pueblo, cuando se ha descubierto su nacimiento y el oráculo que le acompaña. Por mas que se esconda, y que en cada pueblo se entregue a un género de vida oscuro, su inteligencia, según dicen, brilla siempre a pesar suyo ya para la guerra, ya para las letras, ya para los negocios más importantes: siempre se ofrece en cada país una ocasión imprevista que le arrastra y le hace conocer del público. Su mérito forma su desgracia, porque le hace temer y le excluye de todos los países en que quiere habitar. Su destino es ser estimado, querido, admirado en todas partes, pero de todas desterrado. Ya no es joven, y sin em-

bargo todavía no ha podido encontrar, ni en Asia ni en Grecia, una costa en donde le hayan consentido vivir con sosiego. Parece hombre sin ambición, y no busca la fortuna, porque se alegraría de que jamás le hubiese prometido el oráculo la divinidad real. Ninguna esperanza le queda de ver su patria, sabiendo que no le llevaría sino el luto y las lágrimas de todas las familias. La corona, que de tantos padecimientos le ha sido causa, no le parece de desear, y corre en pos de ella, contra su voluntad, de reino en reino, mientras ella le huye como para burlarse del infeliz hasta su vejez: ¡funesto dolor de los dioses que turba todos sus días mejores, y que no le procurara sino fatigas en la edad en que el hombre acabado no necesita más que descanso! Dice que va a la Tracia a buscar algún pueblo salvaje y sin leyes, que pueda reunir, civilizar y gobernar durante un corto espacio de años, y que entonces, cumplido el oráculo y no teniendo por que temerle en los otros reinos más florecientes, se propone retirarse a una aldea de la Caria, en donde se entregará a la agricultura, que ama con pasión. Es hombre sabio y moderado, teme a los dioses, conoce bien a los hombres, y sabe, sin estimarlos, vivir con ellos en paz. Eso es lo que

se cuenta del extranjero por quien me habéis preguntado.

Durante la conversación, volvía Telémaco la vista muchas veces hacia el mar, que empezaba a agitarse. El viento levantaba las olas que se iban a estrellar en las rocas, blanqueándolas con su espuma. En aquel momento dijo el anciano a Telémaco: Es menester que parta; mis compañeros no pueden aguardarme. Dichas estas palabras, corrió a la orilla: todos se embarcan; no se oye más que la confusa gritería de los marineros, que arden con la impaciencia de darse a la vela.

El desconocido, llamado Cleomenes, había corrido algún tiempo por lo interior de la isla, subiendo a la punta de todos los peñascos, y contemplando desde allí el inmenso espacio de los mares con profunda tristeza. Telémaco, que no le perdía de vista, no había cesado de observar sus pasos. Su corazón se enternecía en favor de un hombre virtuoso, errante, desgraciado, destinado a las cosas más altas, y juguete al mismo tiempo de una fortuna rigorosa, lejos de su país. A lo menos, decía entre sí, volveré tal vez a Itaca; pero ese Cleomenes jamás podrá volver a Frigia. El ejemplo de otro más infeliz aun que él mitigaba su pena. Por último aquel

extranjero, viendo la nave dispuesta, había bajado de las rocas escarpadas con la prontitud y agilidad que Apolo, cuando en los bosques de Licia atándose la rubia cabellera, atraviesa los precipicios para herir con sus flechas los ciervos y los jabalíes. Ya está el desconocido en el bajel, que corta las amargas olas y se aleja de la tierra.

Apodérase entonces del corazón de Telémaco una sensación misteriosa de dolor; se aflige sin saber la causa; le caen las lágrimas de los ojos, y nada le consuela como llorar. Al mismo tiempo repara en los marineros de Salento que están en la orilla acostados sobre la yerba, y todos duermen profundamente. El cansancio y abatimiento los habían sumido en un dulce sueño, habiendo derramado el poder de Minerva todas las húmedas adormideras de la noche sobre sus miembros en medio del día. Telémaco se queda atónito al ver el letargo universal de los Salentinos cuando los Feacenses han estado tan atentos y diligentes para aprovecharse del viento favorable, pero todavía le llama más la atención la nave feacense que va a desaparecer entre las olas, que el ir a despertar a los Salentinos: encadena sus ojos con sorpresa y turbación secreta aquel navío ya lejano, cuyas velas apenas alcanza a distinguir por

lo poco que blanquean en lo azulado de las aguas. No escucha a Mentor que le habla, y está fuera de sí en un arrobamiento parecido al de las Ménades, cuando tienen en la mano el tirso, y hacen resonar con sus gritos extravagantes las orillas del Hebro, y las montañas de Ródope y de Ismara.

Al cabo vuelve un poco de aquella especie de encantamiento, y rompe en llanto. Mentor le dice entonces: No me extraña, querido Telémaco, veros llorar: la causa de vuestro dolor, desconocida para vos, no es desconocida para Mentor: la naturaleza habla y se hace sentir, enterneciendo así vuestro corazón. El extranjero que os ha producido tan viva emoción, es el grande Ulises: lo que un viejo feacense os ha contado de él, dándole el nombre Cleomenes, no nos es sino ficción inventada para mejor ocultar la vuelta de vuestro padre a su reino. De aquí va derecho a Itaca; ya está cerca del puerto, y ve al fin los lugares tanto tiempo deseados. Vuestros ojos le han visto, como os lo habían presagiado, pero sin conocerle: pronto le veréis, y os reconoceréis uno a otro, no pudiendo permitir los dioses ese reconocimiento fuera de Itaca. No se ha conmovida su corazón, menos que el vuestro; más es demasiado prudente para descubrirse a mortal

alguno, en un lugar en que podría exponerse a las traiciones e insultos de los amantes de Penélope. Ulises, vuestro padre, es el más sabio de los hombres; su corazón es como un pozo profundo, de donde sería imposible sacar un secreto. Aunque ama la verdad, y jamás dice cosa alguna que la lastime, no la revela sino por necesidad: porque la prudencia le tiene los labios cerrados, como un sello para toda palabra inútil. ¡Cuan conmovido ha estado mientras os hablaba! ¡cuanta violencia le ha costado el no descubrirse! ¡cuanto ha padecido al veros! Ese era el motivo de su tristeza y abatimiento.

Mientras hablaba así Mentor, Telémaco enternecido y turbado, no podía contener un torrente de lágrimas, los sollozos le impidieron mucho tiempo responder, hasta que al fin exclamó: ¡Ay! mi querido Mentor, bien sentía yo que había en ese desconocido algo que me llevaba hacia él, y me conmovía las entrañas. Más ¿por qué no me habéis dicho que era Ulises, antes de que partiera, supuesto que le conocíais? ¿Por qué le habéis dejado partir sin hablarle ni manifestar que le conocíais? ¿Qué misterio es este? ¿He de ser yo siempre infeliz? ¿Quieren los dioses irritados tenerme como a Tántalo sediento, que el agua engañosa burla, huyendo de sus ávidos labios?

¡Ulises! ¡Ulises! ¿os he perdido para siempre? ¡Quizás no volveré a verle! ¡Acaso los amantes de Penélope le harán caer en las asechanzas que a mí me preparaban! A lo menos, si yo le siguiera, moriría con él. ¡O Ulises! ¡o Ulises! si la tempestad no os echa todavía sobre algún escollo (que todo lo temo de la fortuna enemiga), tiemblo de miedo no sea que lleguéis a Itaca con tan funesta suerte como Agamenon a Micenas, Pero, querido Mentor, ¿por qué me habéis envidiado mi felicidad? Ahora le abrazaría; ya estaría con él en el puerto de Itaca; los dos pelearíamos para vencer a todos nuestros, enemigos.

Mentor le contestó sonriéndose: Ved, mi querido Telémaco, lo que es la condición del hombre: porque habéis visto a vuestro padre sin conocerle, os abandonáis al mayor desconsuelo, ¡Cuanto no hubierais dado ayer por estar seguro de que no había muerto! ¡Hoy lo estáis por vuestros mismos ojos, y esa seguridad, que debería colmaros de júbilo, os deja en la amargura! Así siempre cuenta, por nada el corazón enfermo, de los mortales lo que más ha deseado, desde que lo posee, sobrándole el ingenio para atormentarse, por lo que todavía no ha logrado.

Los dioses os mantienen suspenso de esa manera a fin de ejercitar vuestra paciencia. Paréceos este tiempo perdido; sabed que es el mejor aprovechado de vuestra vida, porque os ejercita en la más necesaria de todas las virtudes para los que están destinados a mandar. Es menester ser paciente, para hacerse dueño de sí y de los otros: la impaciencia, que se cree fuerza y vigor de alma, no es mas que debilidad e impotencia para soportar la pena. El que no sabe aguardar y sufrir, es como el que no sabe callar un secreto: uno y otro carecen de firmeza para contenerse, como un hombre que corre en un carro, y no tiene bastante fuerza en la mano para sujetar a tiempo sus fogosos caballos, los cuales, no obedeciendo al freno, se precipitan y disparados derriban y hacen pedazos al hombre débil a quien se le escapan. Así arrastran al impaciente sus indómitos y feroces deseos a un abismo de infortunios cuanto mayor es su poderío, tanto más funesta le es la impaciencia; nada aguarda, para nada se toma el tiempo de calcular; todo lo violenta para satisfacerse; desgaja las ramas para coger el fruto antes de que esté maduro; rompe las puertas por no esperar a que se las abran: quiere segar cuando el prudente labrador siembra: cuanto hace de prisa y fuera de

sazón, le sale mal, y no puede durar más tiempo que sus volubles deseos. Tales con los insensatos proyectos de quien cree que todo le es posible, y que, entregándose a sus deseos impacientes, abusa de su poder. Para enseñaros a tener paciencia, mi querido Telémaco, os ejercitan en ella los dioses, que al parecer juegan con vos en la vida errante en que os hacen estar, siempre incierto. Lo que anheláis, se os presenta y huye como un sueño ligero que al despertar se desvanece, a fin de que sepáis que las mismas cosas que se creen seguras en las manos, se acaban en el momento. Las lecciones más sabias de Ulises no os hubieran aprovechado tanto como os aprovecharán su ausencia y los trabajos que pasáis buscándole.

En seguida quiso Mentor hacer la última prueba y la más inerte con la paciencia de Telémaco. Al instante que el joven iba a excitar con ardor a los marineros para acelerar la partida, Mentor le detuvo de improviso, y le propuso el hacer en la orilla del mar un sacrificio a Minerva. Telémaco se presta con docilidad a lo que Mentor quiere. Se erigen dos altares de césped; humea el incienso; corre la sangre de las víctimas. Telémaco dirige al cielo tiernos suspiros, y reconoce la poderosa protección de la diosa.

No bien se acabó el sacrificio, cuando siguió a Mentor por las sendas sombrías de un cercano bosquecillo. Allí advierte de repente que el rostro de su amigo toma una forma nueva: las arrugas de la frente se desvanecen como las sombras, cuando la Aurora con sus dedos de rosa abre las puertas del oriente, e inflama todo el horizonte; los ojos cóncavos y austeros se mudan en ojos azules de una celestial dulzura, y llenos de fuego divino; la cana y desaliñada barba desaparece; y se muestra a la vista de Telémaco deslumbrado unas facciones nobles y altivas con mezcla de suavidad y de gracia. Reconoce el semblante de una mujer con una tez más tersa que una flor delicada recién abierta al sol. Vese la blancura de la azucena y el carmín de las nacientes rosas. En ese rostro brilla una juventud eterna con una majestad simple y natural: sus cabellos sueltos esparcen la fragancia de la ambrosia, y su traje resplandece como los vivos colores con que el sol, al salir, pinta las opacas bóvedas del cielo y las nubes que llega a dorar. La deidad no toca la tierra con el pie; deslizase ligeramente por el aire como una ave le hiende con sus alas: tiene en la poderosa mano una lanza brillante, capaz de hacer temblar a las ciudades y naciones más belicosas, y que al mismo

Marte causaría espanto: su voz es dulce y apacible, pero sonora y penetrante; todas sus palabras son dardos de fuego que se clavan en el corazón de Telémaco, haciéndolo sentir no sé qué dolor delicioso: encima del casco lleva el ave melancólica de Atenas, y en el pecho le brilla la formidable égida. A estas señales reconoce Telémaco a Minerva.

¡O diosa! exclama, ¡conque sois vos misma la que os habéis dignado guiar al hijo de Ulises por el amor de su padre! Quería proseguir, pero le faltó la voz, esforzándose en vano a pronunciar con los labios los pensamientos que le salían con impetuosidad de lo íntimo del alma: la divinidad que miraba, le confundía, y se hallaba como quien se siente oprimido de un sueño hasta perder la respiración, y con la agitación penosa de los labios no puede articular una palabra.

Al fin Minerva le habló así. Hijo de Ulises, escuchadme por última vez. Yo no he instruido a mortal alguno con el esmero que a vos; os he llevado de la mano por medio de naufragios, regiones desconocidas, guerras sangrientas, y cuantos males pueden probar el corazón del hombre. Os he mostrado con experiencias sensibles los verdaderos y los falsos principios para reinar. Vuestras faltas no os han sido

menos útiles que vuestros infortunios; porque a cual es el que puede gobernar sabiamente, sin haber padecido jamás, ni haberse aprovechado nunca de las desgracias en que sus faltas le han precipitado.

Habéis llenado, como vuestro padre, las tierras y los mares de vuestras tristes aventuras. Id, ahora sois digno de seguir sus huellas. No os queda más que una corta y fácil travesía hasta Itaca, adonde arriba en este instante: Ayudadle a combatir, y obedecedle como el menor de sus súbditos, para dar ejemplo a los demás. Ulises os dará por esposa a Antiope, con la cual seréis dichoso por haber buscado menos la hermosura que el recato y la virtud. Cuando reinéis, poned toda vuestra gloria en procurar que renazca el siglo de oro: oíd a todos; creed a pocos; guardaos de confiar demasiado en vos mismo; temed engañaros; pero nunca temáis hacer ver a los otros que habéis sido engañado.

Amad a los pueblos, sin olvidar cosa alguna de cuanto pueda hacer que ellos os amen. El temor es necesario, cuando el amor falta; pero es menester emplearle siempre con pesar, como los remedios violentos y peligrosos.

Antes de acometer cualquiera empresa, considerad siempre de antemano todas las resultas; preved

los más terribles inconvenientes, y tened entendido que el verdadero valor consiste en conocer bien todas los peligros, y en despreciarlos cuando son inevitables. El que no quiere mirarlos, no tiene bastante valor para soportar su vista con serenidad: el que los ve todos, evita los que se pueden evitar, y arrostra los demás sin conmoverse, es el único que merece ser tenido por varón prudente y magnánimo.

Huid de la molicie, del fausto, de la profusión: gloriaos de la sencillez: que vuestras virtudes y buenas acciones sean los ornamentos de vuestra persona y de vuestro palacio: que sean las guardias que os rodeen; y que de vos aprendan todos en lo que consiste el verdadero honor.

Nunca olvidéis que los reyes no reinan para su propia gloria, sino para bien de sus pueblos. El bien que hacen se extiende hasta los siglos más remotos; el mal que hacen se propaga de generación en generación hasta la más lejana posteridad. Un mal reinado suele ser causa de la calamidad de muchos siglos.

Sobre todo tened cuenta con vuestro honor, que es enemigo que llevaréis con vos por todas partes hasta la muerte; penetrará en vuestros consejos, y os

hará traición, si le escucháis. Ese defecto hace perder las ocasiones más importantes; inspira inclinaciones y aversiones pueriles en perjuicio de los mayores intereses; obliga a decidir los negocios más graves por razones mezquinas; ofusca la inteligencia, mengua el valor, y vuelve al hombre desigual débil, bajo e insoportable. Desconfiad de semejante enemigo.

Temed a los dioses, Telémaco: ese temor es el tesoro más rico del corazón del hombre: con él adquiriréis la sabiduría, la justicia, la paz, la alegría, los placeres puros, la verdadera libertad, la dulce abundancia, y la gloria sin mancilla.

Yo os dejo, o hijo de Ulises; pero mi sabiduría nunca os abandonará, con tal que siempre estéis convencido de que nada os será posible sin ella. Tiempo es de que aprendáis a ir solo. No me he separado de vos en Egipto y en Salento, sino para iros acostumbrando a veros privado de esa dulzura, como se despecha a los niños, luego que es menester quitarles la leche para darles alimentos más sólidos.

Apenas hubo acabado la diosa su discurso, cuando se remontó a los aires, y se envolvió en una nube de oro y azul, en que desapareció. Telémaco, sollo-

zando, atónito y fuera de sí, se prosternó, levantando las manos al cielo, después de esto, fue a despertar a sus compañeros, se apresuró a dar la vela, llegó a Itaca, y reconoció a su padre en casa del fiel Eumeo.